

ENRIQUE VILA-MATAS

---

# *El viaje vertical*



Existe el viaje circular, el del retorno al lugar de origen que describe la Odisea. Pero también existe el viaje sin retorno, la odisea rectilínea y sin Ítaca que transforma a un individuo que ya no regresa a casa. Dentro de este segundo apartado debe incluirse la original modalidad del viaje vertical que es el que, tanto en lo geográfico como en lo vital, emprende el protagonista de esta novela, el septuagenario Federico Mayol —hombre de negocios, aficionado al póker, nacionalista catalán— cuando al día siguiente de celebrar sus bodas de oro se ve sorprendente y absurdamente obligado por su mujer a dejar para siempre el domicilio conyugal.

Como siempre en Enrique Vila-Matas, pululan los fantasmas de la vejez, la soledad, la locura y centellea el dilema entre supervivencia y suicidio. En esta ocasión en forma de un viaje vertical que es, por su trayectoria geográfica (de Barcelona a Oporto para bajar a Lisboa y después descender a Madeira y finalmente sumergirse en un extrañísimo destino final), una novela atlántica y al mismo tiempo la historia de una iniciación a la cultura, es decir, la clásica novela de aprendizaje, de no ser porque su protagonista tiene una edad en la que generalmente ya nadie aprende nada.

Y al fondo de toda la historia, el drama de una generación de españoles que vio truncada su formación cultural y las libertades republicanas por la guerra civil y los años de barbarie que siguieron.

De Enrique Vila-Matas se ha dicho que es «uno de los fenómenos más curiosos, originales y seductores de la narrativa española de nuestros días» (Rafael Conte, *Abc*), que está inmerso en la «delicada operación de preservar el sentido en el centro mismo del sinsentido, o mejor dicho: de devolverle a éste su íntima coherencia con una maestría que hace de él un autor insustituible» (Ignacio Echevarría, *El País*) y de quien puede afirmarse que es «nuestro más popular escritor en América Latina» (J. A. Masoliver Ródenas, *La Vanguardia*) o, como ha escrito Juan Forn en *Página 12* de Buenos Aires: «El mejor escritor de la España actual para una secta cada vez mayor de fanáticos

desperdigados por el mundo: de Estocolmo a Veracruz, de París a Cabo Verde, de Lisboa a Praga, de Varsovia a Buenos Aires».



Enrique Vila-Matas

# El viaje vertical

**ePub r1.0**

**Titivillus** 06.09.15

Título original: *El viaje vertical*

Enrique Vila-Matas, 1999

Fotografía de cubierta: «En Le Buc. Zisson bajo el viento de la hélice del  
“Amérigo”», Jacques-Henri Lartigue, 9 de noviembre de 1911

Fotografía del autor: Florencio Palencia

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

---

**más libros en [espaebok.com](http://espaebok.com)**

---

*A Paula de Parma*

# CAER

Cae / Cae eternamente / Cae al fondo del infinito / Cae al fondo de ti mismo /  
Cae lo más bajo que se pueda caer.

VICENTE HUIDOBRO, *Altazor*

## EL PENSADOR DE CAFÉ FRÍO

Cuando cayó la noche en pleno día en Barcelona y se desencadenó aquel temporal de lluvia y viento, Federico Mayol, que llevaba una semana al borde del abismo y aquella tarde vagabundeaba, no tuvo más remedio que refugiarse en un bar de la plaza Letamendi al tiempo que murmuraba la palabra desesperación. Ya en el bar, se dijo que había llegado la hora de afrontar de una vez por todas la situación de catástrofe total en la que se había instalado su vida desde que su mujer, una semana antes, en la oscuridad de la cocina, le había dicho:

—Si no te tuviera tanto miedo, si mi carácter fuera más fuerte, ahora me atrevería a decirte lo mucho que me gustaría...

Ella, que estaba pelando guisantes en la cocina bañada por la luz del atardecer, se interrumpió precisamente a causa del miedo que le tenía a su marido, y él entonces, con aire de suficiencia, le ordenó que continuara.

—Está bien —dijo ella, mirando absorta cómo iban los guisantes cayendo cadenciosamente en el recipiente de porcelana—, tú lo has querido, querido. Ahora te diría lo mucho que me gustaría que te fueras de mi lado, que te marcharas de esta casa para siempre y me dejaras sola. Sí, eso te diría. Márchate, Federico. Déjame sola, quiero saber quién soy, lo necesito.

Él creyó que ella bromeaba, aunque no dejaba de ser muy raro que le hablara de aquella forma. Se preguntó si no estaría borracha, pero eso era improbable, pues ella no había bebido en toda su vida. Tratando de serenarse, llegó a la conclusión de que estaba simplemente ante uno de esos arranques de suave mal genio que ella tenía muy de tarde en tarde.



—¿He oído bien? —dijo en un tono de voz algo amenazante que desde siempre le había servido para mantener ante ella el control de cualquier situación.

A Federico Mayol —Mayol para los amigos— lo que más le gustaba de aquella casa, de su segunda residencia, era el sitio donde en aquel momento se hallaban, un espacio que no tenía nombre, algo así como un patio, entre cocina y jardín, cubierto parcialmente y que habían ido amueblando poco a poco. Allí se sentía bastante feliz porque, entre otras cosas, podía contemplar el huerto que ella le había pedido tener cuando les llegara la vejez.

—Repito. ¿He oído bien? —dijo Mayol aumentando el tono intimidatorio de su voz.

Logró lo contrario de lo que se proponía. Su mujer, tal vez movida por el cansancio de haber soportado tantos años aquella voz amenazadora, reaccionó con rabia, perdió de pronto parte de su miedo.

—Claro que has oído bien. Hasta ahora sólo te lo había sugerido, pero ahora te lo exijo. Quiero que te marches de esta casa y de la de Barcelona. De las dos, ¿me entiendes? Quiero que me dejes en paz.

—¿Pero es que te has vuelto loca?

Ella se quedó mirando melancólicamente el huerto. Después, con voz pausada, tratando de dominar el miedo que aún le quedaba en el cuerpo, dijo:

—Sé muy bien lo que me digo. Tú siempre pensaste que en amor no amar mucho era un medio seguro para ser amado. Y te equivocaste, mi pobre Federico. Aunque tarde, me he dado cuenta. Quiero que te vayas de mi vida, lo he meditado mucho, quiero que me dejes sola, lo necesito.

Mayol la miró queriendo creer que todo aquello era tan irreal como una pesadilla. Ella se quedó como ausente, relajada después de sus últimas palabras; se quedó con la serenidad propia de un río tranquilo y profundo que permanece imperturbable en toda su extensión ante el ocaso del día. Callada, miró hacia más allá del huerto, hacia la luz más lejana del crepúsculo donde tal vez veía reflejado el ocaso de su matrimonio.

—Pero vamos a ver, Julia. Dime que te estás riendo de mí. Todo esto lo haces porque te aburre pelar guisantes.

Una vejación debieron de parecerle a ella estas últimas palabras. Reaccionó con violencia.

—¿Cómo tengo que decírtelo? Ve pensando en dejarme en paz. Los pocos años de vida que me quedan quiero disfrutarlos en libertad.

La noche anterior habían celebrado en Barcelona sus bodas de oro y ni la mente más perspicaz del mundo habría podido intuir que al día siguiente tendría lugar una escena conyugal como aquélla. Ella no sólo había sido siempre un modelo de mujer fiel al marido, sino que en todo momento, a lo largo de medio siglo de matrimonio, había sido la madre cristiana y perfecta de sus tres hijos y la esposa ideal, una mujer discreta y elegante que le había dedicado toda su vida a Mayol.

—Ya sé lo que ocurre. Te has vuelto loca al venir al campo. Pues mira que te lo dije. Con lo bien que habríamos estado tranquilamente en Barcelona comentando todo lo de ayer. ¿O es por lo de las lechugas? —Hacía días que mantenían una discusión muy tonta a causa de unas lechugas que ella había sembrado en un espacio libre que había entre las plantas de berenjenas, sin pensar que a los escarabajos les gustarían aún más las hojas de berenjena que las de las patatas. Por culpa de las lechugas no se podía fumigar con arsénico —. Claro, es por lo de las lechugas. Pues mira, Julia, no estoy dispuesto a seguir discutiendo. Ojalá estuviéramos en Barcelona y no aquí pelando guisantes y mirando todo el rato este huerto de mierda.

—Los pocos años que me quedan —dijo ella con palabras que se notaban muy meditadas, tremendamente serias— quiero disfrutarlos en libertad. He estado demasiado atada a ti, demasiado atada a todas tus decisiones, a tu egoísmo. Mírame, si puedes. Carezco de personalidad, sólo tengo un huerto y, para colmo, vas y lo insultas. Sólo tengo un pobre huerto y sólo soy un triste florero. Estarás contento. No sé quién soy, ésa es la única realidad. Y, sobre todo, no sé la clase de mujer que habría podido ser de no haber estado toda la vida a tu servicio. He decidido, en los pocos años que me quedan, averiguar quién soy yo realmente o, como mínimo, quién pude ser y no he sido. Lo necesito.

Mayol quiso decirle que ella siempre había desprendido un aroma a desamparo y que desde el primer momento él experimentó un impulso instintivo de protegerla, pero prefirió callarse, ser prudente. En lugar de eso, le dijo:

—No hablas en serio, no puede ser que estés hablando en serio. Pero,

Julia, ya somos viejos, muy viejos. Siempre hemos sido felices. Te lo he dado todo. De verdad que me es imposible creer que puedas estar hablando en serio.

Dijo esto pero había empezado ya a creérselo. En la vida se había encontrado con algo tan inesperado y desazonante. Mayol se sentía terriblemente confundido. Decidió ir al salón y se entretuvo con las cartas haciendo un solitario. Pensó que era preferible dejar que pasara un poco de tiempo y ver si después las cosas cambiaban. Unos minutos más tarde entró sigilosamente en aquel patio entre la cocina y el jardín. Su mujer ya no pelaba guisantes. Estaba sentada con la mirada perdida.

—¿Qué? ¿Estás mejor? —preguntó Mayol.

—Cuanto antes te hagas a la idea de que debes desaparecer de mi vida, tanto mejor para los dos.

—Te has vuelto loca o te has tomado una droga, yo que sé lo que puedes haber hecho. Pero todo esto no es normal. Voy a llevarte a un médico. Ya está bien de tonterías. Pero vamos a ver. Suponiendo que hables en serio —la miró a los ojos y vio con horror que en efecto hablaba en serio—, me gustaría saber adónde crees que tengo yo queirme a vivir. Venga, Julia, no seas ridícula. Y además me gustaría saber de qué piensas vivir. Pero, por el amor de Dios, si tenemos ya más de setenta años... Mira, si quieres te preparo un cerebrino.

—No me hagas reír —dijo ella, riendo de una manera infinitamente seria. Había que reconocer que, de una forma tan firme como desquiciada, la referencia al dinero parecía haberla enfurecido—. Mis hijos me ayudarán, eso está más claro que el agua. Lo saben los negros.

Lo saben los negros. Esta afirmación, hacía más de cincuenta años, esta afirmación dicha con un extraño duende y encanto, le había impulsado a él, en un bar de Viladrau, a pedirle que se casaran. Hacía más de cincuenta años. Ahora la frase parecía haber cobrado matices muy distintos a los de aquel día inolvidable.

—Me gustaría saber qué es lo que saben los negros —dijo Mayol algo fuera de sí—. ¿De modo que ésa es la independencia que quieres alcanzar? Casi te saldría más a cuenta denunciarme por malos tratos y divorciarte y que te pase una pensión de por vida y puedas dedicarte, sin más problema, a tratar

de saber quién eres o quién pudiste ser. Estás chalada, Julia.

La respuesta de ella fue una mirada espeluznante, de verdadero odio. Se estaban desvaneciendo, a paso ligero, más de cincuenta años de dulzura y docilidad.

—Ya puedes ir diciendo lo que quieras —dijo ella—. No cambiarás mi decisión. Volvamos a Barcelona. Para mí es cuestión de vida o muerte. Lo he meditado mucho, pero no sabía cómo decírtelo y si me atrevería a hacerlo, pero lo he hecho y ahora no voy a echarme atrás. Tendrías que hacer un esfuerzo, sé que es difícil. Pero inténtalo. Trata de ponerte en mi piel y comprenderme. Volvamos a Barcelona, volvamos a esa casa en la que tantas horas me has dejado sola mientras te ibas con tu amante pelirroja. Ésa es la casa de mi soledad. A partir de hoy lo será para siempre. No quiero verte más en ella. No sabes lo que ha llegado a molestarme que desde que te sientes viejo hayas comenzado a pasar más rato en ella, en esa casa que en realidad es sólo mía. Mía. ¿Te enteras? La he ido haciendo yo a mi medida, a la medida de mi soledad. Tú en ella sólo eres un estorbo.

Estaba claro que ella, aunque algo temblorosa, había vencido casi todo su miedo y cada vez se crecía más. Mayol no salía de su estupor al tiempo que no paraba de recomendarse paciencia y prudencia.

—Nunca he tenido una amante —dijo Mayol con voz casi susurrante y tratando de reprimir la furia que se había apoderado de él—. Todo esto es cada vez más grotesco. Reconozco que no he sido nunca muy casero, pero no creo que eso sea un delito. Además te olvidas de un pequeño detalle. Ya no te acuerdas, pero he tenido que salir de casa entre otras cosas para ganarme la vida. ¿O no, querida? He trabajado como un imbécil para ti y para nuestros hijos, eso es todo. Sí, claro. Reconozco que he pasado mucho tiempo con los amigos. Pero es que en casa yo me aburría, qué quieres que te diga. Pero por favor, Julia, nunca he tenido una amante. Nunca te he engañado y tú lo sabes muy bien.

—Te aburrías porque has sido siempre incapaz de quedarte tranquilo leyendo un buen libro o viendo una buena película en la televisión o simplemente encontrando buenas razones para hacerme compañía. Siempre tenías que irte a la calle. ¡La calle, la calle! Cuando te has sentido viejo, has regresado para que te cuide...

—Que yo sepa nunca me fui de casa. No haces más que decir barbaridades.

—Para que te cuide. Pero ya no quiero seguir sacrificándome como una esclava. Sé que es muy duro todo esto para ti, también lo es para mí. Pero la realidad es ésta: necesito urgentemente liberarme de ti.

—Me parece que has leído demasiados libros sobre separaciones matrimoniales. Siempre te lo he advertido. Yo no leeré, pero tú lees demasiado. Basta oírte hablar para comprenderlo. Es ridículo. Me parece que no voy a hacerte ya más caso, estoy harto de toda esta burrada. Que si me quiero quedar sola, que si no sé quién soy. Pero, por favor, ¿qué es todo esto?

—Voy a pedir un taxi, me voy a Barcelona. A ver si así reaccionas y empiezas a entender que estoy hablando muy en serio.

—Qué horror —susurró Mayol, muy preocupado ya al confirmar plenamente que todo aquello no tenía nada de broma pesada. La expresión de su mujer, su temblorosa firmeza, no engañaban. Ella se había cansado de él y, después de todo, pensó Mayol, no había por qué extrañarse tanto: el cansancio conyugal se posa repentinamente en personas de todas las edades.

Pensar esto angustió todavía más a Mayol. Ella, como si se hubiera dado cuenta de esa angustia que a él había empezado a dominarle, buscó asestarle un golpe de gracia:

—Te diré más, Federico. Hablar contigo siempre ha sido una experiencia agotadora. Desde un primer momento, desde casi el día en que te conocí, tuve la sensación de que intentaba hacerme comprender por un viejo senil. Ahora que de verdad eres esa clase de viejo, la sensación se ha vuelto ya insoportable.

Sin duda se trataba de toda una provocación, un intento de que todo estallara violentamente y se hiciera más fácil la separación. Mayol se contuvo, intentó torpemente congraciarse con ella, le dijo:

—Es verdad. Yo estoy viejo. Tú, en cambio, no.

—Yo también estoy vieja. Precisamente por eso prefiero quedarme sola y tratar de descubrir quién soy sin ti, sin tu maldita vejez que se pasa todo el día pegada a mí.

—Qué horror —volvió a susurrar Mayol viendo que aquello no iba camino de solucionarse. Una angustia fría se había cruzado en su vida. Pero

Mayol tenía muy desarrollado el sentido del humor. Hasta en las situaciones más trágicas se le escapaba la risa. En los instantes en que se abrían para él abismos de tristeza tenía visiones cómicas. No resultará pues extraño si digo que Mayol, aunque desesperado al ver que su mujer hablaba en serio, se dejó dominar por una breve risa y, mirando hacia el huerto, le dijo:

—Todo esto es por lo de las lechugas y las berenjenas, estoy seguro.

Eso dijo Mayol y a continuación comenzó a alimentar la desesperada esperanza de que la rara actitud de su mujer fuera simplemente pasajera.

Pero una semana después, Mayol, refugiado en un bar de la plaza Letamendi, escuchando el rumor obsesivo de la lluvia y el viento, ya sabía que le quedaban pocas esperanzas de que aquella actitud de su mujer fuera pasajera. A lo largo de toda aquella semana tan trágica para Mayol, a lo largo de los días que siguieron a la desconcertante y dolorosa escena, ella se había ratificado en todo, se había mostrado inflexible, muy ilusionada ante la posibilidad de cambiar de vida, y se había dedicado a dinamitar a fondo la placidez de la convivencia conyugal.

Mayol había movido cielo y tierra, había hablado con cada uno de sus hijos, había buscado desesperadamente auxilio, les había pedido ayuda para que su anciana madre entrara de nuevo en el mundo de la cordura. Primero había visitado a su hija María —casada con un hombre viejo, un importante banquero al que engañaba con un joven agente de bolsa: una historia que tenía muy preocupado a Mayol—, y la dulce y adúltera María se había compadecido mucho de su padre, pero había acabado secándose las lágrimas y diciéndole que, muy a su pesar, nada podía hacer, pues ya había hablado con su madre y ésta se había mostrado inflexible. Después, Mayol había probado suerte con su hijo mayor, su flamante sucesor en la presidencia de Seguros Mayol, el poderoso negocio familiar, pero tampoco el hijo modelo, ese hijo del que tan orgulloso se sentía, podía hacer mucho por él. En su desesperación, y también movido por la curiosidad de ver qué pasaba, Mayol llegó incluso a buscar la improbable ayuda de Julián, el único artista de la familia, el hijo menor e impertinente que, al recibirle en su estudio de pintor medianamente cotizado, le reprochó con malas maneras haber llegado en el momento menos oportuno, justo cuando su alma, en busca de inspiración (dijo melifluamente, llevándose la mano al pecho), se estaba elevando hasta

regiones inaccesibles. Mayol le perdonó la frase, pues había oído de él otras mucho más lamentables que aquélla, que al fin y al cabo no era más que una ridícula cursilería de la que su mujer Julia era la principal culpable por haberle inculcado a su hijo una obsesión enfermiza por el arre. Mayol le perdonó la frase porque recordaba otras muchas peores, como las que unos días antes, en plena celebración de las bodas de oro, le había dirigido bajo los efectos del alcohol:

—Mira, papá. Tú y yo somos igualitos. Sentido del humor, inteligencia, imaginación. Como dice un amigo mío, sólo nos diferenciamos en la cultura. Yo tengo, tú no mucha.

Mayol no había podido ir a la universidad a causa de la guerra. Después, la necesidad de ganarse inmediatamente la vida, los negocios, le alejaron de la cultura. No sentía que tuviera que disculparse por ello, y menos ante su hijo.

—Me estás diciendo que soy un inculto pero que tengo inteligencia natural. ¿No es eso? —dijo Mayol.

—No. Bueno, no es eso exactamente. Oye, no te ofendas...

—Me haces pensar en algo que siempre repite un amigo, un amigo mío del club. Él siempre dice, a propósito de los que como tú se creen inteligentes, una frase que no está nada mal.

—A ver esa frase.

—¡A ver esa frase! Cualquiera diría que vas a examinarme, catedrático.

—Ni lo intento, papá.

—Pues mira, la frase es ésta: «En los exámenes los tontos preguntan cosas que los inteligentes no saben contestar».

—No te entiendo.

—A lo mejor es porque no sabes qué contestar al tonto de tu padre.

—No te entiendo. —Mayol disfrutó unos segundos viendo la cara de desconcierto de su hijo—. A ver, papá. ¿No te habrás molestado? Lo que te he dicho no pretendía herir tu orgullo, créeme. Tan sólo buscaba la constatación de un hecho diferencial, unas palabras sencillamente objetivas.

—Subjetivas, genio, subjetivas —se limitó a comentar Mayol.

Lo de genio, dicho en aquel tono burlón, pareció molestar a su hijo.

—Ahora que lo pienso, en realidad, para ti, papá, el único hecho

diferencial es el de Cataluña —le dijo en clara referencia a su militancia nacionalista.

—¿Ve el señor genio algo de malo en eso?

—¿Sabes qué te digo? —perdió el hijo claramente los estribos—. Pues que, por mucho que te duela, yo tengo cierta genialidad. Y tú eres un simple merluzo.

Se comprenderá pues que Mayol, habiendo sido agredido unos días antes, durante la celebración de las bodas de oro, con frases de este calibre, no le concediera excesiva importancia a aquella acusación meliflua de que acababa de interrumpir la sublime inspiración de un artista. Pero sí le dolieron, y mucho, las palabras que siguieron a la acusación:

—Mira, papá. Desde mi modo de ver, mamá ha hecho bien en rebelarse. Ya es demasiado mayor para ello, pero más vale tarde que nunca. Siempre has sido un tirano con ella. Estoy seguro de que volverá contigo, pero tienes que dejarla un tiempo a su aire. Ésa es mi opinión. Para tu consuelo, te regalo esta frase de Tolstói: «El matrimonio es una enfermedad mortal».

—Ese Tolstói era un imbécil —dijo Mayol, y abandonó el taller del pintor medianamente cotizado dando un sonoro portazo.

Dos días después de aquel portazo, al término de su semana trágica, refugiado de un temporal de lluvia y viento impropio de finales de mayo en un bar de la plaza Letamendi, Mayol se sentía profundamente perdido y abatido pero decidía afrontar la realidad y buscar una rendija por la que escaparse de aquella difícil situación que le tenía atrapado. Nunca había pensado que a una edad tan tardía le tocaría tener que empezar de nuevo. En muchas ocasiones había manifestado en familia su deseo de arruinarse por completo para así poder volver a divertirse, empezar de nuevo y demostrar a todo el mundo —sobre todo a sus parientes envidiosos— que no había sido casualidad que desde la pobreza más solemne hubiera sido capaz de levantar un notable imperio económico. Pero ese deseo de empezar de nuevo desde cero lo había manifestado cuando tenía cincuenta, sesenta años. Pasados los sesenta, se había desvanecido cualquier ansia de recomenzar. Además, lo peor del caso era que no se abría para él un atractivo futuro, sino que se trataba nada menos que de regenerar su vida, y para algo así no se sentía especialmente con fuerzas. Nunca había llegado a imaginar que a una edad



tan avanzada se vería obligado a volver a empezar a vivir. A pesar de que, salvo la artritis matinal, el lumbago y algunos pequeños problemas de próstata, se encontraba bien de salud, no se sentía con fuerzas suficientes para una empresa tan ardua como la de tener que aprender de nuevo a vivir. Y eso que se sentía bastante joven. Sí, se encontraba bien. Pero no tanto como para empezar desde cero en ese apartado tan delicado de la naturaleza humana: el mundo de nuestros sentimientos.

Refugiado en un bar de la plaza Letamendi, aguardando a que cesara el temporal inesperado de lluvia y viento, Mayol no paraba de pensar en aquello que le había dicho su mujer acerca de que no se conocía a sí misma y que quería averiguar quién demonios era ella en realidad. No está mal, pensó Mayol, hay que reconocer que tiene derecho a eso y que en el fondo no está pero que nada mal plantearse una cosa así. Sólo tiene un pequeño inconveniente: que a mí me deja solo. Pero por lo demás... Pero es triste pensar que para que ella pueda saber quién es, tenga que dejarme a mí en la calle. A mí, que soy un santo.

Se quedó pensando en él.

Quién soy yo, se preguntó de pronto Mayol. Y le llegó la impresión de que fuera se había puesto a diluviar con mayor intensidad.

Yo soy, se dijo Mayol, hablando muy lentamente para sí mismo, un hombre de edad avanzada al que se le ve algo más joven, como si tuviera un contrato especial con el paso del tiempo. Mis ojos son de un azul intenso, en eso todo el mundo está de acuerdo. Soy alguien que de vez en cuando acusa un tic, como el morro de un perro cuando investiga un aroma. Soy un hombre alto y me atrevería a decir que elegante. Soy alguien que siempre ha estado convencido de que se parece mucho a un actor difunto, a su admirado George Sanders. Soy alguien a quien nunca nadie ha querido reconocerle ese parecido. Soy alguien que está sentado en un bar de la plaza Letamendi de Barcelona y que no puede estar más perdido. Soy alguien al que hoy todo lo que ve le molesta y que intenta ver lo menos posible. Soy alguien que está de mal humor. Alguien al que las circunstancias le empujan a convertirse, lo más pronto posible, en otro. Y también soy alguien que, cuando se haya convertido en otro, tendrá que hacer como si nada, como si perteneciera al mundo normal. Soy alguien al que se le ocurren a veces cosas raras. Alguien

que para ser otro tiene que borrar de su pensamiento a su mujer, borrarla de la memoria, pensar que ella ya no existe, borrarla, borrarla —aquí se puso visiblemente nervioso—, olvidarla. Soy alguien sin paraguas. Alguien que tiene tres hijos, de los que sólo uno le enorgullece, el mayor. Alguien que piensa que su hija no debería haberse casado con un hombre tan viejo. Alguien que detesta a su hijo pequeño, que es un pobre presumido. Soy un buen jugador de póquer. Soy un patriota catalán. Soy un católico que no va a misa. Soy un hombre que, al final de su vida, siente que la lengua se le ha cargado de lodo y no sabe si tragárselo o escupirlo. Soy un hombre alto al que sus creencias le impiden tener un final suicida como el de su admirado George Sanders, que dejó en Castelldefels aquella nota tan despectiva hacia este mundo. Soy un hombre alto que a veces piensa cosas raras, como por ejemplo que su coronilla toca el techo. Soy un hombre poco leído pero que sabe pensar por sí mismo. Soy alguien que desde hace cincuenta años sueña que vive en un hotel en el que no ha pagado la cuenta nunca, gracias a conocer una oscura rampa secreta que está junto a un montacargas que no funciona. Soy alguien que se escapa muchas noches por esa rampa. Alguien que ahora busca un atajo angosto para escapar de la situación que le tiene atrapado y no pagar nunca los gastos del triste hotel de su vida. Alguien que cada día que pasa le tiene más miedo a observar cómo lentamente se pudre su mundo. Soy un montón de trapos viejos, sólo sé que me llamo Federico. Pero, ahora que lo pienso, qué raro llamarse Federico.

De pronto se quedó literalmente angustiado, porque vio que sabía menos de él mismo que unos minutos antes, cuando se había preguntado quién era. Invadido por un sudor frío, se dio cuenta de que, al mismo tiempo que él, se había enfriado su café. Pidió otro y, mientras lo hacía, especuló con la posibilidad de que el camarero pudiera llegar a darse cuenta de que aquel cliente de edad avanzada, aquel hombre que reclamaba su atención con aparente seguridad en el gesto, en realidad no era nadie o, mejor dicho, era el Señor Nadie, también llamado Federico. Especuló con esto y, cuando vio que el camarero seguía sin darse cuenta de que lo llamaba, recurrió a un suave grito acompañado de un gesto deliberadamente anticuado, lo llamó como setenta años antes había visto que lo hacía su padre en un desaparecido y llorado café wagneriano que era vecino del Teatro Coliseum, El Oro del

Rhin. Allí su padre había tenido una tertulia, y allí había aprendido él a llamar a los camareros con los modales propios de un «señor de Barcelona», una estirpe de señores en extinción. Se acercó el camarero entre dormido y confundido, y aunque Mayol sabía que era andaluz, en esa ocasión le habló en catalán, y además lo hizo con una educación exquisita, con gestos propios de la burguesía barcelonesa de principios de siglo. El camarero, que cada vez parecía más somnoliento, escuchó el pedido observando con cierto estupor la extrema gestualidad anticuada de Mayol y, sobre todo, el pañuelo blanco que emergía del bolsillo superior de su chaqueta.

Poco después, justo cuando le trajeron el nuevo café, era Mayol quien caía en un estado algo somnoliento. Como si el temporal de lluvia y viento lo hubiera hipnotizado, se dejó dominar por una imagen que no pertenecía al mundo de sus recuerdos, era tan sólo un sueño reciente y además deformado: su mujer le ponía las zapatillas en casa y de pronto torcía violentamente el gesto y le decía gritando que el miedo de verle la cara y de oír el timbre de su voz potente les separaba.

Cuando Mayol logró apartar ese sueño deformado, el café había vuelto a enfriarse, pero eso fue algo de lo que ni se dio cuenta porque de inmediato volvió a reflexionar angustiado acerca de lo que le había sucedido en los últimos días. Una total injusticia. Una persona como él, que había dedicado toda su vida a trabajar por la familia, no merecía aquello que le estaba ocurriendo. Lo máximo que se le podía reprochar era que había tenido una amante pelirroja. Por cierto, se dijo Mayol, no entiendo cómo se ha enterado Julia de esto.

Pero esa amante pelirroja había muerto hacía muchos años, casi tantos como hacía que George Sanders se había suicidado. Esa amante pelirroja era para Mayol un fiambre en rodos los sentidos, la recordaba como una verdadera pelmaza, una ninfómana que tenía la manía de vomitar palabras francesas cada vez que llegaba al orgasmo. Estuvo pensando largo rato en la pelirroja absurda y difunta hasta que de pronto, como si existiera una íntima relación entre una cosa y otra, la próstata pasó a ser el centro de sus pensamientos. La repentina necesidad de ir al lavabo se apoderó de él. Orinó pensando en su padre, siempre había temido que fueran a más sus problemas de próstata y acabara como su padre, que murió de cáncer. Orinó con el brazo

izquierdo apoyado en las baldosas horriblemente azules del lavabo y poco después, repitiendo un gesto involuntario pero muy constante en su vida, se miró en el espejo. Seguía pareciéndose a George Sanders, por mucho que nunca nadie hubiera querido admitirlo. Siempre se había parecido a aquel actor de Hollywood, estaba seguro.

Cuando volvió a su mesa, siguió sin reparar en que el segundo café también se le había enfriado. Repentinamente, sus pensamientos se habían visto invadidos por esa sensación que dicen que envuelve la mente de los moribundos, y vio pasar en décimas de segundo la película de su vida, un resumen alocado, extremadamente vertiginoso: su nacimiento en la calle Bruch de Barcelona, sus dos abuelos —uno contrabandista y el otro terrateniente—, su dulce madre muerta a edad temprana, los años de la guerra que truncaron para siempre sus estudios, el drama de la ruina en la posguerra del negocio textil de su padre, su trabajo como modesto agente de seguros hasta que se abrió un camino triunfal en la vida al fundar Seguros Mayol, el final del franquismo, su ingreso en el partido nacionalista catalán, su cargo político, su renuncia a ese cargo, su jubilación de todo —negocios y escaño en el Parlamento catalán—, su mujer dejando de ponerle en un sueño las zapatillas, su estúpido hijo menor desmayándose si veía un pez muerto y justificándolo después diciendo que eso le ocurría porque, en una vida anterior, él había sido un habitante de la Atlántida, la muerte riendo de una manera tan infinitamente seria como Julia.

Vio pasar la película de su vida a una velocidad extraordinaria, su vida dedicada a la familia y a su patria catalana, y volvió a decirse que era una completa injusticia lo que le había sucedido a una persona como él, a un señor de corazón íntegro y alma libre. Y ahora me gustaría saber adónde puedo ir y qué me queda por hacer en la vida, se dijo Mayol. Fuera, había empezado a remitir la fuerza casi huracanada de la lluvia y el viento. Mayol, pensando en lugares a los que podría viajar a la espera de que mejoraran las cosas, imaginó tierras muy remotas, climas de altura, países muy exóticos. Pero también pensó en lugares más próximos, en ciudades cercanas y ya visitadas por él. El día anterior, en la tertulia del club, su amigo Terrades le había dicho algo que le había producido un enorme efecto, le había dicho que mientras no se le ocurriera visitar ciudades en las que nunca había estado

antes, se mantendría con vida. Terrades decía a veces cosas de este estilo simplemente para deslumbrar a los tertulianos con su reconocida facilidad para las frases extrañas e ingeniosas, pero en ocasiones no había nada de gratuito en sus presagios, era el rey de las intuiciones, de las intuiciones que luego se cumplían.

Mayol estuvo un buen rato pasando revista a las ciudades que a lo largo de su vida había visitado. Apuntó algunas en una servilleta de papel: París, Niza, Lisboa, Oporto, Roma, Sevilla, Madrid —la tachó, odiaba esa ciudad—, Córdoba, Granada, Málaga. No encontró muchas más porque Mayol era un barcelonés profesional, siempre había resultado una proeza lograr que accediera a moverse de su ciudad. Luego, volvió a dedicarse de nuevo a su gran problema, se preguntó por qué con tanta facilidad tenemos la detestable costumbre de ser infelices. Su imaginación le hizo verse a sí mismo como una estatua que despertaba en la alcoba de un mundo en el que todo había muerto. Vio entrar en el bar a una anciana vestida de riguroso luto, una vieja dama digna tan tiesa y tan severa que Mayol no pudo reprimir un sentimiento cómico ante aquella aparición. Imaginó que la vieja se daba cuenta de su risa secreta y que, caminando con una determinación sorprendente para su edad, iba directamente hacia él. La anciana enlutada, en cuyo rostro lleno de arrugas el sudor había diluido una espesa capa de polvos, ponía sus brazos en jarras y le decía:

—Así que estamos de fiesta.

Mayol dejó atrás de golpe toda su somnolencia mientras se decía que tal vez aquella mujer tan tiesa y arrugada era simplemente la Muerte. Le lanzó una nueva mirada y la vio consultar la hora en un pequeño reloj que llevaba a la antigua, en un collar colgado al cuello. Se aterró. Le vino a la memoria una frase de su amigo Terrades, una frase que siempre le había intrigado: «La muerte se esconde en los relojes». Mayol se dijo que no convenía tentar a la mala suerte. Fue a la barra y pagó los dos cafés fríos. Salió a la calle. Tardó bastantes minutos en encontrar un nuevo refugio. Al entrar en él —un pequeño bar de la calle Balmes—, se avergonzó de inmediato de no llevar paraguas. Todos los parroquianos se habían quedado mirando el repentino espectáculo que podía verse en el umbral: un señor alto, de edad respetable, casi chorreando agua por las orejas, calado hasta los huesos.

## ORIENT-EXPRESS

Te conviene, te conviene, te conviene un viaje. La frase martilleaba la mente de Mayol, todavía algo empapado, ahora sentado en la mesa del bar de la calle Balmes, oyendo sin cesar que le convenía, le convenía, le convenía un viaje. Fuera, la tormenta parecía estar remitiendo en su intensidad, pero en realidad sólo lo parecía. De vez en cuando crecía en fuerza y poco después, como si quisiera divertirse, perdía violencia. Te conviene, te conviene, te conviene un viaje. Mayol oía esto y, al borde de volverse loco, sospechaba que la tormenta, aliada con aquella consigna viajera, trataba de convertirle en un muñeco a merced de toda clase de intemperies.

Te conviene, te conviene, te conviene un viaje. Era la frase que más veces había tenido que escuchar Mayol, el día anterior, en esa tertulia del club que había resultado distinta de las habituales, pues en esa ocasión apenas se había hablado de lo que era una costumbre que parecía incorruptible —de fútbol, de enfermedades, de política catalana— y sólo se había comentado el drama que estaba viviendo Mayol. La culpa de que se hablara sólo de eso era de Mayol, que en un momento de debilidad, acosado por algunas preguntas en torno a sus ojeras y a su cara de desesperación, había terminado por contarles lo que le estaba pasando, las palabras de su mujer y su sentimiento de profundo desconcierto ante lo que, a partir de entonces, podía depararle la vida.

Los contertulios se esforzaron por tratar de quitarle hierro al asunto, pero en realidad no hicieron más que añadir un sentimiento aún más trágico a la conciencia que Mayol tenía de haber desembarcado en la playa terminal de su vida.

Te conviene, te conviene, te conviene un viaje. Fue la frase más repetida en la tertulia, pero también hubo otras, y todas esas otras buscaban en general, con más buena voluntad que talento, ser originales y poseer mayor enjundia que la del contertulio que las había precedido.

—A una mujer sólo la conoces de verdad cuando la tienes en contra —le había dicho, por ejemplo, Palou, siempre tan aficionado a las sentencias.

Unos consejos de su amigo Ferrer le habían parecido a Mayol sumamente rebuscados:

—Desaparece del todo, crea intriga sobre tu paradero. Te haces el interesante. Viajas a un sitio bien raro, a ser posible con un nombre exótico y misterioso. A la isla de Beranda, por ejemplo. Desde allí envías una postal diciéndole que eres feliz. Al cabo de un par de meses vuelves y ya verás la alegría que tendrá tu mujer al verte.

—¿Estás seguro? Igual me manda a freír espárragos otra vez.

La tertulia de aquel club era más bien triste y de escaso vuelo. Sus componentes —tal vez con la excepción de Terrades, por el que sentía cierto afecto y admiración— le parecían a Mayol una pandilla de viejos mediocres y de poco coraje ante el mundo. Pero los soportaba porque en realidad no tenía un lugar mejor donde dejarse caer por las tardes desde que, tras su renuncia a los negocios y a la política, ya no asistía a consejos de administración ni a reuniones del partido. Por otra parte, sus mejores amigos habían muerto, y con ellos había desaparecido una espléndida tertulia cuya sede se encontraba en el Círculo de la Rambla, una tertulia diaria que, en época de prohibición del juego, servía de preámbulo para partidas de póquer clandestinas o, mejor dicho, consentidas, pues en ellas participaba —protegiéndolas al mismo tiempo— más de un comisario de policía, todos muertos.

Aquella sí que en verdad era una tertulia y no la de aquel club de medio pelo donde, el día anterior, había tenido que soportar una multitud de frases torpes y poco estimulantes, frases como la del insoportable Santacana —dueño de una funeraria y hombre obsesionado con los libros de historia—, que le había dirigido a Mayol unas palabras que a él le habían parecido absolutamente fuera de lugar:

—Desconcierta a tu mujer apartando los sentimientos de su realidad habitual.

—Como siempre, amigo Santacana, me veo obligado a preguntarte qué has querido decir con tu frase presuntuosa.

—No deberías molestarte conmigo, sólo trato de sugerirte que actúes inteligentemente, desconcertando. Que actúes como esa reina escocesa, ahora no recuerdo el nombre, esa reina que el día antes de ser ejecutada y sabiendo que desnudarían su cuerpo...

—Oye, mira. Es mejor que no sigas, Santacana. No me interesa.

—Déjame acabar. Sí que te interesa. Sabiendo que iban a desnudarla para amortajarla, quiso que le lavaran los pies. ¿Y sabes por qué? Pues porque los tenía lastimados y se aplicaba ungüento en ellos.

Ungüento, se dijo Mayol, casi anonadado. Menuda palabra, pensó, qué palabra más rara, Dios mío. De su asombro le sacó el envidioso y corrosivo Antoñanzas, que le odiaba; nunca había podido soportar las ligeras ostentaciones que hacía Mayol cuando se hablaba de dinero. A la menor ocasión, aunque no se estuviera hablando en ese momento de dinero, aprovechaba para vengarse sibilinamente. Le dijo:

—Dejarías de preocuparte tanto si te dedicaras a pensar lo que en el fondo ya sabes. Que ella no es más que una mujer sin importancia. En el sentido — intentó suavizar sus palabras— de Oscar Wilde, claro está. Piensa eso y verás qué pronto se te pasa la tontería.

Iba Mayol a responderle con cajas destempladas cuando muy oportunamente terció Terrades con esta frase que tanto efecto iba a producirle:

—Sospecho que mientras no visites ciudades que no conoces, te mantendrás con vida.

—Y donde hay vida hay esperanza —añadió Palou.

—Créeme. Te conviene un viaje —apostilló Santacana.

—A la isla de Beranda —dijo Ferrer.

—No. A un lugar que ya conozcas —dijo Terrades.

—Y dale con lo del viaje —se quejó Mayol—. Parece que no sepáis decirme otra cosa. Ya está bien, ya he escuchado lo suficiente y no pienso oír nada más. Tan sólo diré algo para acabar con este asunto del que no deberíamos haber hablado nunca, y después pasamos al fútbol o a lo que queráis. Estoy jodido, pero sabré sobrellevar mi problema sin ayuda de nadie.



Hace un rato ya lo he intentado y me lo habéis estropeado vosotros. La verdad es que hace sólo una hora, cuando no había nadie todavía en esta sala, he intentado quedarme aquí sentado viendo cómo atardecía, confiando en que ninguno de vosotros entrara y encendiera las luces. He intentado imaginarme que si me quedaba muy quieto tal vez podría desaparecer de donde estaba, esfumarme por completo.

—Debes estar muy mal para hablar de esta manera, debes estar muy mal —dijo Terrades—. Me gustaría poder ayudarte, pero no veo de qué forma. Te molesta que te recomendemos un viaje, pero creo que ésa sería la mejor solución. Ir a una ciudad que ya conozcas, nada de riesgos. Un lugar que te resulte familiar, dejar pasar unos días. El tiempo suele arreglarlo todo.

—No quiero hablar más de mí, ya basta.

Mayol intentó entonces desviar la conversación, introdujo un tema futbolístico y habló de un penalti no señalado el domingo anterior y que había sido un escándalo a nivel nacional.

—Debes estar muy mal —insistió Terrades.

—Olvidad mi problema, por favor —suplicó Mayol, que siempre había sido orgulloso y no le gustaba nada estar inspirando compasión a sus compañeros de tertulia.

—Y lo peor es que, como dice Terrades, poco podemos hacer por ti —comentó Santacana.

—Es verdad, es la puta verdad. Depende de ti salir de esta situación —añadió Antoñanzas.

—Nadie puede hacer nada por nadie —sentenció Palou.

—Por nadie —repitió Ferrer—. Claro que si te decidieras a hacer un viaje...

—Debes estar muy mal —concluyó Terrades.

Sigo estando muy mal, se dijo Mayol mirando a su alrededor, dando un repaso general al Orient-Express, el bar de la calle Balmes en el que se encontraba. Fuera, proseguía el temporal de lluvia y viento. El bar era un espacio deprimente, un estrecho pasillo que, tratando de disimular su condición de horrendo corredor angosto, evocaba burdamente el lujo de un rancio vagón-restaurant del mítico tren de antaño, aquel novelesco *Orient-Express* en el que siempre había soñado viajar su padre.

Se acercó un camarero relativamente joven, de aire sombrío. Un oporto, dijo Mayol al tiempo que pasaba detallada revista al personal concentrado en el bar: parroquianos de rostro abotargado, apopléticos, hocicos de bulldog, mejillas amoratadas, estúpidos ojos inyectados en sangre y enormes patillas estilo orangután. Un panorama nada alentador, un paisaje y un paisanaje como para echar a correr de espanto.

—No sé si hay oporto —dijo el camarero de aire sombrío.

—Pues hágame usted el favor de mirarlo —respondió muy educadamente Mayol, que tenía la impresión de estar hablando con un discípulo directo del conde Drácula y al que era conveniente no sacar en demasía de sus casillas—. Tenga la amabilidad, la bondad de preguntar si hay oporto.

Tardaron una eternidad en mirarlo, pero la espera acabó mereciendo la pena. Tenían oporto. A Mayol, después de tantos contratiempos en los últimos días, le pareció una noticia muy reconfortante. Mientras le servían el vino, se oyó el violento estallido de un trueno, al que siguió un estornudo y la sonora blasfemia de un parroquiano. Mayol hizo como si no hubiera oído nada y se quedó pensativo contemplando el color caoba del oporto, un color parecido al del vino —por recomendación médica no podía tomar otro alcohol que no fuera vino y en muy pequeñas dosis— que le había ofrecido su hijo mayor, su hijo Ramón, la última vez que se habían visto.

—Mi querido Ramón —le había dicho ese día cuando logró llevar la conversación a un tono solemne—, debes saber que tu madre me ha decepcionado profundamente, desde luego es lo último que me esperaba de ella. Ha sido todo tan absurdo y terrible... Me ha hecho sentirme como estafado, como si me hubiera robado la vida entera. Imagino que dirás que no, pero tal vez tú puedas hablar con ella y...

—La suya parece una decisión irreversible, que yo pienso que hay que respetar... Ya he hablado con mamá, pero se mantiene en sus trece. Desde luego a mí me parece todo una locura. Pero poco puedo hacer, por no decir nada. ¿No te parece?

—Me gustaría que supieras —aumentó Mayol el tono solemne, como si estuviera pronunciando sus últimas palabras en este mundo— que algún día tú alcanzarás mi edad y te sentirás, como me siento hoy yo, a las puertas de la muerte, y pensarás en el fin próximo de tu vida y te acordarás entonces de tu

padre, que hará mucho tiempo que habrá muerto, y recordarás que hoy te visité en tu casa y te dije que a mi edad la muerte y su proximidad ocupan el centro de todos mis pensamientos.

—Me acordaré si es eso lo que quieres. Me acordaré si es que vivo más que tú. Pero reconoce que te estás poniendo muy lúgubre...

—No hago más que hablar de lo que todo el mundo trata de olvidar. El día en que yo falte, te acordarás de lo que te acabo de decir. Mira, la gente vive como si la muerte no existiera.

—Pero no puede uno pasarse el día entero pensando en ella.

—Llegarás a viejo, ya verás. Y, al igual que ahora me sucede a mí, pensarás en la muerte, porque la tendrás pisándote los talones, rozándote con su apestoso aliento tu desgraciada nuca.

Mayol notó que había disfrutado diciendo esta última frase, le pareció de pronto que, gracias a hablar de la muerte, cada vez se encontraba mejor. Fue como si hubiera descubierto que el habla era el modo de transformar un sufrimiento mental en un placer. Y es más: le pareció que su hijo le pedía que siguiera adelante, que siguiera hablando y se liberara de ese exceso de sensaciones, ideas y fantasmas que desde hacía unos días ocupaba su mente.

—Llegarás a viejo —insistió Mayol— y recordarás el día de hoy, el día en que te dije que, a pesar de todo, la vida la encontré siempre aceptable y agradable, incluso en el último tramo, donde ahora la tengo. Por eso nunca dudé, por ejemplo, en tener hijos. Y es que siempre me pareció magnífico que ellos pudieran también disfrutar de la vida como yo lo hacía y lo he hecho siempre, y lo hago todavía ahora.

Mayol fingía. En realidad, sólo deseaba, desde hacía unos días, desaparecer de esta vida lo más pronto posible. Desde lo de su mujer, desde que no tenía adónde ir, no le quedaban ganas de continuar. Sin embargo —posiblemente porque somos todos muy contradictorios—, le producía cierto extraño placer estar hablando en aquel tono, tan vital como mentiroso, a su hijo. De modo que decidió proseguir con su discurso solemne de palabras positivas.

—Llegarás a viejo, y un día te acordarás de mí y recordarás que te dije que, a medida que veía que se acercaba la muerte, más sentía la necesidad, escúchame bien, más sentía la necesidad de convertir mi existencia en algo

más profundo y más pleno.

Tal vez haya un placer en mentir, pensó Mayol. Y mirando a su hijo, que parecía estar aguardando nuevas palabras solemnes, Mayol se dijo que quizá hablando de esa muerte que a todos nos aguarda, mintiendo acerca de sus verdaderos sentimientos sobre ella, podía encontrarse secretamente agazapada, misteriosamente escondida, la posibilidad de aplazar aquel deseo insistente y tal vez provisional de que la maldita muerte pronto le visitara.

De pronto, se sintió bien actuando de aquella forma. Nunca se había encontrado tan a gusto con su hijo favorito, el continuador del negocio familiar. Le sonrió, pasó de la pomposidad al relajamiento que conlleva siempre una nota de humor un poco estúpida.

—Lo que son las cosas. Y pensar que tenemos una compañía de seguros y ni tú ni yo estamos seguros de nada...

En el fondo, pensó Mayol, siendo tan contradictorio me lo estoy pasando muy bien, disfruto hablando y relegando a un segundo plano mis deseos de irme de este mundo. A mi hijo, además, le gusta oírme hablar, lo noto, y tal vez haya llegado la hora de comunicarle no sólo mis últimas ideas sobre la vida y la muerte, sino también mi testamento político. Que mis palabras de hoy me salven del olvido inmediato cuando me llegue la hora del adiós definitivo. Que pueda yo seguir viviendo por un tiempo en el recuerdo emocionado de mi hijo, sobreviviendo así más allá de mi muerte.

Intentó conectar su repentina nota de humor un poco estúpida con un encendido testamento político, con palabras de patriota catalán. Pero al ir a iniciar su discurso privado, al ir a abrir la boca para emitir sonidos nacionalistas —que cuando se exaltaba acababan siendo separatistas—, una especie de extraño mecanismo se le cerró en la garganta.

Se levantó bruscamente, miró a su alrededor como si estuviera mareado. Hizo un gesto con el pulgar en dirección al pasillo, donde estaba el lavabo principal de la casa. La maldita próstata que acabó con mi padre, pensó.

Ya en el lavabo, recordó de pronto, sin saber por qué —tal vez porque la memoria, siempre caprichosa cuando no enigmática, quiso acudir en su auxilio y evitarle que siguiera pensando en la próstata—, la gran pala de hierro con la que había recogido los restos de una niña muerta en un bombardeo: la primera misión e impresión dolorosa que le había tocado vivir

como miembro voluntario de la Cruz Roja durante la guerra civil, la primera visión espantosa que le había deparado la difícil vida.

Pensó entonces en su vida. No le gustaba, no podía gustarle, parecía encaminada a un pésimo final. Se dijo que tal vez la auténtica vida de alguien fuera a menudo la vida que uno no llevaba. Cuando regresó al salón de la casa de su hijo, se sentía más viejo y acabado que unos minutos antes, aunque satisfecho de haberle hablado a Ramón de la manera en que lo había hecho. Pensó que en realidad ya no sabía si quería morir lo más pronto posible o intentar vivir la vida que nunca había llevado. Se dijo que tenía más ganas de vivir que un minuto antes. Pero bastó que se dijera a sí mismo esto para que se le pasaran de nuevo las ganas de vivir. Era un ser desconcertado, no cabía duda alguna sobre eso. Miró a su hijo. Decidió ahorrarle su testamento político. Al oír la sirena de una ambulancia, miró hacia la ventana. Cuando su mirada volvió a posarse en su hijo, vio en él un gesto de gran preocupación.

—No tienes por qué sentirte mal por lo que me sucede —le dijo—. Ya llegarán soluciones, hijo. Que conste que no era mi deseo preocuparte. Lo que sucede es que en la tertulia del club nos pasamos el día hablando de la muerte. Se nota que estamos todos viejos. A veces me digo que me iría bien alejarme de la tertulia. Es deprimente y, además, no son amigos. No son amigos como los que antes tenía y que han muerto. Porque todos han muerto, eso es terrible. Los amigos de ahora, salvo quizá Terrades, no son amigos...

El hijo, que permanecía con el gesto preocupado, encendió lentamente un mentolado, y después fue a buscar un oporto para su padre. Al otro lado de la casa se oía la animada conversación que Alejandra, la mujer de Ramón, sostenía con la criada.

—Hablemos de otra cosa —dijo Mayol cuando regresó su hijo—. Hablemos de ti, Ramón. Ya te lo he dicho muchas veces, pero no voy a cansarme de decírtelo. Me siento orgulloso de ti, de que todo te vaya tan bien. Y me hace feliz pensar que eres feliz y que Alejandra sea feliz contigo... Que todo te vaya bien es, para mí, un motivo de satisfacción. Como lo es también el que no digas tonterías como tu hermano, al que cada día soporto menos, cada vez le aguanto menos sus delirios artísticos, sus ridículas fantasías, sus pretensiones de merluzo. A tu madre puedo aguantarle todo, hasta incluso le perdono que me haya dejado. Pero lo que es a tu hermano no puedo

soportarlo ni un minuto.

No parecía que Ramón le hubiera estado escuchando, se le veía abstraído.

—No era mi intención preocuparte —dijo Mayol—. Créeme que no era eso precisamente lo que buscaba al venir a verte. Chico, lo siento.

—No es eso, no es que esté preocupado por ti, más bien lo estoy por mí, yo sí que debo pedirte disculpas. Estoy fatal, estoy en crisis.

—¿Crisis? No me hagas reír...

—No siempre las cosas son como pensamos. Tú dices, por ejemplo, que te encanta verme contento al lado de Alejandra. Pues bien, será mejor que sepas que, desde que se fueron de casa mis dos hijos, tus dos queridos nietos, desde que los dos se casaron, no sé qué puede haber pasado, pero la verdad es que no me siento bien al lado de Alejandra, la he aburrido. Y, además, de un tiempo a esta parte he aburrido otras cosas. El trabajo, por ejemplo. La compañía de seguros ha empezado a cansarme, tal vez sea porque llevo demasiados años en ella, haciendo cada día lo mismo, no hay quien lo aguante. Quisiera pensar que te estoy hablando de una crisis sólo pasajera, la crisis de los cincuenta años. Pero la verdad es que creo que es algo más que una crisis, es un profundo abatimiento.

Mayol se bebió el oporto de golpe.

—No puedo creerte, Ramón, dime que estás haciendo teatro.

—Me ocurren cosas extrañas. Por ejemplo, he empezado a envidiar los trabajos de mis amigos. Piensa lo que quieras, piensa que me domina un sentimiento infantil. Pero lo cierto es que ayer nombraron a mi amiga Luisa Rico directora de productividad y calidad de Siemens. En lugar de alegrarme por ella, me apené por mí. Me dio por recordar que he ido ascendiendo en la compañía porque tú siempre me apoyaste. De pronto, saber que Luisa había ascendido por méritos propios me dejó sumido en un sentimiento absoluto de cochina envidia.

—Desde luego me dejas muy sorprendido. ¿Estás hablando en serio? No pareces el mismo... Siempre has sido muy sensato e inteligente. ¿No crees que deberías preguntarte por la cantidad de gente que sin duda envidia tu posición, tu trabajo?

—Es que no puedo. Mira, la semana pasada nombraron a Marcos Catalá vicepresidente de relaciones públicas de General Motors, y cuando le llamé

para simplemente felicitarle, noté que lo hacía con complejo de inferioridad, como si yo en realidad no fuera nadie... Sí, ya sé. Lo encuentras todo ridículo, piensas que un hombre como yo no debería caer en crisis tan necias, seguro que estás pensando eso. Creo que todo es culpa de la edad. Sí, debe ser cosa de los años. Me he hecho mayor, debe ser eso. Pero sea lo que sea, lo cierto es que lo paso muy mal últimamente... En su momento yo fui, y tú bien que lo sabes, el mejor situado de todos mis amigos de Económicas. Pero el tiempo ha ido pasando y pasando y ahora me encuentro falto de alicientes, prisionero de la monotonía.

—¿Monotonía? —preguntó Mayol sin poder disimular su creciente fastidio.

—Monotonía, sí. O aburrimiento. Aburrimiento del cargo que heredé de ti. Lo siento, ésa es la pura verdad. Me veo en un despacho que tiene las dimensiones de una celda. Y mientras tanto ellos, mis amigos, no dejan de demostrar, día a día, su tardía pero real valía. Se lo han ganado todo a pulso, no como yo. Para colmo, Alejandra ha dejado de ser joven y burra, y ahora sólo es vieja y burra. Y me aburre, me aburre profundamente, me aburre más que el despacho la muy burra.

Que Ramón se sintiera medio avergonzado de dirigir Seguros Mayol era del todo inadmisibile.

—Nuestra compañía —dijo Mayol, muy molesto, iniciando su discurso como si estuviera en el Parlamento catalán— es de las más importantes del país y pronto, gracias a mí, pero sobre todo a ti, que has sabido darle un gran impulso, va a competir con rivales que antes nos parecían de otra órbita. Parece mentira que puedas hablar de esta forma, se ha de ser muy idiota para hacerlo. Me gustaría saber qué trabajo te gustaría tener. ¿Acaso te gustaría ser nombrado subdirector de la división de auditoría de cualquier oficina de mala muerte? Dime, contéstame, ¿eso es lo que te gustaría?

Mayol se dijo que ya nada podía volver a ser como antes. Si su mujer había herido de muerte cincuenta años de vida conyugal, Ramón acababa de hacer lo mismo con su vida profesional, con todos esos años que él, Federico Mayol, había dedicado a levantar un imperio económico y por el que de pronto, como sucedía con su matrimonio, parecía que tenía que pedir excusas y perdón. Todos parecían propensos a querer hacerle ver que su vida, tanto en

el aspecto sentimental como en el profesional, había sido de arriba abajo un completo error.

Tengo al enemigo en casa, pensó Mayol, dirigiéndose hacia la ventana del salón en busca de aire puro. La abrió de golpe, con un gesto enérgico, casi como un acto de silenciosa protesta contra el hijo que con un par de frases había hundido toda su vida dedicada con éxito al trabajo. Era uno de esos días en los que la belleza temerosa de Barcelona parece desvelarse, uno de esos días en los que el viento barre las calles crepitando como una vela tensa y entonces la ciudad adquiere una extrema nitidez, con unos perfiles muy marcados, como una fotografía muy contrastada.

Mayol se quedó unos segundos apoyado junto a la ventana, pensativo, con un gesto casi desesperado. No había para menos, en pocos minutos se le había hundido la parte de su mundo que aún se sostenía en pie. Entonces dijo:

—A pesar de que acabas de poner en cuestión todos mis años de vida dedicados al trabajo...

—Yo no he hecho tal cosa, por favor. Sólo he dicho que me aburro en el despacho, que me aburro en casa, que me aburre todo...

—A pesar de todo, no voy a cambiar de opinión sobre ti, pues ya sólo me faltaría eso... Sigo orgulloso de mi hijo mayor. Quiero a mis tres hijos, incluso quiero al majadero de tu hermano, que se desmaya si ve un pescado muerto, incluso quiero a tu hermano, ya ves, incluso me gusta ese idiota que dice que él tuvo una vida anterior en la Atlántida. Pero por ti siempre he tenido una debilidad que ahora no pienso cambiar.

—Estoy pasando un mal momento, eso es todo, no te preocupes. Pero es que no puedo ya ni desayunar camino del trabajo. El otro día, en el café de aquí abajo, mientras miraba a la calle, se me ocurrió que no podía decir nada a nadie. A mi lado oí a alguien que le decía a otro que si él pudiera decidir... Y yo pensé: Si yo pudiera decidir lo borraría todo. Estoy mal, pero supongo que todo mejorará. Lo peor fue lo que me ocurrió el otro día al ver en el retrovisor de un taxi mi rostro. Primero no quise reconocerlo, creo que de tan descompuesto que lo vi. Sin buscar comparaciones, enseguida se me ocurrieron varios animales... Estoy mal, qué le vamos a hacer... El otro día al mirarme por la mañana en el espejo, me dije que con una cara como la mía debería estarse uno quieto todo el rato. Me dije que ni tan siquiera tenía



derecho a hablar solo...

Mi hijo está fatal, pensó Mayol. Se oyó el bramido de una moto adelantando seguramente a un coche. La lástima que sintió Mayol por su hijo fue asombrosamente breve. Y es que en realidad le resultaba imposible olvidar que éste le había humillado al poner en entredicho, por mucho que lo negara, Seguros Mayol. Ramón le había humillado, víctima sin duda de la fiebre de una crisis indigna de un hijo suyo. Cerró la ventana —en otro gesto mínimo de protesta— y le dijo:

—No puedo hacer nada por ti. Tú tampoco por mí.

Ramón, como si no tuviera suficiente con lo que le había dicho a su padre, volvió a la carga, siguió con lo de la crisis:

—No pretendo que me entiendas, pero quiero que sepas que, por ejemplo, hay días como hoy en los que sólo pienso que habría que abolido todo. Ya no creo en Dios. Lo he pensado mucho y ya no creo en Él. Lo siento, sé que esto también te ha de molestar. Pero es que ya no creo en Dios. Y es más, deseo no estar en ningún sitio, no quiero nada.

Mayol se dijo que su hijo no sólo no podía hacer nada por su padre sino que, además, insistía en querer humillarlo, ya sólo faltaba lo de Dios...

Hasta ahí podíamos llegar, pensó Mayol. Me he quedado sin mujer, resulta que es una perfecta birria toda mi vida dedicada a sacar adelante a una familia como Dios manda, y ahora tratan de quitarme a Dios, que es el que manda. Ya sólo queda que quieran borrar me del todo como ser humano. Si me lo quitan todo, y me parece que ya me lo han quitado, me pregunto qué me queda.

—¿Qué me queda? —le preguntó a su hijo.

—¿Cómo dices?

Mayol acababa de alcanzar la cima de su estado de indignación, a partir de ahí ya sólo le quedaba el descenso. Seguía sintiéndose orgulloso de lo que había hecho su hijo por la empresa familiar, pero la crisis personal le había vuelto insoportable. Fue hacia donde estaba el empresario con nubarrones en la cabeza y le dijo, algo furioso:

—Digo que nada puedo hacer por ti. Que tenga el señor director de Seguros Mayol una buena crisis. Adiós. Y digo adiós porque existe Dios. Adiós.

Nadie puede hacer nada por nadie, concluyó Mayol al dar por terminado el recuerdo de la nefasta visita que le había hecho a su hijo favorito. Nadie puede hacer nada por nadie, volvió a repetirse para sí mismo Mayol, sentado en una mesa del Orient-Express mientras observaba con cierto alivio y satisfacción —tal vez sea mejor decir alegría, pues iba ya por su cuarto vino de oporto— que el temporal de lluvia y viento había arreciado de forma considerable y dentro de muy poco podría salir tranquilamente a la calle. De hecho, apenas llovía ya. Los clientes del bar no eran los mismos que cuando había entrado. Se veían ahora incluso rostros algo agradables. Y una prometedora luz, que emergía de las tinieblas de la tormenta que se batía en retirada, se filtraba a través de la puerta de cristal de aquel bar de mala muerte, de aquella especie de simulacro de un vagón-restaurante de un mítico tren de lujo.

Te conviene, te conviene, te conviene un viaje. De nuevo, la frase comenzó a acribillar el cerebro de Mayol. De nuevo había reaparecido aquella consigna molesta. Te conviene, te conviene, te conviene un viaje. Tratando de eludir el martilleo de la consigna, Mayol se puso a pensar en la necesidad que de pronto había surgido en su vida, la necesidad urgente de ser otro. Puesto que todo le iba tan mal, una solución razonable —aparte de la de quedarse esperando a que llegara la muerte, que era algo que ya no le atraía demasiado— podría ser cambiarse el nombre, viajar a una ciudad donde nadie le conociera, y allí inventarse una biografía por la cual él no se habría casado nunca ni era un antiguo hombre de negocios: inventarse, por ejemplo, que había sido toda su vida un jugador profesional de póquer que había viajado por todo el mundo; uno de esos raros y contados casos de jugadores que consiguen jubilarse habiendo amasado una notable fortuna.

Buscó cómo llamarse en su nueva vida, pero no encontró un solo nombre que le convenciera. Decidió dejar a un lado esa búsqueda, dejarla para un mejor momento. Se preguntó si para ser otro debía también cambiar de atuendo y apariencia. Le vino entonces a la memoria el caso de un amigo ya muerto, célebre por su desaliño indumentario, al que un día en su casa natal de Viladrau —de la que hacía años que ese hombre no salía— sorprendió peor vestido que nunca, con una chaqueta roja de vagabundo. El amigo, en esa ocasión, se había justificado diciéndole que ya sabía que era muy

andrajosa la chaqueta pero que no importaba, porque, a fin de cuentas, en Viladrau todo el mundo sabía de sobra quién era. Algún tiempo después, al encontrarle en la cola de un cine de Barcelona y verle vestido con la misma chaqueta roja, su amigo, tras explicarle que le habían entrado unas ganas enormes de ver si era verdad que Barcelona había cambiado tanto, le dijo que ya sabía que estaba impresentable con aquella chaqueta pero que, después de todo, en Barcelona era un desconocido y por tanto podía permitirse el lujo de vestir como se le antojara.

Mayol, tras la evocación del amigo de Viladrau, decidió, de un modo tajante, que si se convertía en otro y se cambiaba el nombre y se hacía pasar por un jugador de póquer profesional retirado y viajaba a algún lugar donde nadie le conociera, conservaría su manera de vestir y hasta mantendría el detalle del pañuelo blanco en el bolsillo superior de su chaqueta, tal vez la nota más característica de su aliño indumentario.

Pero ¿tenía ganas de viajar? ¿Realmente le convenía, le convenía, le convenía un viaje? Si quería ser otro, cambiar de identidad, no le quedaba otro remedio que viajar. ¿A un lugar que le resultara familiar, como le había sugerido su amigo Terrades? ¿A qué ciudad? Decidió pedir otro oporto y, después de bebérselo, abandonar el Orient-Express antes de que le confundieran con un borracho.

Pidió el oporto, se lo bebió. Aguardó unos instantes por si acaso le llegaba con el vino la inspiración y encontraba un nombre y un apellido para su futura nueva personalidad. No llegó ni de lejos la inspiración. Se dirigió a la caja y pagó los vinos y salió a la calle, donde ya ni siquiera lloviznaba. Se dijo que, habiendo sido un jugador de póquer aficionado que había compartido mesa con ilustres —casi todos muertos o suicidados— profesionales, no iba a resultarle difícil hacerse pasar por uno de ellos, adquirir una angustiosa pero interesante personalidad. Más complicado iba a resultar sin duda tener que renunciar, en su nueva identidad, a sus convicciones nacionalistas, pues Mayol no ignoraba que era raro encontrarse a un jugador profesional que tuviera esa clase de convicciones.

Ese problema, que se presentaba difícil, lo resolvió con mayor rapidez de la que esperaba, al recordar algo que en la tertulia del club había contado Santacana acerca de los judíos españoles conversos a la fuerza. En un bolsillo

secreto, en un amplio repliegue de la mano izquierda, los conversos guardaban un libro pequeño en el que habían apuntado sus plegarias básicas, lo esencial de su diálogo con Dios. Si para salvar la vida tenían que arrodillarse en la iglesia y murmurar oraciones católicas, siempre les quedaba el consuelo de acariciar ese libro con la mano derecha. Mayol se dijo que si para cambiar de personalidad tenía que disimular su credo nacionalista, guardaría en un íntimo repliegue de su cerebro las oraciones básicas de su patriotismo.

Salió a la calle, donde ya ni siquiera lloviznaba. Salió a la calle y se mezcló entre la gente. ¡Oriente! ¿Lo acababa de oír o se le acababa de ocurrir? Apretó los puños y pensó que tanto daba esa cuestión. Movido casi por un acto reflejo, se orientó hacia oriente, detuvo un taxi y le dijo al conductor, tras comentarle lo molesta que le había resultado la tormenta de lluvia y viento, que se dirigiera hacia oriente. El taxista le preguntó si creía que él llevaba una brújula.

—Vaya hacia el Poble Nou, ahí está oriente.

Cruzaron por lugares por los que parecía imposible perderse. Pero cuando dejaron las calles cuadriculadas del centro, el taxi empezó a avanzar sigilosamente por una desolación desordenada de barrios que Mayol no conocía bien. Y tal vez por la extrañeza que le producía el paisaje o porque no había acertado a encontrar un nombre nuevo en su vida, a Mayol le pareció que en esos parajes todo era más raro y más lento que en su barrio. Entonces, volvió a acordarse de su amigo Terrades, que le había recomendado que viajara a lugares que le parecieran familiares.

—Al cementerio del Este —le ordenó de repente al taxista, y se quedó recordando los días raros y lentos de la infancia, cuando tanto le gustaba la calma, la sombra de los castaños y la brisa que movía las cortinas y las persianas de la casa veraniega de sus padres, aquella torre o isla afortunada —primer paraíso hundido de su vida— a la que ya nunca podría regresar.

—Al cementerio del Este —repitió Mayol.

Se arrepintió de haberse planteado ser otro. Era horroroso, por ejemplo, tener que disimular su nacionalismo. Estaba muy bien siendo quien era. Un hombre alto, de edad respetable. Un viejo elegante viajando hacia el cementerio del Este. Se dejó invadir por su extraño sentido del humor, y se

preguntó cuál era en realidad la invención más fácil para el hombre. Se contestó a sí mismo, con una risa infinitamente seria: el Paraíso.

# UN SUSTO DE CAMPOSANTO

Julián, el hijo menor e impertinente de Mayol, estaba soñando que viajaba en un automóvil fantástico a través de diferentes países, navegando por mares y océanos, volando cuando era preciso. Era un coche que podía transformarse a voluntad de quien lo conducía en un barco o en un avión. El frenético viaje, que Julián había iniciado en el oasis de un desierto, encontró de pronto su punto de destino final en una melancólica ciudad isleña de enigmático nombre: Puerto Metafísico.

Justo al desembarcar en ella, Julián despertó de su siesta y, como de costumbre, lo hizo resistiéndose a abrir los ojos. Julián muchas veces pasaba la noche en el estudio, otras se quedaba allí a dormir la siesta, le gustaba dormir y soñar rodeado de sus pinturas. Era soltero y hacía vida prácticamente en el taller, porque vivía obsesionado de forma enfermiza por su arte.

Ese día, al despertar de la siesta, Julián lo hizo de un excelente buen humor. Se dijo a sí mismo: Ríete, último mueble de este estudio. Y se rió, era feliz, le encantaba ser el último mueble de su taller. Tan sólo enturbiaba algo su humor no haber tenido tiempo suficiente para adentrarse en las misteriosas callejuelas de Puerto Metafísico. Pero, con todo, se sentía contento. Poco podía imaginar que su padre se estaba dirigiendo en aquel momento hacia el cementerio del Este, que su padre en breves instantes estaría a cuatro pasos de ese taller de la avenida de Icaria que hacía tan sólo unos días ya había visitado con éxito nulo en sus intenciones y con insulto a Tolstói y portazo incluido, como broche de una visita ciertamente inútil.

Poco podía imaginar Julián lo cerca que en pocos segundos estaría su padre de aquel taller. Poco podía imaginarlo, pues de lo contrario no se habría despertado tan encantado de la vida, jugando a no abrir los ojos para así poder retrasar al máximo el momento en que regresaría al mundo real. Se levantó de la cama pero siguió sin abrir los ojos y fue hacia donde tenía aquella antigua jofaina con la que se lavaba la cara. No es que careciera de lavabo en el taller, no. Es que a Julián le gustaba lo de la palangana al despertar, porque así podía imaginarse que se encontraba en otra época, en el París bohemio de los años veinte. Con la cabeza en el agua de la jofaina, con movimientos deliberadamente anticuados, se imaginaba que era Toulouse-Lautrec.

Ese día, como en él también era costumbre, al lavarse la cara siguió cerrando los ojos, esta vez para protegerlos del agua. Solía hacerlo casi siempre. Apretaba los párpados mucho más de lo necesario para impedir la entrada del agua. Ninguna precaución le parecía suficiente para sus ojos. Inclinado sobre la palangana, le gustaba imaginar lo que iba a pintar a lo largo de la tarde. Se podría decir que dormía la siesta sólo para despertarse y, manteniendo los ojos cerrados durante unos buenos minutos, reflexionar acerca de lo que pintaría poco después: la continuación del cuadro ya comenzado, las primeras pinceladas de una pintura nueva...

Ajeno a la peligrosa proximidad de su padre, Julián aquel día se sentía contento. Como solía hacer tantas veces, se dedicó a prolongar su ceguera mientras se vestía y, al tiempo que daba vueltas alrededor de lo que minutos más tarde pintaría, se puso a jugar a tener ocurrencias originales. Ya vestido, fue a mirarse al espejo, pero continuó sin abrir los ojos mientras imaginaba que, sin darse cuenta, se había vestido con su edredón.

Qué original soy, pensó Julián. Pero, más que original, en realidad su ocurrencia no había sido otra cosa que una huida hacia adelante, ganas de no querer verse como era él verdaderamente: un hombre de cuarenta y dos años que aparentaba mucho menos —al igual que su padre, parecía tener un contrato especial con el tiempo—; un hombre enjuto, cuyo rostro delataba inmadurez, un aire de algo inconcluso, pues parecía como si su nariz y su boca las hubiera dibujado un pintor indiferente.

Qué original soy, siguió repitiéndose Julián varias veces mientras

avanzaba a ciegas hacia el caballete. Cuando estuvo ante él, lo tocó y se decidió a abrir por fin los ojos y a contemplar la tela blanca de la pintura que estaba aguardando a comenzar a existir. Felices de estar abiertos, pensó Julián, mis ojos ganan agilidad. Esto pensó mientras contemplaba la tela en blanco y se decía que en ella pintaría nada menos que el sorprendente hallazgo que le había deparado la siesta: Puerto Metafísico. Sería el primer cuadro de una serie dedicada a islas inventadas, a islas paradisíacas que no existían.

Julián se pasaba el día engañándose a sí mismo con asombrosa facilidad, lo que explica que se pusiera de muy buen humor al convencerse de que sus ojos habían acumulado grandes energías durante los minutos en que habían permanecido cerrados. Era tal la euforia que se desató en él que comenzó a reírse a solas de su excentricidad de someter cotidianamente sus ojos a una educación espartana. Era su secreto mejor guardado, el gran secreto de su sublime arte. Eso se decía cada día a sí mismo en lugar de afrontar la verdad, que no era otra que la de que toda su obra pictórica había nacido directamente de su tendencia dormilona a la siesta diaria.

Pero no. Julián era incapaz de mirar de cara a la realidad. A la realidad, por ejemplo, de que era un pobre pintor con una venda en los ojos. Porque, por mucho que él no se diera cuenta, ya podía abrir los ojos cuanto quisiera, que en realidad los tenía todo el día cerrados, los tendría cerrados toda la vida, como si siempre estuviera vistiéndose a ciegas ante un espejo.

Eufórico ese día tras haber decidido que pintaría Puerto Metafísico, se sentía tan feliz que se puso a silbar de pronto una habanera que sin duda no habría silbado de saber que en ese preciso instante su padre acababa de apearse de un taxi que lo había dejado a las puertas del cementerio del Este, a cuatro pasos de la avenida de Icaria.

Mayol se quedó firmemente plantado frente al camposanto, totalmente inmóvil mientras leía las dos inscripciones latinas que saludaban al visitante: *Fides* y *Spes*. Perfecto, pensó Mayol. Aquellas dos inscripciones le parecieron idóneas para levantarle el maltrecho ánimo, pues eran justo lo que necesitaba para seguir viviendo: fe y esperanza eran los dos sentimientos que podían ayudarle a seguir aceptando todo lo que la vida le fuera planteando en el camino.



La vida, pensó Mayol, debería plantear escenas de vida y no de silencio de camposanto y de polvo de muerte. Por eso resulta paradójico que un cementerio sea todo lo que la vida me plantea en estos momentos. Aunque, si lo pienso bien, no ha sido exactamente la vida la que me ha conducido hasta este sitio fúnebre y de pronóstico tan grave como el del futuro de mis días. No, no ha sido la vida, sino yo mismo, que he querido volver a ver este lugar que no visitaba desde hace no sé cuántos años, este lugar donde están enterrados mis padres, mis pobres padres, y donde un día no muy lejano me enterrarán a mí si sigo dando vueltas perdido por esta ciudad, por mi ciudad.

No sé exactamente por qué, continuó Mayol, ahora acabo de recordar la última mirada de mi padre. En la clínica, tras la operación inútil, mi padre me miró directamente a la cara como si buscara en mí su último espejo y, al mismo tiempo, un poco de luz terminal. Siempre deseó que fuera yo su vivo retrato, que en todo me pareciera a él. Me miró, lo recuerdo bien, como si estuviera buscando su propia cara en la mía, y de pronto me traspasó como si yo estuviera hueco, como si hubiera descubierto que yo estaba vacío porque no tenía sus ojos, su voz, sus huesos, su manera inquietante de callar y de saber mirar sin apenas un solo parpadeo.

Inmóvil, plantado ante la puerta del cementerio, ensayó una mirada larga y fija, dirigida a una bella escultura que presidía la entrada al camposanto: un ángel de bucles dorados que manejaba con gran firmeza una trompeta que significaba la Resurrección y la Vida. Con el primer parpadeo, cesó la inspección severa al ángel.

Qué miedo me daba mi padre, pensó Mayol, continuando inmóvil. Y qué buena persona era en el fondo. El hombre más católico y catalanista que he conocido. Siempre nos parecimos bastante, aunque mi catolicismo nunca ha sido tan profundo como el suyo. Siempre me supo mal verle sufrir cuando, sin dejar de ser creyente, empecé a no acudir a la misa de los domingos. Me parece que tanto a él como a mi madre les encantaría ahora verme en el cementerio preparándome para rezar por ellos. Ojalá los pobres siguieran vivos y pudieran estar aquí ahora para consolarme, para ayudar al niño perdido que siento que vuelvo a ser.

Siguió un raro más aún inmóvil, plantado con severidad ante la puerta del cementerio. Se quedó recordando un momento de la infancia en el que sus

padres se fotografiaron con él y con su hermano, que moriría un año más tarde, se fotografiaron en uno de aquellos estudios de la época en los que las familias burguesas definían su gusto y estilo de vida. Mayol, con siete años, aparecía vestido con el uniforme escolar, una blusa oscura con lazo en el cuello y bombachos con los calcetines hasta la rodilla, media mano torpemente metida en el bolsillo.

Mayol abandonó su inmovilidad ante la vista del cementerio y probó a meter con torpeza la mano izquierda en su bolsillo. Nada menos que setenta años separaban aquel gesto ante el camposanto del gesto ante el retratista. Después, miró al cielo, que había vuelto a encapotarse y de nuevo aparecía amenazante. Avanzó unos pasos, comenzó a adentrarse en el cementerio, donde no tardaría en quedarse pasmado ante la belleza exagerada de otra escultura de un ángel. A diferencia del primero, que era de gesto firme, este ángel aparecía fatigado, derrumbado, manejando con desesperación o desidia una trompeta verde que parecía estar desplomándose sobre sus rodillas.

Julia, al expulsarme de su mundo, pensó Mayol, me ha dejado como este ángel, derrumbado. Claro está que todo tiene sus compensaciones. Al expulsarme de su mundo, ha accionado en mí un mecanismo de reflexiones que en modo alguno me habría formulado de haber seguido aletargado en su dulce y agradable compañía de peladora maniática de guisantes. Pobre mujer. A pesar de todo lo que me ha hecho, no tengo nada contra ella. La sigo queriendo. Sin buscarlo, me ha hecho un pequeño favor al convertirme en alguien consciente de ser un hombre fuera de lugar. Porque eso es lo que soy. Un viejo, un hombre fuera de lugar.

Me encanta vagar por este cementerio, divagando. Me gusta en el fondo estar viviendo en este emocionante y precario presente de muerto en vida. Esto se dijo a sí mismo el hombre fuera de lugar, y siguió avanzando por el camposanto, leyendo a un lado y al otro del camino algunas de las inscripciones de los nichos. Familia Agut, familia Ponsa, familia Fresno Díaz, familia Andreu, familia Bartra Bonet... Se detuvo frente a un túmulo funerario en el que podía leerse que en el año de 1821 había aparecido en Barcelona una enfermedad cruel calificada de fiebre amarilla que había arrebatado la vida a muchos ciudadanos. Siguió caminando y se encontró con el muerto más antiguo del lugar. Aquí yace, leyó, Ramón Rosas y Saladriga,

enterrado el 10 de julio de 1820. Aquí yace, pensó, un hombre más viejo que yo, lo cual me rejuvenece.

Todo le resultaba útil a Mayol para darse ánimos. Entonces se encontró con un muerto que estaba todavía más muerto que Ramón Rosas y Saladriga. Aquí yace, leyó, don Sebastián Vidal Oller, enterrado el 10 de abril de 1819. Sin venir mucho a cuento, acudió a su memoria la imagen de un viejo, entrevista hacía muchos años en las afueras de Viladrau: un viejo que se hallaba en una poza de apagar cal, con la lechada hasta el cuello, descansando. Más que recordar la imagen, lo que mejor recordó —porque era lo que más grabado le había quedado— fue el comentario que alguien le hizo sobre aquel viejo: «Suele venir a descansar aquí».

Qué raros son los viejos, pensó Mayol, mientras miraba a un lado y al otro de los nichos, tratando de buscar un viejo que fuera más viejo y estuviera aún más muerto que don Sebastián Vidal Oller. Entonces, encontró la tumba reciente del poeta Marià Manent y decidió memorizar el nombre para contárselo a su hijo Julián, ese desaprensivo y desagradecido mequetrefe que le acusaba de ser un hombre de inteligencia natural pero poco culto y leído. Fue de esta forma y en ese preciso instante, nunca un segundo antes, cuando a Mayol se le ocurrió hacerle una visita a su hijo. Después de todo, se dijo, estoy a cuatro pasos de su taller y un padre siempre tiene derecho a visitar a su hijo cuando le dé la realísima gana. El muy imbécil debió quedarse pensando, el otro día, que ya no me atrevería a ir a verle nunca más en la vida. Pues bien. Se va a llevar una buena sorpresa el pequeño cretino. Porque le voy a dar un susto de muerte, un susto de camposanto. Se lo tiene bien merecido y a ver si aprende. Hola, le diré. He venido a ver qué haces cuando no pintas. Yo tendré las manos apoyadas en la cintura y me sentiré agresivo hacia todo el mundo, y esa agresividad la volcaré entera sobre el señorito Julián, ante el que demostraré mi poder.

—Es fantástico —dijo Mayol sin poder ocultar su satisfacción—, es una maravilla ver que aún me queda algo por hacer en la vida. Iré al taller del hijo culto y leído y le daré el susto de su vida, le daré uno de esos sustos que le daba de niño, un susto de muerte.

Durante unos instantes, Mayol tuvo la sensación de poder mirar desde arriba el mundo. Le entró un delirio paternalista, un delirio de poderío tal que,

cuando fue a dar con la tumba de sus padres —esa tumba que un día sería la suya—, la miró muy desde arriba y con un gesto de suprema arrogancia.

—Vaya, ahí estás, simpática tumba, ahí estás esperándome —dijo en voz alta, a modo de perversa oración—. Tú sigue ahí simulando que te aburres con mis padres muertos, tú sigue ahí que yo ya descubriré tus vergüenzas.

Después, casi sonrojándose, descendió a la tierra y a la realidad. Miró a su alrededor. Era, a aquella hora, el único visitante del cementerio. A lo lejos, unos albañiles estaban haciendo obras en un mausoleo. Notó de pronto que se levantaba un viento frío que parecía preludiar el regreso de la lluvia. Se cubrió el cuello con las solapas de su americana, mientras observaba que sobre la lápida de la familia Mayol reposaban sólo cuatro hierbajos y unas rosas marchitas que demostraban lo muy abandonada que había tenido aquella tumba, aunque también era cierto que no había existido un solo día en su vida en el que no hubiera pensado en sus pobres padres, en aquellos seres entrañables ya perdidos en la rueda extraña del tiempo y que, al engendrarlo, le habían dado la posibilidad de conocer la sensación de estar vivo: la maravilla y el horror de la conciencia.

En aquel momento, mientras Mayol recordaba a sus padres, su hijo Julián pensaba en todo menos en los suyos, menos en sus padres recién separados. Julián estaba mirando con extraña fijación la tela en blanco. No sabía por dónde empezar. A medida que pasaban los segundos, se iban alejando de él los detalles más importantes de Puerto Metafísico. Se daba cuenta de que en realidad sólo tenía el título del cuadro y que lo demás pertenecía al reino confuso de la nebulosa en la que se mueven muchos sueños, se daba cuenta de que en realidad tenía que inventarse de arriba abajo Puerto Metafísico y que lo único que tenía claro sobre el cuadro era que debía parecerse lo menos posible a un De Chirico. Se alejó de la tela en blanco y fue a fumarse un cigarrillo al otro extremo del taller, se asomó a la ventana que daba a un patio interior por el que podía oírse en la radio de un vecino una canción de amor que hablaba insistentemente del azul del cielo. Decidió que el azar acababa de prestarle una ayuda y que sería el color azul el que predominaría en Puerto Metafísico. Pero le faltaba resolver todo lo demás, el resto del cuadro. Para no desanimarse más, imaginó que le estaban entrevistando para un periódico muy importante y que en el interrogatorio él encubría a medias su secreto

mejor guardado, el gran secreto de su sublime arte, el origen de la gran fuerza de sus pinturas, ese origen que nacía de los efectos secundarios de sus visiones de duermevela o entre sueños.

«Ya es hora de revelarlo», le decía a un periodista imaginario. «Ya es hora de que se sepa de dónde proceden las imágenes visionarias de algunos de mis cuadros más recientes. Casi siempre, mientras duermo, algo sucede dentro de mí. Cuando despierto, mis párpados se abren de golpe, como los de un títere, y *veo*. Lo que en ese instante veo en la soledad de mi estudio es un cuadro que aún no he empezado y que sin embargo veo concluido».

En realidad, eso era lo que le habría gustado que le estuviera sucediendo en aquel preciso instante. Por contra, no veía apenas nada de su futuro cuadro. No tenía ni idea —como máximo un vago recuerdo— de cómo era Puerto Metafísico. Lo peor fue cuando vio que, cuanto más se concentraba en ese puerto fantasmal, más aumentaba en él su tendencia a pensar en un tipo de pintura muy distinto, a pensar en la representación de un bajel curvo, pálido, ahuecado por dentro, y en cuyo vientre yacía un huevo de alabastro, dentro del cual resplandecía una única mancha: una mancha que no tardó en ver que no era un huevo sino un globo, tal vez un ojo, tal vez su propio ojo, el izquierdo. No, el derecho. No, el izquierdo. Estaba cada vez más confundido. Fue a la cocina a prepararse un café y allí decidió que ese bajel lo situaría atracando en Puerto Metafísico bajo un azul intenso. ¿Ves, se dijo, como no había motivo para desesperarse tan pronto?

Así fue como Julián dio por sentado que, abriéndose camino entre la intrincada maraña de su imaginación, el cuadro de Puerto Metafísico había comenzado felizmente a existir. Pero cuando fue a mirar de nuevo la tela en blanco, se dio cuenta de inmediato de que continuaba sin saber por dónde empezar. ¿Por el azul intenso del cielo? ¿Por un barco que atracaba en un puerto que no acertaba a imaginarse? Sin puerto, ni el cielo ni el barco tenían demasiado sentido. Hizo un último esfuerzo por imaginar el puerto y lo único que logró fue evocar imágenes del pasado que se estrellaron en su cabeza como aviones llovidos de un cielo intensamente azul. Entonces, se consoló diciéndose que aquél sin duda no era su día pero que no pasaba nada grave, ya que después de todo nadie iba a enterarse.

Mientras Julián se consolaba de esta forma, su padre en aquel momento

se paseaba atónito entre los soberbios mausoleos que se encontraban al fondo de todo el cementerio: mausoleos de nobles familias barcelonesas, extrañas tumbas con grabados masónicos y esotéricos que, al intrigarle enormemente —nunca había reparado en esos signos que se dejaban ver en los monumentos funerarios de familias barcelonesas de alto rango—, le tenían muy entretenido y, a pesar de la proximidad de la lluvia, estaban eternizando su visita al cementerio.

Aquellos signos en las mejores tumbas terminaron por devolverle el recuerdo de un amigo muerto, Antonio Geli, más conocido por el sobrenombre de el Francés, jugador de póquer profesional, masón hasta la médula, fallecido de muerte natural en Reims, en un día de Navidad ya muy lejano. Antonio Geli y él habían vivido juntos todo tipo de animadas anécdotas, habían compartido en Madrid mesa de juego con el general Perón y le habían desplumado en una noche inolvidable en Puerta de Hierro, habían bailado con Lola Flores cuando era novia del futbolista Biosca, habían vivido los dos con la misma angustia la noche en que el Francés le ganó a un amigo común todo el dinero que éste tenía ahorrado, y con mayor angustia todavía habían vivido el momento en que ese amigo, en un acto próximo al desvarío absoluto, intentó recuperar algo de lo perdido jugándose a una sola y última carta su sastrería de la Vía Layetana y la perdió, y Antonio Geli pasó a convertirse en propietario de una sastrería que no quería y que tuvo que aceptar porque las reglas del juego no permiten perdonarle a un amigo nada, una sastrería a la que durante unos años llevó a sus hijos a hacerse trajes sin decirles jamás —le daba una vergüenza inmensa— que la sastrería era suya, lo que aún dificultaba más la comprensión, por parte de los contrariados hijos, de lo que sucedía, pues no entendían cómo, a pesar de todas sus protestas, su padre se empeñaba en vestirles en una sastrería de corte clásico que les convertía en el centro de las burlas de todos sus amigos modernos.

Conozco tantos detalles de la vida de Antonio Geli, se dijo Mayol, que me resultaría muy sencillo hacerme pasar por él. Era un mundo el suyo que conozco muy bien. Pero ni me gustaría llamarme Antonio Geli, y menos aún el Francés, ni me apetece nada tener que salir de viaje para poder hacerme pasar por otro. Estoy muy bien aquí en el cementerio, sabiendo que dentro de poco le voy a dar un susto de muerte al artista de la familia. Mi mujer me

desprecia, y tal vez la pobre tenga cierta razón en hacerlo. Mi hijo mayor ha venido a decirme que he perdido toda la vida dedicándome a un negocio estúpido, y tal vez tenga razón al pensarlo. Si el temporal de lluvia y viento, ese temporal que me parece que no va a tardar en reaparecer, arrasara toda Barcelona, sería siempre una catástrofe menor que la que está soportando últimamente mi vida. He fracasado en el amor, en los negocios, soy un pobre viejo, he desperdiciado toda mi vida. Eso al menos es lo que me han dado a entender ellos. Les perdono porque les quiero y porque tal vez no han hecho más que decir la verdad. Y la verdad, ya se sabe, siempre es dura. Les perdono porque en el fondo soy muy fuerte y puedo aguantarlo todo y, además, les quiero. Puedo aguantarlo todo menos que Julián alabe mi inteligencia natural para a continuación acusarme de inculto, de hombre sin estudios, de persona poco leída. Ese imbécil de Julián es incapaz de darse cuenta de que él podrá haber leído mucho, haber obtenido varios títulos universitarios, saber pintar con la escasa gracia que Dios le ha dado, y sin embargo es un patán porque no ve que todo eso no significa estar más próximo a la lucidez o a una visión más alta que la mía acerca de lo que es el mundo. Me arrepiento hasta de haberle pagado los estudios a ese pretencioso necio. Ese pobre pintor de pacotilla es un peligro muy grave para mi salud mental. Jamás ha dado muestras de que los libros hayan tenido sobre él ninguno de los efectos beneficiosos que la gente incauta como yo a veces atribuimos a la lectura o a la visita de museos. Ha estudiado y ha visto exposiciones y ha leído cientos de libros, pero la realidad me dice que no ha aprendido nunca nada.

Cuanto más pensaba en eso, más nervioso Mayol se ponía. Pero ese nerviosismo le llegaba acompañado del alivio de haber encontrado por fin a alguien en quien pudiera descansar toda su ira por la injusta situación en la que se encontraba. Cuando logró calmarse un poco, se dejó invadir por cierta melancolía de cementerio. Se sentó sobre la tumba de la familia Bosch y miró al cielo para confirmar una vez más que la lluvia se acercaba. Entonces, le sucedió algo de lo que iba a tardar bastante en recuperarse. Le pareció oír un leve crujido, al que en un primer momento ni prestó atención. Pero cuando se repitió y oyó un ligero chasquido seguido de un tercer crujido más fuerte, se despertó en él cierto temor, que fue muy en aumento cuando oyó un tenue

suspiro, que podía ser del viento, aunque también podía ser el jadeo de un ser humano. Miró a su alrededor y comprobó que no había nadie. Miró entonces hacia los albañiles, que estaban bastante lejos. Le pareció que todos en aquel momento le estaban mirando a él. Pero, con ser algo sorprendente, más lo fue el que creyera reconocer en uno de ellos la silueta de Antonio Geli, el Francés.

El viento paró un instante y entonces le pareció escuchar, en el silencio de tumba que se había producido, el levísimo rumor que puede hacer una boca al respirar. Se puso en pie, tras haber decidido dar por terminada su visita al cementerio. Para Mayol pasó a ser primordial salir de aquel recinto y dirigirse con máximo ánimo de venganza hacia la cercana avenida de Icaria, en la Villa Olímpica; salir del camposanto cuanto antes y plantarse ante la puerta del taller del artista de la familia y decirle: «Hola, quería saber qué haces cuando no pintas». O bien: «Hola, me gustaría saber de qué te ha servido, mamarracho, tener tantos estudios y cultura».

Ya en la avenida de Icaria, tratando de olvidarse del fantasma de Antonio Geli, fue fijándose en todas las personas con las que se cruzaba, gente que andaba muy veloz, sin duda por la proximidad de la lluvia. Todas las personas que iba viendo le parecían especialmente feas y horribles, como de ultratumba, hasta el punto de provocarle una indignación tal que le llevó al extremo de desear robarles algo a cada una de ellas.

Se pasó todo el trayecto hacia la casa de su hijo acercándose disimuladamente a aquellos transeúntes que, a pesar de su paso vivo y ligero, no olvidaban decirse cosas entre ellos. Captó todo tipo de conversaciones misteriosas. Oyó, por ejemplo: «Aún no me han ingresado la manutención de la cría».

Se acercó a una pareja de enamorados y le pareció que el joven lloraba y su enamorada le decía: «Lo único definitivo es el dolor».

«Te lo repetiré por última vez», oyó que le decía un joven a otro joven, «no quiero volver a repetirlo más. Si alguien ha de entrar ahí es tu padre. Que entre tu padre. ¿Me oyes? Que entre tu padre».

Qué extraño todo, pensó Mayol.

«Me enfado fácilmente», le oyó decir a una mujer vestida de luto. «Yo no pierdo nunca el dominio de mí mismo», le respondió su joven acompañante.



—Me enfado fácilmente —le decía poco más tarde a una niña que estaba sentada en la puerta del inmueble de su hijo. Creyó que la niña le bloqueaba la entrada. Había empezado a diluviar. En pocos segundos, Mayol quedó empapado de lluvia hasta los huesos—. ¡Apártate de ahí! —le gritó tratando de amedrentarla—. Vengo del cementerio.

Pero la niña no se llevó susto alguno y se limitó a decirle:

—Tú eres un hombre malo, muy malo, y no te voy a dejar pasar.

—¿Cómo que no?

—Porque estás muy mojado, abuelo.

La palabra abuelo le molestó mucho, él se parecía a George Sanders.

—Apártate ahora mismo de aquí, petardo —le dijo, y trató de entrar en el inmueble casi atropellando a la niña. Entonces se dio cuenta de que pertenecía a la calle, de que no tenía ninguna relación con el inmueble. Para entrar había que llamar al portero automático. Pulsó un timbre cualquiera y una voz de mujer preguntó quién llamaba.

—Correo no comercial —dijo Mayol.

Y la mujer, entre risas, le abrió.

Perseguido por el llanto de la niña, subió hasta la segunda planta y llamó al timbre del taller de su hijo. Habría pagado cualquier precio por lograr que, en el momento en que Julián abriera, temblara la claridad de un relámpago, se oyera un fuerte trueno y golpeará el viento contra los cristales del taller y, al verle allí en el umbral, espectro entre los espectros, su hijo se llevara un susto de muerte.

Pero el aparato eléctrico de la tormenta no quiso colaborar en el efecto de terror que Mayol deseaba provocar. Su hijo abrió y, al ver a su padre con mirada extraviada y empapado hasta los huesos, se limitó a decirle:

—¡Mierda! ¿Se puede saber de dónde sales tú ahora?

—Yo a mi padre jamás me habría atrevido a hablarle así.

—Sí. Pero ¿de dónde sales si se puede saber?

—De la tumba de Antonio Geli, un buen amigo.

—No me jodas. Anda, entra antes de que pilles una pulmonía.

—No me importaría nada cogerla.

—¿Pero qué dices?

—Que no me importaría nada pillarla. Después de todo, lo único

definitivo es el dolor.

Cesó en la lejanía el llanto de la niña de la calle. Fue como si hubiera optado por escuchar la conservación entre padre e hijo.

—¿Pero qué dices? —insistió Julián.

—Aún no lo he dicho, te lo digo ahora, y que no tenga que repetirlo. Que entre tu padre.

## KIM NOVAK

Una hora más tarde, Mayol andaba por el barrio de la Ribera protegido por el paraguas rojo de siete dólares que le había prestado Julián, un paraguas comprado en la ciudad de San Francisco.

Por lo que he podido saber —y sé mucho—, no llovía con la intensidad de una hora antes, y podía verse a más gente en la calle. Mayol, que tras desahogarse a fondo ante su hijo ya estaba algo más tranquilo y no encontraba tan horribles a los transeúntes, andaba distraído dando vueltas a lo hablado con Julián en esa visita vengativa que acababa de hacerle y en la que, entre otras cosas, había tratado de desarrollar su tesis de que lo más importante del mundo era saber pensar por uno mismo. Sin duda, había dicho esto presa de un cierto resentimiento por haber sido tratado de inculto por su hijo, pero de no haber existido ese rencor Mayol habría dicho prácticamente lo mismo, pues siempre había pensado —en parte para quitarse cierto complejo de inferioridad por haber ido a la escuela sólo hasta los catorce años— que no valía la pena conocer ciencias y estudiar mucho y llegar a ser una eminencia en ciertas materias que tarde o temprano —con la muerte seguro— se olvidaban.

Ese día, ante su hijo, Mayol había vuelto a esgrimir esa coartada en la que creía firmemente. Del mismo modo que desconfiaba por completo de los conocimientos de los médicos, estaba seguro —lo había estado siempre— de que en el fondo nadie sabe nada sobre nada y que, en cualquier caso, casi todas las personas realmente sabias y respetables que había tratado eran aquellas que conocían a fondo la ley de la calle y de la vida.

Sólo la vida enseña algo. Así pensaba ese día Mayol, caminando por el barrio de la Ribera, cubriéndose con un paraguas de siete dólares. Así había pensado siempre. Así pensaré siempre, se decía Mayol andando ese día distraído por las calles del sur de Barcelona, andando ciertamente distraído pero no lo suficiente como para no fijarse de vez en cuando en algunos transeúntes.

En la casualidad de la calle —porque las calles son un lugar ideal para las causalidades que ofrece la vida moderna—, en una estrecha callejuela que desemboca en el paseo del Borne, se cruzó ese día Mayol con una mujer alta y de mediana edad, vestida de negro de los pies a la cabeza, luto riguroso, hasta el paraguas era negro: luto de antaño, luto de otros tiempos llevado por una transeúnte casual que cautivó a Mayol, que de pronto, como si estuviera viviendo una segunda adolescencia, se enamoró de ella. Se cruzó con la mujer de luto y poco después la perdió de vista posiblemente para siempre, lo cual no fue obstáculo para que Mayol se quedara enamorado mientras reflexionaba de este modo: En ocasiones no es más que una cuestión de un instante, a veces el amor sólo exige el tiempo necesario para que una persona desconocida se cruce en nuestro camino y nos mire y nosotros al devolverle la mirada descubramos el sentido más profundo de la pasión.

Pase lo que pase, siguió pensando Mayol, estaré siempre enamorado de la belleza fugitiva de esa mujer de luto antiguo. ¿Qué se ha creído mi familia? Han intentado destruirme y por poco me hundo en una ciénaga. Que si cincuenta años de amor no son nada, que si mi negocio es una porquería, que si soy un paleta millonario... Pero ¿qué se han creído? Siempre he tenido recursos para todo. Ahora estoy enamorado y que se fastidien. Si no fuera un bobo sentimental, ahora mismo cambiaría el testamento y nombraría a la mujer de luto mi heredera universal.

A su modo, sin ser consciente del todo, pues no pensaba en términos culturales, Mayol acababa de convertir a la transeúnte casual en su Dulcinea. Siguió andando y, unos minutos más tarde, al enfilear el último tramo del paseo del Borne y reparar en un ciego que estaba mirando al cielo, Mayol detuvo sus pasos para contemplarlo con detenimiento. Se preguntó qué andaría buscando aquel ciego en las nubes. Y se dijo: ¿Quién iba a decirme, hace tan sólo una hora, cuando era puro desespero y desorientación, que a mi

edad acabaría tomando partido radical por la vida activa, en definitiva por la vida que he llevado siempre? Nada de esperar sentado en un banco al sol con otros jubilados, nada de jugar al dominó, yo que he jugado siempre al póquer, nada de buscar algo en las nubes o en la luna de Valencia, nada de esperar a la pobre Muerte, acabo de verlo claro. La vida sólo vale la pena vivirla cuando es intensa. Tal vez la mía hasta ahora no lo haya sido demasiado, pero intentaré que al menos en su último tramo lo sea.

Que pensara que su vida hasta entonces no había sido demasiado intensa, no dejaba de ser un tanto incoherente. Sin duda, al pensar eso no hacía más que aflorar la vertiente modesta de Mayol. Muy modesta, pues no podía decirse que su vida hubiera sido mediocre. Es más —tampoco de esto él parecía consciente—, reunía en su persona varias personalidades contradictorias, que le convertían en un ser más complejo de lo que su modestia le decía: era un católico convencido, pero no practicante; un excelente hombre de negocios que carecía de compasión alguna por sus rivales; un jugador de póquer sin escrúpulos; un honesto ex parlamentario catalán.

Después de todo, ¿qué otra salida me queda?, siguió razonando Mayol. No soy un hombre para quedarse amargado lamentando en la tertulia de mis viejos amigos aburridos, que además no son muy amigos, el lánguido crepúsculo de mi vida.

Así razonaba Mayol ese día. Parecía un adolescente que toma decisiones como quien caza espinillas o moscas, pero con la ventaja que le daba —a diferencia del adolescente real que no conoce los límites del sufrimiento— la experiencia de una larga vida.

Se acabó, siguió diciéndose Mayol, todo eso de andar desesperado por las calles temiendo regresar a casa por miedo a que Julia me pregunte qué hago todavía en ese rincón del mundo, que por lo visto ahora sólo es suyo. Se acabó, lo veo bien claro. Creo, además, que me estoy convirtiendo en un filósofo. ¿Acaso no lo es aquel que es capaz de extraerle a la vida todo su meollo? Yo podré no haber leído jamás un solo libro de filosofía, y ni falta que me hace. Soy igualmente un filósofo. Ya se lo he dicho a Julián: hay que saber aprender a pensar por uno mismo. Y lo que ahora pienso está bien claro: debo volver a la vida activa, dejar de pensar en la muerte y otras

zarandajas.

Parecía un adolescente. Sin darse cuenta, estaba regresando a la edad que tenía cuando la guerra le interrumpió los estudios, le obligó a dejar la escuela para convertirse en un voluntario de la Cruz Roja que recogía con palas de hierro cuerpos fragmentados de niñas.

Y si algún día, siguió pensando, vuelvo a encontrarme al engreído de Julián, me limitaré a sorprenderle más que nunca, le diré que me he enamorado. De quién, preguntará temeroso, sufriendo por su herencia. Le diré que de una mujer que encontré en el barrio de la Ribera y que tiene el detalle de llevar luto por mí. Eso le diré y que se entere de una vez por todas el artista de la familia de que una persona, a la edad que sea, se enamora y resucita, se renueva por completo, se le renueva la mirada y la ilusión, vuelve a sus mejores momentos porque todo lo vive con capacidad de sorpresa. ¿O no?

Mayol, al decirse todo esto, oscilaba entre dos realidades contrapuestas: la desesperación y la alegría. Sabía que era mortal y eso, junto a la injusta actitud de su mujer, le provocaba desesperación. Pero, por otra parte, sabía que había triunfado sobre la muerte, porque podría perfectamente estar ya muerto y sin embargo vivía, lo que le producía alegría y hasta le había empujado a inventarse a una Dulcinea. Esa lucha entre la desesperación y la alegría constituía el núcleo principal de la vida de Mayol.

Al pasar por delante de un bar, cerca de la iglesia de Santa María del Mar, creyó oír la palabra Oporto. ¡Oporto! ¿Lo acababa de oír o se le acababa de ocurrir? No lo pensó dos veces y entró en una agencia de viajes de la calle de la Argentería y adquirió para tres días después un billete de avión para Oporto.

Media hora más tarde, entraba en su casa como si fuera un ladrón, y lo hacía con el aire circunspecto de quien no sabe si le aguarda un beso o una bomba, pero se encuentra preparado para ambas cosas, sobre todo para la segunda. Lo más probable era que le esperara una bomba de alta potencia, que su mujer le repitiera por enésima vez que no quería verle más allí, que le dijera que no entendía qué hacía todavía deambulando como una sombra por la casa, que cómo tenía que decirle que cogiera de una vez por todas sus trastos y objetos personales y se marchara.

Esperaría a que ella terminara de disparar su agria artillería para decirle: Dentro de tres días me voy a vivir a Oporto, querida. Para mi nueva vida no necesito más que solucionar un par de asuntos con el banco y llevarme de esta casa lo esencial, lo estrictamente indispensable. Por lo demás, piensa que me he ido y que he muerto como mueren los pobres desplazados. ¿No era eso lo que querías? Pues ya lo tienes. Muerto, mírame, estoy ya bien muerto. Estarás contenta.

Entró en la casa y vio que Julia no estaba. Respiró con cierto alivio. Iba vestido con la ropa —un traje azul comprado en Berlín hacía veinte años— que acababa de prestarle Julián en su taller. Ropa seca para evitarle una pulmonía. Como el traje le daba cierto aire juvenil y le favorecía —al menos eso era lo que pensaba él—, decidió dejárselo puesto como mínimo hasta que llegara su mujer.

Se sentó en un sillón que había sido suyo durante cincuenta años y comenzó a leer la carta de Nueva York, con sello del Hotel Pennsylvania, que acababa de robar del buzón de un vecino del inmueble. Era la carta de una tal Gloria.

Do, re, mi, fa, sol, leyó. Anoche fui a la ópera y me sentí por fin discretamente feliz. Rossini en el Metropolitan, donde hay murales de Chagall y el techo abovedado es de pan de oro. En el entreacto te dan canapés y cócteles dulzones. Y a la salida esperan limusinas blancas con chóferes negros. La mayoría del tiempo ando a toda pastilla pisando charcos, yo voy tranquila por esta ciudad, con mis guantes agujereados y envuelta ya mi cabeza, cara y cuello, en una vieja bufanda negra. Adiós y un beso.

Quizás por la referencia al color negro de la bufanda, Mayol tuvo la impresión de que aquella carta podía perfectamente haberla escrito la mujer de negro del barrio de la Ribera. Quizás por lo del color de la bufanda, pero también porque el tono de la carta era tan juvenil como el traje azul que en aquellos momentos lucía. Guantes agujereados, dijo Mayol en voz casi alta, muy contento. Y se sintió orgulloso de recibir aquel tipo de correspondencia. Porque esta carta, se dijo Mayol, la he recibido yo, sólo yo merezco recibirla.

Se levantó de su sillón de toda la vida y se sirvió un vino de Oporto recién comprado. Y poco después le entraba la tentación casi infantil de partir en dos el paraguas rojo de siete dólares. Se dijo que aquélla podría ser una

buena manera de reingresar en la vida activa. Pero finalmente decidió reprimir su instinto destructivo. Se sirvió un segundo oportuno y empezó a recordar detalles de su visita al taller del genio de la avenida de Icaria. Se acordó de cómo, mientras simulaba que no quería entrar en el estudio de su hijo, no hacía más que repetirse, una y otra vez, a modo casi de consigna: Si no encuentro pronto algo mejor que hacer ahí dentro me dedicaré a vengarme sin piedad de Julián, por haberme tratado de inculto y de persona poco leída. Y, sobre todo, por pensar que él es mejor que yo.

Está claro que a Mayol le habían afectado mucho aquellas acusaciones de su hijo, le habían afectado más incluso que la actitud de su mujer invitándole a abandonar el domicilio conyugal. Y es que Julián, seguramente sin pretenderlo, había ido a hurgar en la herida que más le dolía a su padre. Julián había hecho diana en el punto débil —el trauma esencial, lo llaman algunos doctores— de la personalidad de Mayol: la interrupción definitiva, a causa de la guerra civil, de sus estudios; esa interrupción que le había hecho moverse por la vida sintiéndose a veces inferior a mucha gente de su generación que, habiendo podido regresar a la escuela tras la guerra, ostentaban títulos universitarios contra los que Mayol había tenido que combatir abriéndose paso en la vida con la única ayuda de su talento natural de comerciante.

—Anda, déjate de tonterías y pasa ya de una vez —le había dicho Julián al verle allí indeciso en el umbral—. Vas a coger una pulmonía de mucho cuidado. Y quítate la ropa. Ya te prestaré algún traje mío. Después de todo, de algo ha de servir que tengamos la misma talla. Anda, pasa.

Mayol continuó sin moverse del umbral. Cerró los puños y se mostró —en realidad era una puesta en escena— indignado.

—Lo que faltaba —dijo Mayol—. Ya sólo faltaba que me invitaras a desnudarme en tu taller. Se trata de un claro atentado a mi dignidad de padre.

—Yo sólo te digo que entres, que estás empapado y vas a pillar una pulmonía.

—Me gustaría saber cómo imagina su dignidad el señor pintor tan imaginativo. ¿Cómo la pintaría nuestro famoso genio?

—Yo tengo la dignidad de la cerilla —respondió Julián haciendo gala de cierta agilidad mental que logró incluso desconcertar a Mayol, que tardó algo en reaccionar y tuvo que refugiarse en la ironía.



—Pero que ingenioso es mi hijo. Y que imaginación más fantástica tiene. La dignidad de la cerilla...

Julián entonces le explicó que la cerilla tenía una gran dignidad, pues servía para dar fuego, que era lo que le estaba ofreciendo al decirle que entrara en el taller y se cambiara de ropa y se calentara un poco.

Se enzarzaron en una discusión absurda sobre la dignidad de la cerilla, hasta que Mayol no se hizo rogar más y entró en el taller. Después de todo, era cierto que peligraba su salud. Además, en ningún momento había pensado en no entrar. Se quitó detrás de un biombo lentamente la ropa y acabó cubriéndose con la manta que le pasó Julián mientras le decía que iba a su dormitorio a buscarle un traje.

Cuando regresó con el traje azul, no se le ocurrió a Julián mejor idea que hacer este comentario escasamente oportuno:

—¿A qué no sabes a quién me recuerdas con esa manta?

Mayol, que temió lo peor, se negó a saberlo.

—A Kim Novak —le dijo su hijo—. No sé si tienes ahora presente esa escena de *Vértigo* en la que James Stewart, en su apartamento de San Francisco, va y...

Se puede decir que temblaron los cimientos del inmueble y que por poco no se reanudó el llanto de la niña atropellada en la puerta.

—¡A Kim Novak! —gritó Mayol—. ¡A Kim Novak! Bueno, hasta aquí podíamos llegar.

—Por favor, papá. No hay para tanto.

—¡A Kim Novak, dice el señorito pintor! Tienes el alma podrida de cinefilia o cinemania o como se llame esa enfermedad. No sabes qué es la vida, todo lo vives como si estuvieras en una burbuja. Qué pena me das. Eres una miserable rata de filmoteca, qué sé yo lo que eres. Un gusano de biblioteca. Un pelmazo. Vives aquí encerrado en tu taller y de la misa no te enteras ni de la mitad. Viene a visitarte tu padre y te crees que es Kim Novak. No tienes el menor contacto con el mundo real. ¡Kim Novak! Me parece que cualquier día te voy a encerrar en un psiquiátrico.

A Mayol no podían haberle servido más en bandeja un pretexto para descargar sobre su hijo toda la inmensa rabia contenida durante los últimos días.

El términos algo más sencillos pero igual de rotundos de lo que aquí se va ahora a transcribir, Mayol vino a decirle a Julián que el camino del arte era el de la impostura y que la única fuente de lo bello era la acción, y que el arte en realidad era tan sólo una manera de hacer, y no una forma de pensar. Lo importante era la acción. Todo lo demás tenía algo de enfermizo. Películas, libros, pinturas, sinfonías..., no eran más que sucedáneos de la vida.

—Bueno —dijo Julián—. ¿Te pones el traje o no? Lo compré en Berlín hace veinte años. Entonces era la última moda. Pruébalo, tal vez hasta te quite años de encima.

—Estás bien loco —prosiguió Mayol inmutable—. Te crees que este taller es el probador de una sastrería. Estás bien loco. Y otra cosa: nunca como ahora he visto tan claro que te has refugiado en el arte para huir de tus fracasos en todos los demás aspectos de la vida...

Julián le pidió que se dejara ya de vergonzosas diatribas contra el arte. Y entonces Mayol intentó reanudar la discusión sobre la dignidad de la cerilla. Su hijo se negó a participar en ella. Mayol acabó vistiéndose con el traje azul de Berlín y, al intentar mirarse en un espejo, se equivocó y buscó su figura en la tela virgen destinada para pintar Puerto Metafísico. Su hijo, que captó el error, le dijo con una sonrisa cariñosa que el espejo estaba en el cuarto de baño.

—¿Y quién ha dicho lo contrario? —preguntó Mayol, muy molesto—. Mira, he de saber dónde escondes la botella, porque no creas que yo no sé que eres un alcohólico profundo. He venido aquí hoy precisamente, ya es hora de que lo sepas, para acabar con tu adicción al alcohol. Estoy seguro de que bebes para pintar, por falta de confianza en ti mismo. Y también porque te sobra el tiempo. No tienes mujer, te pasas el día encerrado aquí en el taller. Es imposible que estés todo el rato pintando. El día tiene veinticuatro horas. Cuando no pintas, seguro que le das a la botella tratando de encontrar temas para tus cuadros. Más de un amigo tuyo me ha dado a entender que bebes como un cosaco. He venido a pedirte que dejes de forma radical el alcohol.

—Me he emborrachado sólo dos o tres veces en la vida, y de eso hace además mucho tiempo, años. No sé de dónde has sacado lo de que bebo. No puede ser más injusta esta acusación. Pero sí es cierto que más de una vez he estado a punto de tomar algún estimulante para poder pintar. Porque no es

nada fácil hacerlo...

Julián acababa de decidir que le daría lástima artística a su padre, ocultaría que se consideraba un genio y así se ahorraría nuevas manifestaciones de ira de su visitante. Julián, con el necesario cinismo que exige una impostura de este tipo, se puso a explicar lo difícil que era el arte, y le contó a su padre el sueño que acababa de tener, el sueño de Puerto Metafísico. Y le contó también cómo se había levantado hacía tan sólo unos minutos de la cama y había mantenido cerrados los ojos y cómo, sin abrirlos, había imaginado que se había vestido con un edredón, y cómo se había dicho a sí mismo, tal vez para no llorar, que él era una persona muy original y cómo, sintiéndose feliz por haber decidido que pintaría Puerto Metafísico, se había dedicado a silbar una habanera... Y cómo, de pronto, se le había complicado todo muchísimo...

Buscando la comprensión de su padre, le contó con todo detalle las dificultades por las que atravesaba el arte de cualquier pintor, y cómo él no era una excepción a esa dramática regla. Le contó que cuando uno, en su primera juventud, empieza a pintar, tiene que inventarlo todo, tiene todo por aprender, pero juega con la ventaja de saber que mientras haga las cosas bien hay posibilidades de que el estilo y la técnica tengan éxito.

—¿Aunque seas un cateto como yo? —preguntó Mayol.

—Pero a medida que envejeces —prosiguió Julián, prefiriendo fingir que no había oído nada— las cosas cambian. Uno tiene la sensación de estar utilizando todo lo que funcionó en una obra previa, pero en el camino puedes haberte convertido en una persona muy distinta, y las cosas que quieres expresar son diferentes. A veces creo que debes deshacerte precisamente de lo que funcionaba antes, es importante no quedarse estancado, aunque evitar eso es cada vez más complicado.

—Y eso te lleva a beber —dijo Mayol, consciente de que su hijo le estaba contando su relación con el arte deliberadamente al revés.

—¿Y cómo debo decirte que no bebo? Tú sabes perfectamente que no bebo.

—Y eso te lleva a beber —repitió Mayol, que sabía que su hijo no bebía—. Y a decir imbecilidades como la de que no resistes la visión de un pez muerto porque tú viviste, en otros tiempos, en la Atlántida. Vaya majadería la

tuya. Es una grandísima estupidez y sin embargo no te has cansado nunca de repetirla, supongo que para que pensara que eres el nuevo Dalí. Vaya majadería. A este paso cualquier día dirás que Kim Novak era de la Atlántida y te quedarás tan ancho. Te conviene un baño de humanidad. Bajar al metro, subir al autobús, por ejemplo. Aprender a mezclarte con la gente normal, no con artistas descerebrados. Juntarte con personas sencillas, como he hecho yo toda mi vida y gracias a lo cual, por cierto, he logrado grandes beneficios que, entre otras cosas, te han permitido a ti ser un intelectual que acusa a su padre de analfabeto. ¿Sabes lo que te digo? Que a partir de ahora vas a tener un detective privado que controlará tus pasos, que preguntará en los colmados y en los bares de aquí cerca. Y si me entero de que sigues bebiendo para ser artista, te voy a enviar a la Atlántida de una patada. ¿Está claro? ¿O tengo que decírtelo de otra forma?

—Bueno, en realidad, ¿qué quieres de mí? O mejor dicho, ¿por qué has venido de nuevo a interrumpir mi trabajo? Creo que ya está bien de sermones. Yo no bebo y me cuesta mucho pintar, y eso es todo. Y la verdad es que no me siento con ganas de que sigas riñéndome de esta forma tan absurda. Pídeme lo que necesites, si es que necesitas algo. Hablaré con mi madre, si eso es lo que quieres... Pero ahora, por favor, déjame trabajar en paz.

—Un paraguas —dijo Mayol—. Dame un paraguas y me voy. Un paraguas y te dejo aquí pensando que debe ser muy grande tu inseguridad puesto que te obliga a hablar contra mí.

—No soy más inseguro que tú. ¿O es que no te has visto con ese ridículo traje azul?

—Es un traje ridículo porque es tuyo. Pero yo lo llevo con seguridad. ¿O es que ni siquiera de eso eres capaz de darte cuenta?

—Mira —dijo Julián al tiempo que le daba a su padre el paraguas de siete dólares comprado en San Francisco—, me gustaría que supieras...

—Calla. No quiero saber nada —dijo Mayol, y se fue directo hacia la puerta con el paraguas y el juvenil traje azul de Berlín. Con ese traje, y tras un tercer oporto, se quedó dormido un rato después, en su casa, en el sillón de toda la vida. Una vez más, soñó que se escapaba de un hotel en el que hacía una infinidad de años que no pagaba. Cuando despertó, eran las nueve de la

noche. Su mujer seguía sin aparecer por la casa. Se miró incrédulo ante un espejo y vio a un George Sanders rejuvenecido. Le pareció tan magnífico verse de aquella forma —ligeramente cambiado, algo ridículo pero a fin de cuentas rejuvenecido— como el poder estar un poco tranquilo en su casa sin que su mujer le estuviera reprochando, una vez más, que aún no se hubiera largado de allí.

—Por cierto —se preguntó entonces—, ¿por dónde debe andar a estas horas? ¿Habrà ya comenzado a liberarse? ¿Habrà tal vez conocido a algún pobre viejo escapado del asilo? Poco importa si es así. Desde luego, no me matarán los celos, si acaso seré yo quien la mate de eso. Es más, ojalà ella tenga un amante y así yo encuentre más motivos para huir.

Volvió al salón y se dedicó a repasar la prensa del día. Había vagabundeadó tanto aquella jornada que no había tenido aún tiempo para leer los periódicos a los que estaba suscrito. Estudió a fondo, durante un buen rato, las noticias del día de política catalana. Las declaraciones de un ministro del gobierno central le sacaron de quicio. Como solía sucederle en estos casos, Mayol dejó de ser un nacionalista moderado para convertirse en un secreto y feroz independentista.

Sacó el bloc en el que anotaba las cosas que consideraba que debía recordar y escribió: «En Oporto, si me quedo a vivir allí, cuando esté ya instalado en un lugar estable, comunicar el cambio de domicilio a los tres periódicos a los que estoy suscrito».

¿Cómo viviré, se preguntó a continuación, la política catalana alejado de mi tierra? Con una nostalgia, se respondió a sí mismo, seguramente infinita, que me ayudará a profundizar en las raíces de mis sentimientos nacionalistas. No puedo hacer otra cosa.

Le fue imposible controlar su sentido del humor y se dijo: En realidad mi mujer, sin darse cuenta, ha cometido la peor de las maldades al convertirme nada menos que en un exiliado político.

Pero a esta nota de humor —está claro, de humor amargo— siguió una reflexión en torno a su relación con el mundo de la política y el partido al que pertenecía. En realidad, si tenía que ser sincero consigo mismo, hacía ya años que no se encontraba a gusto en el partido. Sus valedores en él habían muerto todos. Paralela a su despedida del último cargo político que había ostentado,

se había producido la irresistible ascensión de los jóvenes leones del partido, que habían hecho lo posible por arrinconarle, y lo habían logrado. Hacía ya mucho tiempo que se sentía un fantasma en las reuniones y en los congresos en los que en otros tiempos era escuchado con interés. En realidad —después de todo, él siempre había sido un individualista—, se sentía casi desvinculado del partido. Tan sólo las ideas le seguían uniendo a aquella formación política que un día había sentido plenamente suya. Pero nada más. Sólo las ideas. Al igual que le sucedía en familia o en el club, se sentía irremediabilmente solo entre la gente del partido, y la prueba estaba en que ni loco se le habría ocurrido buscar palabras amistosas entre sus compañeros políticos cuando empezó a pasarlo mal por culpa del delirio súbito de su mujer.

Así pensaba Mayol cuando oyó un ruido en el rellano de la escalera y creyó que era su mujer que regresaba a casa. Resultó ser la vecina del piso de abajo que preguntaba por Julia. La despachó casi con malas maneras. Después, regresó a la lectura de la prensa, y una noticia le desagradó enormemente: un socialista catalán lo negaba todo respecto a una supuesta financiación irregular del partido. Odiaba a los socialistas desde hacía años, porque formaban parte del bando contrario al suyo durante la guerra civil. Porque, a los catorce años, cuando los primeros bombardeos de Barcelona, Mayol no era nacionalista sino un joven ingenuo amante del orden, un orden que él confiaba en que restablecerían las tropas franquistas. La decepción llegó con la entrada de los nacionales en su ciudad, con aquella misa militar horrible en la plaza de Cataluña. Pero a los socialistas no les había perdonado nunca su colaboración en el desorden de los años treinta. Consideraba, además, que con la democracia se habían desprendido de su piel de león, pero no se fiaba nada de ellos, sospechaba que eran maestros en el arte de simular y de robar y que sólo les atraía el poder.

La guerra, pensó, la guerra y Franco abortaron mi vocación de político. Tuve que esperar a que muriera el maldito caudillo, cuando yo tenía ya más de cincuenta años, para poder ver realizada esa vocación frustrada.

Se sirvió otro oporto y se llevó los periódicos a la cama que ocupaba en los últimos días desde que su mujer le había pedido que se marchara. Vestido con el traje azul de Berlín, se tumbó en la cama, en la habitación que había sido en otro tiempo nada menos que de Julián. Y se quedó, al poco rato, de

nuevo dormido. Soñó que subía una montaña sin dejar de mirar nunca hacia el llano. Cuanto más ascendía, más abarcaba. Percibía las cosas con menor sentido del detalle aunque tenía una mejor perspectiva del paisaje. Alguien, en una lengua extranjera, le susurraba al oído: De modo semejante, a medida que envejecemos, cambia nuestra visión del mundo.

Ese sueño desembocó en otro cuya frecuencia le resultaba mucho más familiar a Mayol. Era un sueño emitido en una frecuencia modulada por el paso de los años. De nuevo se hallaba en el hotel donde nunca pagaba. Pero muy pronto el sueño se fue por vericuetos inesperados y la habitación 334 — su cuarto habitual— pasó a convertirse en un espacio raro. El cuarto tenía una cesta por ventana y la cesta desplazaba un pequeño cuadro de un color azul muy intenso, un cuadro que pretendía representar Puerto Metafísico. Con un considerable esfuerzo, volvió a poner el cuadro en su sitio. Mirando a través de la cesta, vio enfrente un lavabo, pero el inodoro y la ducha estaban al fondo de un hueco, tres metros más abajo. Un animal en forma de araña, que de repente se convertía en una próstata, cayó en el fondo del hueco. El hueco parecía la boca de Kim Novak. Y Kim Novak era la mujer de luto riguroso que había visto en el barrio de la Ribera.

Al despertar con la idea apremiante de ir a orinar, vio a su mujer mirándole fijamente al pie de la cama.

—¿Cómo debo decirte que necesito que te vayas? —le dijo ella en un tono extremadamente enojado—. Y otra cosa, ¿qué haces ahí tumbado, vestido como un mamarracho?

Mayol estuvo a punto de decirle que iba vestido con un traje de hacía veinte años de su adorado hijo Julián, de modo que en todo caso el verdadero mamarracho era éste y no él. Pero no dijo nada, porque temió que entonces su mujer le preguntara qué hacía disfrazado de Julián en el cuarto que había sido siempre de éste. Mayol no dijo nada, prefirió callar y esbozar una sonrisa tan inocente como beatífica. Se quedó imaginando que el traje azul iba provisto de un cinturón y de toda clase de pliegues, de bolsillos, de hebillas y de botones, que daban a su indumentaria una apariencia especialmente práctica, sin que pudiera comprender muy bien, sin embargo, para qué diablos servía toda aquella parafernalia.

—¿Cómo debo decirte que me harías un gran favor marchándote? —

insistió su mujer—. ¿Por qué no me dejas ir a mi aire de una vez por todas?

Mayol siguió sin pronunciar palabra. Se quedó imaginando que en aquel momento Julián le estaba incluyendo en el cuadro de Puerto Metafísico y lo pintaba con el traje azul paseando errante por una playa de invierno.

—Contesta —dijo su mujer—. ¿Por qué no has dado un solo paso para marcharte? ¿Por qué no te has buscado una casa o un hotel o yo qué sé?

—En los hoteles debo mucho dinero —respondió Mayol críticamente, tratando de que una nota de humor salvara aquella situación angustiosa.

—¿Pero tú estás dormido o simplemente idiota o tratas de reírte de mí?

—Por cierto —prosiguió Mayol en clave ya peligrosa de humor—, me gustaría saber quién es ese señor que te acompaña. Juraría que ese galán otoñal es el mismísimo Antonio Geli, un amigo al que llamábamos el Francés. Ve con cuidado con él, se te va a suicidan Lo conozco muy bien.

—Está bien. Peor para ti, Federico —dijo ella, perdiendo del todo la calma—. Crees que puedes tomarme el pelo, pero esto se va a acabar. Soy capaz de todo.

Dijo esto y cerró violentamente la puerta de aquel cuarto. Mayol estuvo a punto de salir tras ella y comunicarle que en tres días, en cuanto hubiera solucionado cuatro asuntos vitales para su futura vida, pensaba viajar a Oporto, donde posiblemente se quedaría a vivir para siempre. Pero prefirió demorar el momento en que ella se enterara de eso, pues deseaba que su marcha cogiera a Julia totalmente desprevenida, entre sorprendida e inquieta y hasta con mala conciencia.

Se quitó el traje azul y se miró en el espejo del armario, allí donde seguramente, pensó, Julián había descubierto su vocación de pintor de naderías. Se miró un buen rato, acompañándose de una mirada casi adolescente. Ya veremos cómo reaccionas, querida, cuando veas que me voy a Oporto. Se dijo esto, y se acordó de la envidia que había sentido a veces en su vida cuando había oído decir de alguien: Mandó todo al diablo y se largó sin más.

En el fondo, siempre que había oído una frase de ese estilo, había aprobado tan audaz y elemental impulso. Otro asunto era que se hubiera atrevido a dejarse llevar por aquel purificante movimiento de abandono y fuga. Pero ahora ya nada se lo impedía. Marcharía a Oporto. Podría haberse



ido a París, que era la ciudad que siempre más le había gustado. Pero Oporto parecía haberle susurrado, de un modo mágico, que la visitara. Era mejor dejarse llevar por las voces que desde aquella ciudad parecían reclamarle. Sí, marcharía a Oporto, donde había estado por última vez hacía treinta años, cuando fueron a visitar al malogrado Pablo, el hermano menor de Julia que vivía en esa ciudad y que se había literalmente enamorado de ese puerto del Atlántico que a Mayol le había dejado un fugaz pero gran recuerdo.

No es ningún drama exiliarse, pensó, y además siempre puedo regresar a Barcelona si algo va mal, pero lo que está claro es que necesito un viaje que signifique un gesto ejemplar y espectacular. Pero yo creo que lo ideal sería no tener que volver, plantearse el viaje a Oporto como una huida radical y no olvidar nunca que no es una desgracia marcharse, sino más bien todo lo contrario. En el fondo, siempre lo estuve deseando. Todo el mundo ha querido hacerlo alguna vez. Todos aborrecemos el hogar confortable, ese domicilio fijo que lleva escrito el nombre de la muerte en la perfecta tristeza de nuestros muebles y en la bondad de la cama de cada día y en nuestra vida gris en perfecto orden miserable. Me iré a Oporto, querida, y oirás a la gente decir con envidia que me fui, que me largué sin más, que lo mandé todo al diablo y te dejé plantada en esta pobre casa con tus jarrones de buen gusto y tus cochambrosos libros y la televisión de la basura de tu vida tan escalofriantemente perfecta. Me iré de un día para otro y cambiaré de vida sin que importe nada lo que fue la mía antes, y ni siquiera intentaré empezar de nuevo. Me iré, por qué no, hacia la nada.

Mejor dicho —rectificó de inmediato al recordar que era católico—, iré hacia la incertidumbre, ya que la verdad es que, aunque soy creyente, no sé muy bien lo que me espera.

Mandó a paseo a la Nada. Y volvió a recordarse a sí mismo que si algo iba mal siempre podía regresar a Barcelona o marcharse a París —que era una ciudad diseñada para que un hombre rico como él nunca se aburriera— o dar la vuelta al mundo en ochenta días. No era necesario viajar a Oporto para vivir allí. Esa ciudad podía ser simplemente el primer puerto de su fuga sin fin, o tal vez el primer puerto de un viaje que había de devolverle algún día a Barcelona. Lo que estaba claro era que, de seguir retrasando su marcha, se quedaría convertido en Barcelona en un hombre perdido, un pobre

vagabundo, un escándalo social a la vista de familiares y conocidos. Si su destino le estaba empujando a convertirse en un ser errante, mejor sería trasladar su condición de fantasma al extranjero y demostrarse a sí mismo que, aunque fuera ya viejo, no se dejaba amilanar por las circunstancias adversas, demostrar un punto alto de entereza y dignidad al final de sus días. ¿Y quién le decía que no volvería a encontrarse con la dama de luto del barrio de la Ribera? Tal vez volvería a cruzarse con ella en algún rincón mágico del mundo. Pensar en la mujer de negro le llevó a acordarse de Kim Novak, y eso le hizo a su vez acordarse de Julián y del inmenso odio que sentía por aquel hijo culto. Por poco no perdió la vida al pensar en su hijo, pues se le subió violentamente la sangre al cerebro. Apartó como buenamente pudo la imagen de Julián y la de Kim Novak y se dijo que estaba claro que no podía quedarse amargado en Barcelona y que debía arriesgar. Tal vez lo que en un principio le había parecido una inmensa contrariedad era en realidad lo único interesante que le había sucedido en toda su vida.

A mi modo de ver, Mayol, sin ser consciente del todo, se encontraba ante un dilema tan viejo como el mundo, tan antiguo como la existencia de los hombres. Y es que desde siempre éstos han oído voces que les empujan a partir diciéndoles que será por poco tiempo o tal vez para no volver jamás. Desde siempre han existido voces que han expulsado de lo confortable a los hombres, sin que éstos supieran nunca muy bien a qué carta quedarse, es decir, si podían sin riesgo desoír la llamada de las voces o si en el viaje les esperaba el mismo silencio trágico de las noches interminables en sus domicilios.

De lo que en todo caso Mayol era absolutamente consciente era de que, a partir de entonces, no le quedaba otra salida a su vida que la de practicar tanto el arte de la soledad como el arte de caminar.

Ahora, pensó Mayol, lo que debo hacer es prepararme para aprender lo que es realmente la vida cuando ésta se apaga y llega la hora del descenso definitivo. Y que los confines de este maldito cuerpo mío, de esta cama que aborrezco, de esta estúpida casa sin espíritu, desaparezcan para siempre en cuanto me encuentre lejos de aquí.

Oyó que su mujer freía algo en la cocina.

Al final de mi vida, pensó Mayol, será mejor sentir el polvo del camino,

la incertidumbre. Y que cuando me visite la muerte me encuentre sin familia y que yo sienta tan sólo fatiga y sensación de pérdida y un alegre desconsuelo. Después de todo, es como siempre has estado. Solo.

## EL FUTURO DE LOS RECUERDOS

Quiso la casualidad de la calle —ya dije que las calles son un lugar ideal para las casualidades que ofrece la vida moderna— que en la ciudad de Oporto, en un momento en que llovía a cántaros, hallándose al amparo de un portal cerca del Hotel da Bolsa, en la Rua Ferreira Borges, el hijo de Pablo —es decir, el sobrino de Mayol— tuviera repentinamente una visión parecida a la más extraña de las alucinaciones. No duró más que un brevísimo lapso de tiempo, pero Pablo —se llamaba así, igual que su difunto padre, el hombre que se había enamorado de Oporto— quedó vivamente impresionado. Le pareció haber visto pasar, andando bajo la lluvia, a Federico Mayol, a su tío Federico. Le vio pasar hablando solo, como un demente, ofreciéndose impasible a los chorros de agua que descendían de los aleros.

Todo sucedió en la brevedad de un instante y poco después el fantasma de Mayol dobló una esquina y se perdió por las calles de Oporto, pero a Pablo le quedó la sensación de que acababa de ver pasar a su tío o a alguien en cualquier caso muy parecido a él —esto último es lo que pensó Pablo que era lo más probable, pues llevaba una resaca de alcohol impresionante—, muy parecido a aquel hombre que se había pasado la vida diciendo que se parecía a George Sanders. Como hacía treinta años que no lo veía salvo en borrosas y contadas fotografías —Pablo tenía doce años recién cumplidos cuando tía Julia y tío Federico visitaron en Oporto a sus padres—, llegó a la conclusión de que aquella extraña visión había sido un producto de su resaca y lo más parecido a una de esas repentinas apariciones de parientes muertos que a veces se infiltran en nuestros sueños. Pero ¿y si era de verdad su tío

Federico? Porque, que él supiera, su tío no había muerto, seguía vivo, casado con tía Julia en Barcelona. Pero no, no podía serlo. Parecía una locura creer que su tío, hombre cabal y de costumbres rectas, andaba hablando solo bajo la lluvia y, además, en Oporto. Pablo iba a tardar todavía un tiempo en enterarse —lo haría en Madeira— de que ese día bajo la lluvia había visto realmente a su tío de Barcelona. Por raro que pudiera parecer, ese día en el que Pablo, por asuntos de negocios, se encontraba en Oporto, también en esa ciudad estaba, por asuntos bien distintos, su tío Federico. De modo que Pablo supo en Madeira que el errante fantasma que había visto pasar por delante de un portal de Oporto había sido casi con toda certeza un fantasma pero al mismo tiempo un ser real, nada menos que su tío, aquel que antaño había sido un señor cabal.

Pero volvamos ahora un poco atrás, vayamos a la tarde del domingo en que Mayol, en su casa de Barcelona, estaba a la espera de que llegara la hora de salir hacia el aeropuerto para tomar el avión a Oporto. Ya casi fuera de lugar incluso encontrándose sentado en el sillón de toda su vida, Mayol, en la tarde de ese domingo en que iba a viajar a Oporto, se quedó medio adormecido mientras se decía que, si había justicia en este mundo, tenía que existir la luz extrema de una ciudad crepuscular en la que las gaviotas se posaran sobre las aguas de un puerto especialmente acogedor con aquellos seres que, como él, se extraviaban sin remedio en el ocaso de sus días. Esa ciudad tal vez era Oporto, pronto lo sabría.

El equipaje, nada exagerado, descansaba en un rincón del recibidor. La televisión estaba encendida y cuando Mayol volvió en sí, cuando regresó de su incursión en la luz extrema de la ciudad portuaria, sintió clavada en la nuca la mirada de odio de su mujer. Empezó a practicar como un desesperado el deporte del *zapping*, tratando de rehuir como fuera la desagradable sensación de tensa espera que estaba precediendo al momento de su partida.

—No te preocupes —dijo Mayol—. Me voy dentro de una hora y te dejaré tranquila para que puedas saber por fin quién eres. No tardo en marcharme, pero al menos déjame despedirme de mi sillón de toda la vida.

—Para que puedas saber por fin quién eres... ¿Hasta el último momento vas a ser irónico? Me parece que no has entendido nada.

—¿Y qué quieres que haga?

Su mujer fue hacia donde él estaba y, situándose a su lado, le hizo una pregunta con la que Mayol no contaba.

—¿Y puede saberse qué diablos se te ha perdido en Oporto? ¿Por qué te vas a vivir allí? ¿Realmente te vas a instalar en esa ciudad? No, no puedo creerte. Seguro que planeas algo. Pero, en cualquier caso, has de saber que nadie te ha dicho que dejes Barcelona.

—Dices que te parece que yo no he entendido nada. Pero es ahora cuando realmente no te entiendo, no te entiendo.

—Ni falta te hace —dijo entonces Julia al tiempo que descolgaba el teléfono y marcaba el número de su hija María. Habló unos breves instantes con ella y después le pasó el auricular a Mayol, que escuchó de su hija una inesperada oferta de última hora.

—No tengo inconveniente, papá, en que te instales en mi casa hasta que amaine el temporal.

Su hija le explicó que había hablado con su marido y que ambos estaban de acuerdo en que no había problema alguno para que él se quedara a vivir en su casa. Tenían espacio de sobras y pensaban cederle un ala entera de su vivienda.

Mayol no sólo se había hecho ya a la idea de viajar a Oporto sino que hasta le atraía poderosamente la posibilidad de desplazarse a una ciudad extraña y aventurarse en lo desconocido. La oferta de su hija llegaba demasiado tarde y, además, las palabras de ella le habían hecho sentirse como una marioneta manejada por las mujeres de su familia. Era lo último que un hombre como él —patriarca destronado pero que a fin de cuentas seguía siendo patriarca— podía tolerar.

—Ya te puedes meter en el culo tu invitación —dijo Mayol, perdiendo aparentemente los estribos, pero actuando de una forma infinitamente deliberada—. Puedo aceptarlo todo menos que me tratéis como a un pelele. Siempre me acusasteis de autoritario. Pues bien, voy a seguir siéndolo hasta el último momento. Y el último momento es éste. Me voy a Oporto a empezar una nueva vida. Y si no la encuentro en Oporto la buscaré en otro sitio. Pero no vais a volver a verme el pelo. Hablo en serio. Porque aquí mando yo, sigo mandando yo, y se hará, como siempre, mi voluntad. Y mi voluntad es marcharme.

Se oyeron unas leves protestas seguidas de un par de gritos al otro lado del hilo telefónico. Mayol colgó con autoridad herida y volvió al *zapping*, un cambio de canales frenético hasta que se detuvo en la televisión catalana, donde daban un partido de hockey sobre patines, la final de la Copa de Europa, que se estaba celebrando en aquellos momentos en Barcelona.

Quedaban treinta segundos para que terminara el encuentro y el Barcelona ganaba por cuatro a tres al Oporto. Mayol cayó en la cuenta de que lo más probable era que le tocara viajar con el equipo portugués vencido. No sucede todos los días, pensó Mayol, uno no siempre viaja en avión con formaciones recién derrotadas por el equipo de su ciudad. Pero con todo, lo más asombroso, lo que es menos normal, por no decir que no lo es nada, es que uno desde el sillón de su casa vea con toda claridad en la televisión los rostros de los anónimos pasajeros con los que tres horas después va a volar.

—Estás loco —le dijo su mujer cuando Mayol le comentó esto último.

—De loco nada. Seguro que viajo con esa gente. ¿O es que crees que está lleno de vuelos de Barcelona a Oporto? Mira, cállate por un momento. Mejor dicho, cállate ya para siempre. Tú y yo ya no tenemos nada más que hablar. Déjame que me fije en los rostros de esos deportistas que van a viajar conmigo. Me gustará reconocerlos al llegar al aeropuerto. Hasta soy capaz de pedirles autógrafos. Compréndeme, necesito hacer nuevas amistades.

Cuando su mujer volvió a repetirle que estaba loco, Mayol decidió adelantar la hora de dejar su domicilio. Fue al recibidor, cargó con su equipaje y, sin mediar otra palabra, tomó el ascensor y, con una satisfacción muy superior a la que había previsto, inició el descenso hacia la portería.

Esto es el fin, pensó mientras bajaba en el ascensor. Y sintió que era un fin maravilloso, que se le ensanchaba de pronto el mundo. En ese descenso, en el breve trayecto de la séptima planta a la portería, se dedicó deliberadamente a hurgar en un recuerdo de su infancia. Se entretuvo evocando la mañana de verano en que había despertado con unas ganas inmensas de escaparse de casa. Sus padres dormían, era muy temprano, y no había inconvenientes para escapar; no había inconvenientes salvo uno muy importante: sabía ponerse las botas, pero no tenía ni idea de cómo se hacía la lazada.

El ascensor llegó a la portería en el momento en que Mayol recordaba la

alegría que le entró aquel día cuando logró hacer la maniobra, cuando en lugar de un simple nudo consiguió hacer la lazada. Querer es poder, pensó Mayol a propósito de aquel lance infantil. Querer es poder, repitió Mayol para sí mismo, y alcanzó la calle, detuvo un taxi, siguió pensando en aquel lejano recuerdo mientras se dirigía al aeropuerto. Querer es poder, volvió a decirse cuando entró en la sala de espera del vuelo a Oporto. Una hora y media después, veía aparecer, en formación compacta, al equipo de hockey derrotado. Les estuvo observando con aire aparentemente distraído — buscando no ser visto— y creyó reconocer a alguno de ellos, a los que más había visto en la televisión. Le pareció que en la pequeña pantalla tenían una aureola de jóvenes héroes derrotados que no alcanzaban ni por casualidad vestidos de calle o, lo que venía a ser lo mismo, vestidos con aquel uniforme ridículo que llevaban, se les veía con más dignidad en el televisor. Jugó a pensar cuál de ellos le gustaría que fuera nieto suyo, y de pronto se angustió al notar que había perdido cualquier tipo de sentimiento amoroso hacia sus nietos de verdad. En realidad, en muy poco tiempo se había desembarazado de muchos sentimientos que creía invulnerables. Salió de su angustia al decirse que, en el fondo, eso estaba muy bien. Después de todo, sus nietos no le habían querido nunca y, además, eran, desde todos los puntos de vista posibles, horribles.

—Y la vista nunca me ha engañado —dijo Mayol en voz alta, no para llamar la atención, sino simplemente por el capricho de transgredir por primera vez en su vida las normas que se suponía que debía acatar un señor de Barcelona.

Al tener la sensación de que había hablado para él solo, repitió, esta vez con más potencia en la voz, la frase que él consideraba clave para que cualquier desconocido reconociera en él a un señor de Barcelona reconvertido en un hombre libre, que avanzaba hacia lo desconocido sin miedo alguno.

—Y la vista nunca me engañará —dijo pensando en su futuro, lo que le llevó inesperadamente a volver a pensar en aquella lejana lazada, pero en esta ocasión le asaltaron ciertas dudas con las que jamás había contado. Se preguntó si ese recuerdo no le estaba llegando cada vez más transformado por la memoria, se preguntó si en realidad podía llamarse recuerdo a aquel recuerdo.



Sin embargo, pensó Mayol, tuvo que existir un día en el que, sin la menor ayuda de nadie, me hice por vez primera la lazada. Le entró cierta angustia cuando pensó que le iba a resultar siempre imposible recuperar la infancia y que en realidad sólo estaba a su alcance recobrar los diferentes momentos de su vida en los cuales la había recordado, es decir los momentos en que había vuelto a pensar en esos recuerdos, variándolos fatalmente.

Por lo que he podido saber, en realidad puede afirmarse que poco antes, durante y algo después del vuelo, todo el viaje Mayol llevó como compañía esencial su preocupación repentina por el futuro de sus futuros recuerdos y ya no digamos por el futuro que habían tenido hasta aquel momento sus recuerdos.

Lo recuerdo todo, pensó Mayol, pero no comprendo nada. Tosió sin necesidad urgente de hacerlo y trató de pensar en otras cosas. Se dedicó a espiar de nuevo, esta vez sin el menor disimulo, al equipo de hockey derrotado. Miró de uno en uno a los jugadores por si podía averiguar qué sucedía cuando uno perdía en Barcelona y emprendía una trágica retirada. No observó nada especialmente relevante. Los jóvenes uniformados conversaban tranquilamente, comentaban noticias de los periódicos, de vez en cuando se gastaban bromas entre ellos. Mayol pensó que, en cuanto a retiradas trágicas, la suya era muy superior a la de la totalidad de las derrotas de todos los equipos portugueses vencidos a lo largo de la historia. Luego se preguntó por qué había pensado aquello tan raro. Y poco después reapareció su obsesión. Mañana, pensó, cuando recuerde mi primera lazada, ya sólo seré capaz de recordarla en función de cómo la recordé hoy.

Anunciaron los altavoces la salida del vuelo a Oporto, y Mayol se puso automáticamente en pie y se preguntó de nuevo qué iba a hacer él a esa ciudad donde nadie, absolutamente nadie, le esperaba. Con gesto abatido, volvió a sentarse. Me quedo, pensó. Y poco después se dijo lo contrario: No, ni en pintura me quedo yo aquí. La palabra pintura le trajo el recuerdo de los horribles óleos de su hijo Julián, el imbécil que decía que procedía de la Atlántida. Volvió a ponerse en pie y, al entregar la tarjeta de embarque a la azafata, se consideró un valiente, un anciano que veía la vida por delante. «Que sea lo que Dios quiera», le dijo a la azafata, sonriendo como un galán otoñal.

Al entrar en el autobús que había de conducirle al avión —que me lleva al más allá de no sé qué, pensó Mayol bastante nervioso, por no decir un poco fuera de sí—, sintió que regresaba con fuerza a su conciencia la idea trágica de lo siempre cambiante que es el acto de recordar, las transformaciones que sufren los recuerdos cuando son revividos, la dificultad de dominar con plenitud total la memoria de lo que han sido nuestros días y, en definitiva, el desastre cotidiano de ver cómo se disuelve —nuestra memoria no es más que un conjunto de astillas de una barca rota— la unidad de nuestro mundo y de lo vivido.

Por lo que he podido saber, el sol estaba todavía alto ese día en Barcelona, aunque Mayol, tal vez pensando en sí mismo, prefirió imaginar que empezaba ya a desplegar el encanto de lo crepuscular. Por lo que he podido saber, Mayol y el equipo de hockey derrotado entraron en silencio en el autobús que había de conducirles a la escalerilla del avión bajo una aplastante sensación de bochorno. Se impuso la realidad. Nada de encanto de lo crepuscular, el sol pegaba con fuerza todavía y Mayol comenzó a sudar. ¿Quién hubiera dicho que tres días antes había caído sobre Barcelona el diluvio universal? En fin. El bochorno era notable, y más en el interior del autobús inmóvil y poco propenso, por lo que muy pronto se vio, a ponerse en marcha. Mayol cada vez se sentía más nervioso. No tenía prisa por llegar a Oporto, pero quería despedirse ya de Barcelona y también de una parte de sí mismo. Se miró en una ventana del autobús que reflejaba su figura. Su imagen era la habitual en los últimos tiempos. Un señor alto, de aire distinguido y edad respetable.

Al poco rato, volvió a mirarse. El autobús seguía sin arrancar y el calor era ya insoportable. Volvió a mirarse, su imagen continuaba allí, intacta. Dudó en deshacerse de ella y acabó por despedirse tan sólo de su parecido con George Sanders. Por lo que he podido saber, Mayol decidió que, a partir de aquel momento, no se parecería a nadie y menos aún sentiría tentaciones de convertirse en otra persona, sería —con una intensidad que hasta entonces no había conocido— *él mismo*.

Y el autobús que seguía sin moverse. Como ya llevaban unos minutos asándose en el interior, los jugadores de hockey decidieron bajarse y respirar un poco más de aire. Mayol hizo lo mismo y al descender llegó la sospecha

de que esperaban seguramente a algún pasajero importante rezagado, lo más probable era que perteneciera a la expedición deportiva. Se acercó a los jugadores de hockey con la intención de escuchar lo que se decían entre ellos y averiguar a quién esperaban, y lo hizo de muy mal humor. Le molestaba mucho que se retrasara el vuelo por culpa —ésa fue la apresurada conclusión a la que llegó Mayol— de los siempre fatuos e impresentables directivos. Seguro que el presidente y sus secuaces se habían retrasado bebiendo whiskys en el hotel. Mayol estaba enfadadísimo cuando con disimulo se acercó a los jugadores dispuesto a espiar las conversaciones. No comprendió nada de lo que entre ellos hablaban. Cuando lograba entender algo, automáticamente no tenía más remedio que decirse que era imposible que fuera aquello lo que hubieran dicho. Por ejemplo, oyó esto: «La frente es con lo que nosotros pensamos, y es la frente con lo que nosotros recordamos». Y menos aún se creyó que uno de los jugadores hubiera dicho: «Lo recuerdo todo, pero no comprendo nada». Deben ser los efectos del sol, pensó Mayol, porque esa frase la he oído ya hace bien poco en mi cerebro, porque esa frase es simplemente mía, qué raro, todo retumba.

Por lo que he podido saber, el hombre que ya no se parecía a George Sanders volvió a plantearse no ir a Oporto. De repente, se le ocurrió que tal vez un lugar ideal para refugiarse el resto de su vida podía ser el monasterio de Montserrat. Tal vez, pensó Mayol, ahí encuentre mi verdadero ambiente: liturgia, música, meditación.

Por lo que he podido saber, rechazó finalmente la idea de no ir a Oporto y se armó de una paciencia infinita, dispuesto a esperar el tiempo que fuera al pasajero o pasajeros rezagados. Siguió escuchando conversaciones de los jugadores y cada vez entendía menos lo que decían. Oyó, por ejemplo: «No es ningún vejestorio, debería ser titular». Estuvo a punto de intervenir y preguntar de quién hablaban. Decidió separarse del grupo para no ponerse más nervioso de lo que estaba. De pronto, apareció sudorosa una persona, la persona perdida. No era un directivo fatuo y borracho, sino un jugador, un pobre jugador con sentimiento de culpa por todo, por haber perdido la Copa de Europa, por haber llegado tarde, por el peso del mundo, por lo que fuera. Era un pobre deportista al que se le caía la cara de vergüenza. Al jugador que se había perdido no recordaba haberle visto en la televisión. Debe tratarse

encima de un suplente, pensó Mayol, de un suplente desesperado. Sus compañeros de equipo, entretanto, le rodeaban cariñosamente mientras le preguntaban qué le había sucedido. Mayol afinó el oído, ese oído que para el portugués no le servía de mucho. «Es que me he perdido», le pareció que decía el jugador. Pero poco después le pareció oír del mismo jugador una frase ligeramente distinta: «Es que hemos perdido».

Ya en pleno vuelo, en un asiento de fumador de la última fila, Mayol — que no tenía sentado a nadie al lado, lo cual le molestaba un poco, pues había empezado a sentir de pronto algo muy frecuente en los viajes: la voluntad de hacer nuevas amistades— optó, a falta de algo mejor, por la lectura de periódicos. Tras agotar —con contenida incredulidad y asombro— todas las páginas de política de *ABC*, fue a dar con una antigua y larga entrevista con un muerto ilustre, con Josep Pla. Sintió cierta curiosidad por ver qué decía el escritor ampurdanés, al que no había leído nunca —eran contados, como se sabe, los libros que se había molestado en leer a lo largo de su vida—, pero que despertaba en él grandes simpatías, pues le veía como a un hombre que había sabido reírse a fondo de la vanidad humana de los que a sí mismos se llamaban intelectuales. Leyó unas frases que le entusiasmaron porque se identificó plenamente con ellas, le parecieron como directamente caídas del cielo por el que viajaba el avión: «Declaro que cuando uno estudia una carrera en España, se convierte en un puro energúmeno. Porque en este país el pueblo llano es muy bueno, el bachiller empieza a no serlo tanto y el hombre de carrera es pésimo».

Se dijo que eso exactamente era lo que siempre había él pensado. Bastaba ver de qué le había servido estudiar a su hijo Julián. ¿Para qué le había servido? Para volverse un engreído que sólo decía tonterías.

Sin poder evitarlo, volvió a sumergirse en el terreno pantanoso de los recuerdos, a perderse en el laberinto de una memoria frágil, y volvió a notar que cuanto más recordaba sobre su infancia más se alejaba de sí mismo. Vagó un buen rato de un recuerdo a otro, siempre viajando en círculo —había comenzado a sentir desprecio, a la hora de recordar, por la línea recta, y prefería vagar, ribetear, seguir elipsis y charadas, dar vueltas infernales en círculo alrededor de su precaria memoria—, y retomó muy especialmente el recuerdo del último día de su vida en que había ido al colegio. Un día de

junio, una semana antes de aquel fatídico 18 de julio en el que estallara la guerra. Y al sentir de pronto lo que yo calificaría de nostalgia de pupitre, por poco no se le cae la cara de vergüenza. ¿Acaso deseaba volver al colegio, reanudar los estudios interrumpidos? Como había conseguido azorarse a sí mismo, trató de pensar inmediatamente en otras cosas y volvió al espionaje del equipo de hockey derrotado.

Había jugadores conversando de pie en el pasillo. Les estuvo observando un buen rato, tratando de descubrir en sus expresiones la amargura por la derrota, por aquella retirada trágica a sus cuarteles de Oporto. De pronto, fue a sentarse en el vecino asiento vacío un miembro de la expedición derrotada, un hombre que buscaba en la parte trasera del avión poder fumar. Era de complexión fuerte y bajo de estatura, de pobladas cejas —a lo Breznev, pensó Mayol—, de unos cincuenta años.

—¿No le importa si me siento un momento? Quiero fumar, llevo rato queriendo fumar —le dijo el hombre con un acento portugués muy cerrado pero que, por la gestualidad que había acompañado a sus palabras, no ofreció dificultad de comprensión a Mayol.

—Siéntese, faltaría más. ¿Es usted el entrenador del equipo?

—No, soy el enfermero.

—¿El médico?

—No, el enfermero.

Mayol entendió que se trataba seguramente del masajista. Le pidió un cigarrillo y se interesó por saber por qué se había perdido en el aeropuerto uno de los jugadores, por qué había llegado tan tarde al avión y había retrasado el vuelo.

—No, no se ha perdido —dijo el enfermero.

—¿Ah, no? Pues me parece haberle oído decir que se había perdido.

—No. Lo que ha sucedido es que ha perdido las gafas.

Mayol se preguntó si había entendido bien.

—¿Que ha perdido las gafas? ¿Ha dicho usted eso?

—Así es —le respondió el enfermero en español—. Y no ha podido encontrarlas precisamente porque le faltaban las gafas para buscarlas.

A Mayol le pareció que aquel hombre tal vez se estaba riendo de él. Por si era así, decidió hacerle ver que él no era ningún imbécil:

—Veo que habla bien el español, así que podrá entender mi pregunta: ¿Y usted ha perdido alguna vez las gafas?

El enfermero no le contestó. Tal vez aquel hombre se había sentido desconcertado, o quizás era que había decidido que había hablado ya demasiado con un extraño. Mayol no quiso darse por vencido, cambió de tema:

—Yo soy catalán. En Barcelona habrá oído decir que Cataluña es una nación. ¿Habla usted algo de catalán?

El enfermero se hizo fuerte en su mutismo, daba tranquilas caladas a su cigarrillo y miraba al techo, parecía haberse desentendido por completo de Mayol.

—¿Ni un poco? —insistió Mayol—. ¿Nada de nada? ¿Nada de catalán?

El enfermero le dirigió una mirada terrible y siguió firme en su huelga de palabras. Mayol no acababa de encontrar un motivo convincente por el cual aquel hombre de cejas pobladas le hiciera sentirse casi como un amante despedido.

—¿Cuánto debe faltar para que lleguemos a Oporto? —preguntó Mayol.

Silencio absoluto. El enfermero se limitó a dirigirle otra mirada terrible y siguió firme en su huelga de palabras.

—¿Qué pasa? —dijo Mayol—. ¿No quiere contestarme? Me voy a ver obligado a informar a sus superiores. ¿Quién es el entrenador del equipo?

El enfermero miró a Mayol como si éste estuviera loco, y continuó mudo.

—¿Cómo se llama? —preguntó Mayol levantando la voz.

—¿Quién? ¿Yo? —dijo el enfermero, con cierto aire melancólico que Mayol no supo captar, porque se quedó únicamente con la sorpresa de que le hubiera contestado.

—No, el entrenador.

De nuevo, un silencio desesperante, un retorno a la huelga de palabras.

—¿Cómo se llama? —dijo Mayol casi gritando.

—¿Quién? ¿Yo?

—No, el entrenador.

—Victor Hugo.

De nuevo se ríe de mí, pensó Mayol, me gustaría saber qué le he hecho yo a este hombre. ¡Victor Hugo! ¿Será posible? Victor Hugo era un escritor

francés, seguramente un ídolo del estúpido de mi hijo Julián. ¿Será posible? Pero en fin, qué le vamos a hacer, no vale la pena enfadarse con este hombre que tengo al lado y que en definitiva es sólo un pobre masajista que quiere tocarme los cojones.

Mayol optó por simular indiferencia y se dedicó a hojear la revista ilustrada de la compañía de aviación y fue a dar con una entrevista en la que un famoso deportista del que nunca había oído hablar declaraba: «Puede un hombre ser atleta y virtuoso, mas, faltándole el estudio, no sabrá ser ni una cosa ni otra. Mucho le falta al que es lo uno y lo otro si no lo sabe ser».

A Mayol la frase le indignó tanto que volcó toda su ira contra el enfermero:

—A usted ya sé lo que le pasa, señor masajista. Le faltan estudios. Por eso se niega a hablar conmigo. No quiere que yo lo note. Le da vergüenza ir por el mundo así, ahora lo entiendo todo.

El enfermero, impasible, se limitó a dar una última calada a su cigarrillo y acto seguido abandonó estoicamente su asiento dejando detrás de él una estela de antipatía y mutismo. Mayol se sentía tan enojado que decidió levantarse también él y hacer como que seguía los pasos del enfermero. Al cruzarse en el pasillo con los jugadores que se encontraban de pie en animada charla, les preguntó a bocajarro cómo se llamaba su entrenador y dónde estaba.

Vencidos unos primeros instantes de perplejidad, le respondieron casi a coro:

—Victor Hugo.

—Ya —dijo Mayol—. ¿Y dónde está?

—Victor no, Vitor. Vitor Hugo —le decía poco después el entrenador, un hombre muy afable y dispuesto a concederle una entrevista.

—No quiero cansarle. Sólo serán dos o tres preguntas, por eso no voy a tomar notas —le decía Mayol.

Fue así como, convertido de pronto en un periodista deportivo —dijo que era de la revista *Sport*—, Mayol pudo enterarse de algo que ni remotamente había sospechado, pudo llegar a saber que no era ninguna tragedia haber perdido la Copa de Europa, pues el drama de la expedición iba por otro lado muy distinto. Tres días antes, en un partido en Lisboa con el Bemfica, unos

hinchas de este equipo habían agredido brutalmente a varios de los titulares del Oporto.

Sobreponiéndose a las secuelas físicas y morales que habían dejado en el equipo aquellas brutales agresiones, habían viajado a Barcelona dejando en hospitales de Lisboa a tres jugadores heridos. Uno de ellos, Filipe Santos, con fractura craneal. A este jugador sobre todo habían querido dedicarle la Copa de Europa y, al no conseguirla, les había entrado una fuerte depresión —de la que el masajista del equipo era un claro ejemplo—, una depresión no por no haber logrado la Copa sino por no haberla podido ofrecer a sus heridos. Lo único que les preocupaba —el único drama que estaban viviendo— era el recuerdo permanente del desolador paisaje por el que sus vidas paseaban tras la batalla campal de Lisboa.

Fue así como Mayol, que deseaba averiguar qué sentía un equipo cuando abandonaba Barcelona derrotado, descubrió que no siempre las escuadras vencidas son como las imaginamos. Como tantas veces en la vida, hay siempre oculto un segundo drama —mucho más serio que el primero—, agazapado detrás de la tragedia que es más obvia, más visible. Mayol, al darse cuenta de todo eso, no sólo perdonó al pobre enfermero melancólico, sino que sintió una ternura infinita hacia aquel equipo derrotado, una ternura que fue en aumento cuando, al llegar al aeropuerto de Oporto, vio a las mujeres y a los hijos de los jugadores recibirles conteniendo como podían el llanto, no por el desastre de Barcelona —que sin duda era lo de menos—, sino por las horas de angustia que estaban compartiendo con las familias de los tres heridos.

Siempre se aprende algo en los viajes, pensó Mayol cuando entró en su habitación del Hotel da Bolsa, el hotel que le había recomendado el taxista, siempre se aprende algo, pero no esperaba que esto sucediera tan pronto. Ahora sé que una derrota trágica, algo así como la mía, escribió en papel de carta del hotel, siempre esconde detrás de ella, por muy penosa que sea ésta, una derrota secreta todavía más terrible, una derrota que al principio ni el interesado es capaz de vislumbrar mínimamente.

Era una carta escrita a sí mismo, escrita en la necesidad de dirigirse a alguien en el mundo y nacida de ese sentimiento de soledad absoluta que sienten muchos viajeros cuando entran en un cuarto de hotel y buscan sin



esperanza alguna a alguien con quien poder conversar. Encendió el televisor y se tomó tres pastillas para dormir, dejando así para el día siguiente una primera inspección de la ciudad de Oporto. El efecto de las pastillas no tardó casi nada en llegar y Mayol cayó fulminado en la habitación de aquel hotel extraño, despertando muchas horas después, sobresaltado porque en sueños se estaba escapando, una vez más, de un hotel que le era muy familiar, sobre todo porque hacía una infinidad de años que en él no pagaba cuenta alguna. Al abrir los ojos, se tranquilizó sólo por unos segundos porque casi de inmediato vio en la televisión, que se había quedado encendida, a un cantante que ya cuando él tenía sesenta años era una vieja gloria. No puede ser, se dijo. Pero pronto vio que aquello no es que no pudiera ser sino que *era*, era verdad. Se trataba de una grabación en blanco y negro enmarcada en un documental sobre la Europa de los años cincuenta. El viejo artista, que seguro que ya estaba muerto, cantaba con gran énfasis, aunque a Mayol le pareció que, cuando la cámara se aproximaba a él, su boca de repente se cerraba crispada, mascullando maldiciones.

Apagó el televisor, miró por la ventana. Era un día muy gris, con amenaza evidente de lluvia. Decidió asearse, afeitarse, actuar como si fuera muy mal de tiempo en un día en el que tenía muchas cosas que hacer. Eso no le impidió recordar su condición de anciano. Los viejos, pensó, somos los inútiles por excelencia. Repitiéndose esto, desayunó en una pastelería cercana al hotel, donde leyó los periódicos de Oporto que informaban ampliamente sobre la derrota del equipo de hockey en Barcelona y daban partes médicos sobre el estado físico de los tres jugadores heridos por los aficionados del Bemfica. Había incluso una fotografía de la llegada al aeropuerto en la que, entre los familiares de los jugadores, se le veía a él de perfil y muy próximo al enfermero melancólico. Eso a Mayol casi le emocionó, pues le encantaba salir en los periódicos, ya que eso le hacía sentirse *alguien*, que era en definitiva lo que le había inculcado su padre desde pequeño: la necesidad de ser *alguien* en la vida.

Decidió que, para ocupar el tiempo que le sobraba —le sobraba todo el tiempo del mundo—, se dedicaría a profundizar sobre su condición de hombre viejo y de inútil por excelencia. Decidió que reflexionaría sobre eso, pero sin considerarse viejo. Cambió de mesa, y lo hizo buscando imitar la

velocidad de un joven. Cruzó la pastelería en diagonal, frenando sobre los talones ante la mesa que estaba más cerca de la puerta y desde la que podía divisarse una vista gris y parcial y poco atractiva de la ciudad de Oporto. Se preguntó qué ventajas podía tener, porque alguna sin duda tendría, ser un inútil por excelencia. Pero, al no encontrar la respuesta adecuada, dejó su mente en blanco, lo que permitió que, ante tanta disponibilidad, entrara en su memoria algo que le había dicho su amigo Terrades en la tertulia del club: «Mientras no se te ocurra visitar ciudades en las que nunca has estado, te mantendrás con vida».

Es posible que Terrades tuviera razón, pensó, y en cualquier caso me conviene que la tuviera, pues mientras me encuentre en Oporto y encima, como cuando era político en activo, aparezca en los periódicos, nada podrá evitar que me sienta vivo.

Luego, se dijo que aquellas palabras de Terrades eran un recuerdo que le había resultado muy útil a él, que era un inútil, y además venían a demostrar que no todos sus recuerdos carecían de vocación de futuro. Anotó en una servilleta la frase reconfortante de Terrades, la anotó para recordarla con exactitud, para no tergiversarla nunca en los días futuros. Volvió a mirar la vista gris y parcial de Oporto y trató de profundizar de nuevo en su condición de inútil por excelencia y en las ventajas que podía ofrecerle tal condición.

Entonces empezó a caer sobre Oporto una lluvia tímida, casi invisible y fantasmal. Una lluvia que activó de inmediato en Mayol —siempre que llueve es algo que sucede en el pasado, creo que dijo un poeta argentino— la memoria de los días idos, unos días que una vez más volvió a sentir como irrecuperables, completamente perdidos. Pagó en la pastelería y salió a la calle, compró unas postales con distintas vistas de la *ribeirinha* de Oporto y detuvo un taxi con el que dio un largo paseo por la zona del puerto y de la desembocadura del río Duero. En la Rua do Ouro, a la altura del imponente Hotel Boavista, viendo las olas agitadas y las gaviotas planeando enloquecidas en un paisaje marítimo que le pareció surgido del mundo de la ficción —pero, en ese caso, de una ficción muy seria—, viendo la absoluta belleza de todo aquel gran espectáculo, le pareció que no era aventurado pensar que acababa de encontrar la ciudad crepuscular que andaba buscando, esa ciudad en la que todavía podía ser posible que por una vez en la vida le

visitara —como sin duda debió de visitarle a su cuñado Pablo, tan enamorado de aquella ciudad— ese raro estado de ánimo que llamamos alegría.

En taxi, pensativo, más allá ya de la Rua do Ouro, en el momento exacto en que consideró que acababa de llegar al Atlántico, Mayol se dijo que en realidad aquélla era la primera vez que de verdad veía el mar. Le extasiaba ver las olas avanzar hacia la orilla con malévolos destellos y alzarse más y más, relucientes como si fueran de vidrio, tensas como cobras; abrían las fauces y se quedaban quietas, sin aliento, un solo instante, para luego saltar hacia adelante con un rugido que parecía acompañado de ecos vagabundos en el aire, de ecos que, a modo de letanía —imaginó Mayol—, repetían una y otra vez una sola palabra, la palabra desesperación, desesperación: una palabra de la que tal vez se estaba ya despidiendo.

En taxi, pensativo, más allá ya de la Rua do Ouro, siguiendo con la vista el vuelo enérgico de las gaviotas del Atlántico, Mayol comprendió de golpe que siendo un inútil, el inútil por excelencia, un inútil ya total para la vida, un viejo, le quedaba todavía la posibilidad más que fantástica de jugar con esa inutilidad y de encontrar una justificación para su fracaso, ya que a él, contrariamente a un hombre joven, se le permitía ser inútil, fracasar, poder eludir el deber doloroso de ser vital, de tener que ser alguien en la vida, de tener que ser un triunfador.

De vuelta al hotel, sintió la urgente necesidad de enviarle a su hijo Julián una de las postales que acababa de comprar. Fue una necesidad vinculada a la certeza definitiva de que, por detrás de su drama personal más obvio y visible —haber sido expulsado de casa por su mujer—, se ocultaba un drama muy superior. Ese drama agazapado detrás del drama más visible ya lo conocemos sobradamente, ya hemos visto hasta qué punto Julián lo había resucitado en la mente de Mayol. Ese drama agazapado detrás del más obvio, esa tragedia casi secreta, tenía su origen, como para tanta gente de su generación, en el estallido de la guerra civil, que había venido a truncarlo todo, justo cuando él, a los catorce años, se disponía a ingresar en la vida.

La guerra le cortó para siempre los estudios. El triunfo de Franco le había impedido dedicarse a la política, que era algo que le apasionaba. Con el final de la guerra, su vida había empezado a malograrse ligeramente, a fracturarse, a perder su plenitud para siempre. A Mayol ese drama agazapado,

conviviendo secretamente con él, le había llevado a extremos tan patéticos como sentir envidia de un jefe de filas nacionalista que tenía su misma edad pero que mostraba una sabiduría peculiar ya que se había educado en el exilio, concretamente en Oxford, pues su familia tras la guerra había tenido que abandonar Barcelona. Mayol, cuando conoció, admiró y se hizo muy amigo de ese político —por poco tiempo porque el hombre tuvo una muerte prematura—, llegó a pensar en lo diferente que habría sido su vida si también los suyos se hubieran visto obligados a exiliarse y él hubiera podido estudiar en Oxford y no haber tenido que ponerse a trabajar a los diecisiete años.

En fin. Mayol, de puertas afuera, mostraba cierta indiferencia ante la cultura, pero era muchas veces tan sólo una forma como otra de defenderse de las situaciones de inferioridad en las que en muchas ocasiones se había visto envuelto a causa de su penosa falta de estudios superiores. Este tipo de dramas agazapados, vistos desde fuera, vistos por los demás, parecen dramas nimios que provocan estupor o risa más que otra cosa. Yo mismo, por ejemplo, hace unos momentos he estado a punto de reírme un poco del drama agazapado de Mayol bautizándolo con esta irónica y escueta definición: «Síndrome de Oxford». Ya digo, estos dramas vistos por los demás parecen a veces sumamente ridículos, carentes de gravedad alguna. Y sin embargo quienes los padecen en secreto los viven muy mal, porque les atribuyen nada menos que haber condicionado de una forma decisiva todos sus pasos en la vida.

Como nadie está contento de su propia vida, aquel que cree conocer quién o qué se la estropeó, no olvida jamás al causante o la causa de que su vida no haya sido como la esperaba. A veces causa y causante se convierten en una sola figura, una figura humana. Es lo que le sucedió a Mayol nada más llegar a Oporto cuando vio que se consolidaba en él ya de una forma definitiva un odio inmenso hacia el culpable de todo, del drama visible y del agazapado, de todo. El culpable —¿es preciso decirlo?— era su hijo Julián.

En letra abigarrada y microscópica, le escribió estas líneas que, con admirable esfuerzo, logró incluir en el breve espacio de la postal: «Quiero que sepas, mi buen pintor de puertos metafísicos, que hay vidas tan sosegadas que la simple adopción de una manía lleva a un cambio de carácter. Mi vida, como sabes, era sosegada. Pero la gran manía que te he cogido desde que

llegué a Oporto ha hecho que yo haya cambiado de carácter. Da igual que ande corto de cultura. A mi alrededor, el mundo ha cambiado. He cambiado yo, ha cambiado el mundo. Ya es hora de que sepas, mi pequeño genio que fuiste a la universidad, que todo me parece distinto desde que llegué al mar».

Por lo que he podido saber —y sé mucho—, el azar de las calles quiso que cuando Mayol, desafiando a una lluvia que había dejado de ser invisible y fantasmal, salió del hotel para echar la postal en un buzón de correos, su sobrino Pablo, que venía de un intento fallido de vender su alma al diablo, se encontrara refugiado al amparo de un portal, en la Rua Ferreira Borges, cerca del Hotel da Bolsa, y viera de pronto pasar, como en un sueño raro, a su tío de Barcelona, alguien tan remoto en el tiempo como los escasos recuerdos que de él tenía.

Vio pasar aquel fantasma como si se tratara de una grandísima alucinación. Le vio ofreciéndose impasible a los chorros de agua que descendían de los aleros, y le siguió con la vista hasta que desapareció al doblar una esquina poco después de hacer volar a derecha e izquierda las salpicaduras en el barro de unos charcos que Pablo nunca llegó a imaginar que acabarían convirtiéndose para él en un sólido, pero también encharcado, extraño recuerdo con futuro.

# DESDE QUE LLEGUÉ AL MAR

No sé si me da miedo la muerte, no sé casi nada desde que llegué al mar.

MARGUERITE DURAS, *C'est tout*

## CUANDO EL AZAR DESCANSA

Pablo vio al fantasma de su tío doblar la esquina y pensó que la culpa de aquella visión tan absurda la tenía la resaca de alcohol que escandalosamente arrastraba en aquellos momentos. Estoy peor de lo que pensaba, se dijo Pablo, consternado.

Luego se preguntó si aquella aparición de su tío no guardaría alguna relación con lo que, la noche anterior, le había anunciado una adivina. Aquella mujer, tras consultar con su bola de cristal, le había dicho que no tardaría en tener en Oporto un encuentro extraño. Pero para Pablo ese encuentro raro ya se había producido. Poco después de consultar con la adivina, había conocido en el Bar Aniki Bobó a aquella fantástica muchacha que se llamaba Luiza. No, no podía ser que el encuentro raro fuera el que acababa de tener con su tío de Barcelona. Además, seguro que no era su tío aquel loco que pateaba charcos, era imposible que aquel hombre fuera su tío. El encuentro raro no podía ser otro que el de la noche anterior con Luiza.

Poco antes de refugiarse en aquel portal, había pasado dos horas en el Café Magestic esperando a que Luiza acudiera a la cita que habían concertado la noche antes. Pero la chica —la recordaba bella, alta, elástica, triste— no se había presentado a la hora convenida. La noche anterior, cuando Pablo había trabado aquella breve conversación con ella, se encontraba muy bebido y, de común acuerdo, habían quedado en aplazarlo todo —en postergar la hora del amor, le había dicho ella—, en verse más frescos al día siguiente, a las once de la mañana en el Magestic, cuando hubiera amainado el temporal para los dos, pues también ella estaba borracha

y, además, iba acompañada —se lo señaló con una rápida mirada de advertencia— de aquel hombre ancho y recio, con una gran cabeza inexpresiva, su novio.

A Pablo le hubiera encantado hablar algo más con ella, contarle que vivía en la isla de Madeira. Contarle que acababa de cumplir cuarenta y dos años y se sentía solo en el mundo. Contarle que la vida, en los últimos meses, había sido dura con él. No hacía mucho que se había divorciado, lo cual le había deprimido enormemente. No tenía hijos, sus padres hacía tiempo que habían muerto y estaban enterrados en Oporto, adonde él había viajado, tras años de ausencia, para firmar el contrato de venta de la última de las lavanderías —de la cadena Sentinela— que le quedaba en esa ciudad.

Había pensado en contarle todo esto en el Magestic, pero la muchacha no se había presentado. A lo largo de las dos horas de resacosa espera inútil en aquel café, había tenido tiempo de sobras para reconstruir lo que había estado haciendo en Oporto hasta entonces, para recordar, por ejemplo, cómo el día anterior, una vez firmado el contrato de venta, había estado cenando solo en un restaurante de la Rua de Santo Ildefonso y después se había dado una larga vuelta por algunos locales nocturnos de Oporto. Se había aburrido —cuando estaba sobrio era muy tímido— en el Paradiso y en el Fontainhas, y eso que en este último local había intentado divertirse jugando en la barra a hacerse el interesante, a llamar la atención. Hizo todo lo posible para que la gente pensara que no estaba tranquilo, y para ello se puso en la piel de alguien que poco antes había robado una cantidad importante y temía que le reconocieran. Se dedicó a comportarse de manera sospechosa, pero pronto advirtió que se divertía solo, pues nadie en el local le hacía el mínimo caso. Molesto por la indiferencia de la gente, decidió subir el tono de la representación. Al pedir su segundo gin-tónico y, como ya había ocurrido con el primero, verse obligado a pagarlo enseguida, sacó un gran fajo de billetes, atados con una gruesa goma —era el dinero que había conseguido regatearle al intermediario de la venta de la lavandería—, y aguardó impaciente la mirada dura y bruscamente atenta del barman. Pero éste no le hizo tampoco ningún caso, se limitó a cobrarle como si no hubiera visto nada.

La decepción por el fracaso de su puesta en escena le condujo a beber cuatro gin-tónicos casi seguidos y a abandonar muy molesto, poco después, el



Fontainhas. Ya en la calle fue cuando se encontró con los vendedores ambulantes entre los que se encontraba, en una pequeña tienda de camping, la adivina. El alcohol le dio coraje para atreverse a conocer cuál era su destino. Entró en la tienda y, tras ofrecerle la adivina varias modalidades de leer el futuro, eligió la de la bola de cristal. Por unos momentos, se sintió algo mareado, consecuencias del alcohol ingerido y también de cierto pánico que de pronto le había invadido al darse cuenta de la imprudencia que acababa de cometer, pues siempre había pensado que era muy peligroso conocer el destino.

La adivina levantó lentamente los ojos de la bola, le miró, frunció el ceño, volvió a mirar la bola, y finalmente se acercó al hombre borracho y, susurrando, le dijo que en Oporto tendría un encuentro muy raro y que no podía decirle absolutamente nada más.

—¿Nada más? —preguntó angustiado Pablo.

—Un encuentro raro, muy raro, rarísimo.

—¿Pero cómo de raro?

—Así de raro —le dijo la adivina, y le mostró una planta seca y esmirriada que estaba al lado de la bola de cristal.

—¿Qué es eso? —preguntó Pablo.

La adivina le dijo que era un fetiche africano, un viejo residuo hortícola, un ejemplar de *artemisia* marítima, un remedio de gran eficacia para los encuentros inesperados.

—Qué raro —dijo Pablo, y después gruñó, pagó y salió a la calle, no quería continuar ni un minuto más en la tienda.

Poco después, entraba en el Aniki Bobó, donde tras beber tres gin-tónicos iba a encontrarse con Luiza, con esa muchacha con la que acabaría concertando una cita de amor para la mañana siguiente.

Había pensado contarle todo esto a ella en el Magestic, pero Luiza no se había presentado, tal vez se había simplemente reído de él, de su ímpetu de viajero. Si es así, pensó Pablo, no puede ser algo más doloroso para mí.

Él había puesto todas sus esperanzas en la muchacha, la había visto como una perfecta tabla de salvación para poder seguir sintiéndose joven. Hasta tal punto la había visto así que había pensado en bromear con ella y, en cuanto la tuviera sentada a su mesa del Magestic, llamarla Mephista y, haciéndose el

original, decirle que llevaba tiempo buscándola, buscando hacer un pacto razonable con el diablo, con un demonio que siempre había sabido que era mujer.

Había preparado a fondo esta intervención, que consideraba muy original. Estaba dispuesto a jugar muy fuerte, a no irse de Oporto —necesitaba, a toda costa, no seguir sintiéndose un pobre viejo— hasta haber conquistado a la muchacha, hasta haberla convencido de casarse con él —sí, no le valían las medias tintas—, hasta llevársela a vivir a Madeira. Estaba seguro de que era la mujer de su vida, su intuición —apoyada en los efluvios de su resaca profunda— así se lo indicaba.

Quien tuvo retiene, pensaba Pablo. A causa de su edad, sus artes donjuanescas habían quedado menguadas, actuaba algo acomplejado al saberse un cuarentón. Pero esta vez será diferente, se dijo Pablo, poniendo todas sus esperanzas en aquella muchacha apenas entrevista en la oscuridad del Aniki Bobó. Necesitaba —más allá de la original frase que tenía preparada— un pacto urgente con el diablo y recuperar la fuente de la eterna juventud. No podía dejarse aplastar por el paso de los años, era absolutamente preciso que conquistara a la mujer de su vida y abandonara su molesto complejo de hombre viejo y acabado.

Mientras Pablo pensaba en todo esto y vivía trágicamente los últimos minutos de su frustrada espera de dos horas en el Magestic, su tío de Barcelona escribía en el Hotel da Bolsa la envenenada postal dirigida a su hijo, a su odiado pintor de puertos metafísicos. Y mientras uno vivía los últimos minutos de su vana espera y el otro destilaba veneno a raudales, la lluvia en Oporto empezaba a dejar de ser invisible y fantasmal para encaminarse hacia lo que no tardaría en ser un fuerte diluvio que, cuando cayó ya con máxima intensidad sobre Oporto, no le pareció a Mayol un contratiempo suficiente como para impedirle salir a la calle a echar cuanto antes la postal envenenada a su hijo.

Fue sobre la una y media de la tarde cuando, al amparo del portal en el que se había refugiado, Pablo veía pasar a su tío de Barcelona ofreciéndose impasible a los chorros de agua —algo que Mayol vivía simplemente como un gesto de libertad que le estaba vedado en Barcelona— para poco después doblar una esquina y dejar confundido a Pablo, que se sentía tan mal después

de la cita frustrada que, al mirar su reloj y pensar que no le estaba dando la hora exacta —está claro que andaba buscando cualquier pretexto para enfadarse—, se lo llevó al oído, le dio cuerda brutalmente, se quitó la pulsera, sacudió el reloj con el puño, lo volvió a auscultar, luego lo arrojó al suelo mojado, lo aplastó como una cucaracha y, avergonzado por lo que acababa de hacer, se tapó la cara con las manos, como si ya no quisiera durante aquel día ver nada más, como si no pudiera resistir la visión de aquella cucaracha muerta bajo la lluvia, como si no quisiera volver a ver alucinaciones como la de su tío pasando enloquecido delante de él. Ya sólo le faltaba ponerse a llorar.

Poco después, ya ni eso le faltaba. Rompió en un tímido pero amargo llanto —solía sucederle cuando las resacas eran duras—, nunca se había sentido tan trágico y raro, infinitamente desgraciado. Estuvo en aquel portal durante un rato, hasta que, al cesar la intensidad de la lluvia, se decidió a buscar un restaurante donde poder almorzar. Hacia las dos de la tarde, mientras él estudiaba el menú de un local próximo a la Rua de Morgado Mateus, entraba Mayol en un restaurante de la Rua de Bonfim.

Por lo que he podido saber —he sido testigo de la reconstrucción detallada, por parte de ambos, de sus pasos y de su horario durante aquella jornada en Oporto—, es más que probable, no es nada disparatado decir que tío y sobrino llegaron a estar ese día varias veces a punto de encontrarse. Eso pudo ocurrir, por ejemplo, a las cuatro de la tarde, poco después de que Pablo se comprara un nuevo reloj y Mayol, que se había entretenido más que su sobrino en el almuerzo, saliera del restaurante de la Rua de Bonfim. En esa calle de Oporto fue donde pudo producirse y no se produjo el primer encuentro entre ellos.

Dependemos siempre de la casualidad, del azar dependemos. Pero es más que posible que a esa hora de la tarde el azar en Oporto estuviera descansando. No debe ser visto lo que digo como una ligereza. Es más que probable, repito, que ese día, a la hora de la siesta, la casualidad de las calles en aquel puerto atlántico hubiera decidido tomarse un merecido descanso y se hubiera quedado apaciblemente dormida, sin capacidad de acción, lo que podría explicar que, aun encontrándose —tal como me parece más que probable— de frente los dos, tanto tío como sobrino se cruzaran sin verse,

quizás porque andaban muy concentrados en sí mismos.

Viajar es, sobre todo, un clima, un estar a solas, un estado discretísimo de melancolía y soledad. En la Rua de Bonfim podrían haberse visto —nada más fácil—, pero no se vieron. A mí me da a veces por imaginarles a los dos por esa calle, aquel día, a las cuatro de la tarde, andando encogidos, como maltratados por la vida, absortos los dos en sus respectivas soledades, incapaces de ver nada que no fueran sus desesperadas almas. Podrían haberse visto pero no se vieron. Sesteaba el azar en la ciudad de Oporto y, además, ellos marchaban por la Rua de Bonfim con *saudade* y hundidos en sus propios pensamientos, preguntándose qué podían hacer en las horas siguientes.

Es como si los estuviera viendo ahora mismo. Cabizbajos, las manos en los bolsillos, el paso triste, caras desencajadas.

—¿Y ahora qué? —dice el uno.

—¿Y ahora qué? —dice el otro.

Pablo, que tenía un billete de avión a Madeira para el día siguiente y le sobraba tiempo, no quería recurrir a los conocidos que le quedaban en Oporto porque en los últimos años se había distanciado mucho de ellos y, además, no tenía ganas de hablar de su divorcio o de lo bien que marchaban sus lavanderías de Madeira. Andando triste por las calles de aquella fascinante ciudad de casas de color terroso, Pablo acabó decidiendo de pronto que buscaría por todo Oporto a Luiza, y se dijo que tarde o temprano el azar acabaría situándole delante de ella y podría por fin llamarla Mephista y, haciéndose el original, decirle que llevaba toda la vida buscándola y que, al haber tardado tanto en encontrarla, no le quedaba otro remedio, dado que era ya un cuarentón, que sellar un pacto razonable con el diablo, con ese demonio que siempre había sospechado que era mujer y se llamaba Luiza.

Y mientras Pablo se aprendía de memoria las frases que le diría cuando la encontrara, Mayol, por su parte, decidía llevar a cabo —se le había ya medio ocurrido mientras saboreaba el exquisito bacalao del almuerzo— la búsqueda de las huellas que podían quedar todavía del paso de su cuñado Pablo por aquella ciudad. Creía recordar que el hijo vivía en Madeira pero conservaba todavía en Oporto alguno de los establecimientos de su cadena de lavanderías. Mayol no recordaba el nombre de esa cadena, pero decidió ir al

hotel y pasar revista a todas las que aparecían en el listín telefónico.

En contra de lo que pueda parecer, no era la búsqueda que se había propuesto nada gratuita, sino algo que le resultaba vital, ya que podía permitirle —temía los efectos de una soledad excesiva— contar con un pretexto perfecto para empezar a relacionarse con la gente de Oporto, lo que más le urgía en aquellos momentos.

En el cuarto del Hotel da Bolsa, cuando se disponía a consultar la guía de teléfonos —su primer paso para convertirse en improvisado detective—, se despistó un buen rato por culpa del televisor que se había encendido al pulsar el interruptor de la luz y que se dedicaba a informar en aquel momento sobre John Glenn, el hombre que, al convertirse en el primer norteamericano que había hecho un viaje orbital en torno a la Tierra, encarnó en su día —hacía ya treinta y seis años— la recuperación de la confianza en sí mismos de unos Estados Unidos que se sentían acomplejados porque se les estaban adelantando en la conquista del espacio.

Mayol se quedó medio embobado siguiendo aquella información. Glenn tenía su misma edad, pero no fue eso lo que secuestró su atención sino una frase del veterano astronauta —«Lo veo como otra aventura en lo desconocido»—, que fue la antesala de la noticia optimista de que Glenn acababa de declararse voluntario para experimentos en el espacio sobre la ausencia de gravedad en las personas de edad avanzada.

Lo que más le interesó a Mayol fueron las palabras del administrador de la NASA, que había dicho: «Vamos a demostrar que los ciudadanos de edad también tienen lo que hay que tener».

Mayol asintió con la cabeza. No se había sentido tan optimista desde que había salido de Barcelona. Se le ocurrió que en Cataluña habría muchos menos parados si la gente, al igual que en Estados Unidos, hubiera sabido acostumbrarse a la idea de que cualquier edad era buena para volver a empezar. En Estados Unidos —acababa de oírlo en la televisión— millones de hombres y mujeres cambiaban, sin problemas, de carrera y residencia.

Después, cuando dejó de ser hipnotizado por aquel reportaje, recordó qué había ido a hacer a su cuarto de hotel. En su consulta de la guía telefónica no tardó en dar con Sentinela, el nombre olvidado. Anotó la dirección de la lavandería buscada, Rua Formosa, no estaba demasiado lejos de donde se

encontraba. Se acordó de que treinta años antes había bromeado con el nombre de esa calle, ya que parecía idóneo para montar lavanderías chinas. Se acordó del viaje aquel de hacía treinta años y de cómo, recién llegados a Oporto, su cuñado se había limitado a enseñarles, a velocidad supersónica, la plaza de Sé y los muelles de Vila Nova de Gaia, se había limitado a darles una vuelta rápida por la ciudad y a proponerles salir de ella cuanto antes, ya que, según él, había en Portugal lugares que les podían interesar mucho más, lugares que —sin decirlo explícitamente— él consideraba más atractivos para Mayol, en quien veía a un hombre básicamente interesado por el juego, la política y la riqueza. Por eso les llevó, por ejemplo, a Estoril, donde había un casino de juego y estaba la casa de Juan de Borbón.

Mayol recordó perfectamente esto y también el momento en Lisboa cuando, admirando el puente de hierro sobre el Tajo, cayó en la cuenta de que Pablo no le veía a él capaz más que de admirar puentes de progreso, casinos o residencias de monarcas sin corona. Entonces le ordenó, le obligó a regresar de inmediato a Oporto, donde se pasó el resto del viaje admirando de forma incluso exagerada todo, absolutamente todo, lo que había en esa ciudad.

La lamentable visión que tenía de él su cuñado fue sin duda lo que más grabado le había quedado a Mayol de aquel viaje ya lejano en el tiempo.

—Crees que soy un nuevo rico y no soy capaz de apreciar Oporto, ¿no es eso? —había llegado a decirle Mayol, profundamente molesto, muy ofendido.

En su afán por encontrarlo todo maravilloso en Oporto, Mayol había llegado al extremo de repetir hasta la saciedad que las lavanderías Sentinela eran las mejores del mundo, sobre todo el establecimiento de la Rua Formosa, que era el más amplio y el más bonito —la decoración era art decó, pero Mayol no sabía qué diablos significaba art decó y hasta le parecía cursi pronunciar ese nombre, de modo que prefería decir bonito— y el más céntrico de todos.

Mayol salió del hotel y, tras un agradable paseo —ya había dejado totalmente de llover—, se plantó ante la lavandería. Era urgente que entrara en contacto con habitantes de Oporto. No ignoraba —digo yo— que todos los hombres y todas las ciudades están perdidos en su soledad. No ignoraba esto, pero sabía que si no se relacionaba pronto con alguien podía volverse loco.

Nunca había viajado solo en toda su vida, no conocía los trucos —que suponía él que existían— para relacionarse con desconocidos que viven en otros países. Por eso se sentía tan orgulloso de haber dado con una fórmula bastante ingeniosa para relacionarse: simulando que no sabía que había muerto, hacer como que buscaba a su cuñado, iniciar una investigación para averiguar quién se acordaba del paso de éste por aquella ciudad. A Mayol le parecía un pretexto perfecto.

—Quisiera ver a mi amigo Pablo Setvalls —dijo nada más entrar en la lavandería.

Había dos jóvenes negras de origen angoleño detrás del artístico mostrador, dos chicas de risa fácil —se pasaban el día fumando marihuana, pero eso Mayol no podía ni imaginarlo—, que se quedaron mirándole fijamente sin contestarle, torpes y lentas de tanta droga tragada. Hasta que una estalló en una leve risa mientras la otra dejaba de piedra a Mayol al decirle:

—Estuvo por aquí ayer cuando todavía era nuestro dueño. Hoy ya no lo es. Lo vimos ayer, pero no va a volver nunca más por aquí.

Mayol se quedó mirando aterrado a las dos empleadas sonrientes, hasta que cayó en la cuenta de que se referían al hijo de su cuñado, a su sobrino Pablo, el que vivía en Madeira.

—Ya, claro. Ya entiendo —dijo entonces—. Estuvo ayer por aquí, pero no volverá más.

Eso dijo Mayol para a continuación levantar la voz y decir que en realidad no entendía nada y exigía que le explicaran por qué diablos no había de volver a pisar Pablo Setvalls nunca más aquella lavandería.

Caras de estupor de las angoleñas. Mayol abandonó el tono expeditivo al descubrir que las dos le gustaban mucho. Eran bellas, seductoras y, además, las batas blancas que vestían insinuaban debajo de ellas unos cuerpos perfectos.

—Si es que se puede saber —añadió entonces Mayol con suavidad.

Las dos negras rieron con una gracia especial. Era la primera vez, a lo largo del viaje, que Mayol sufría en su propia carne el conflicto que, desde que se sentía viejo, se había instalado dramáticamente en su vida: el choque entre el deseo todavía vivo y el vigor físico ya declinante.

—Si es que se puede saber —repitió Mayol.

Entonces, como si de repente hubieran remitido los efectos de la marihuana, casi a dúo las angoleñas le explicaron lo que sucedía, le contaron que el día antes Pablo había vendido el negocio y no tenían idea de por dónde paraba en Oporto, suponiendo que continuara en la ciudad. Mayol se fue de la lavandería muy contrariado, tanto porque su vida de detective había sido ridículamente breve —no sabía por dónde seguir para, a través de su investigación, confirmar que no quedaba ya casi rastro alguno del paso de su cuñado por aquella ciudad—, como porque su pretexto para relacionarse con gente sólo había servido para recordarle que la carne era triste.

Sobre las siete de la tarde encendía Mayol su primer cigarrillo del día, y lo hacía sentado en el Magestic, un fantástico café antiguo que le recordaba los grandes cafés desaparecidos de Barcelona. Lo acababa de descubrir andando por la Rua de Santa Catarina y se sentía feliz de haber entrado. Además, estaba muy cansado, pues no había parado de hacer turismo. Había visitado la catedral del siglo XII, el Cais da Ribeira, la iglesia de Sao Francisco y el Museo Soares dos Reis. Estaba agotado, pero feliz de haber encontrado un lugar agradable para poner orden a sus pensamientos.

No me ha pasado nada especial desde que he salido de viaje, pensó Mayol. Aunque de forma algo vaga e imprecisa, él había confiado en que salir de viaje podía convertirle en el protagonista de una de esas historias —que en tantas películas había visto— en las que una persona, al salir de viaje, comenzaba a vivir nuevas e intensas experiencias porque se veía involucrado en las intrigas más disparatadas. Sin embargo —tal vez aquello casi siempre ocurría sólo en el cine—, nada especial le había pasado desde que había salido de Barcelona. Se aburría y, además, ya había visto todo lo que tenía que ver en Oporto. ¿Qué pensaba hacer al día siguiente? ¿Visitar más iglesias y museos? ¿Buscar una casa en Oporto para empezar una incierta nueva vida? ¿Qué se le había perdido en aquella ciudad? Su mujer tenía razón cuando le había preguntado qué se le había perdido en Oporto. Quizás fuera mejor perder de vista Oporto cuanto antes, seguir el viaje o simplemente regresar a Barcelona, donde al menos tenía una tertulia de amigos y un paisaje familiar y, además, tenía a su hijo mayor padeciendo una crisis galopante de la que tal vez podría ayudarle a salir.



Le entró una angustia cósmica, un desasosiego profundo al ver que no sabía por dónde encaminar sus pasos en la vida. Parecía uno de esos adolescentes confusos que no saben cómo enfocar su porvenir. Un camarero del Magestic le interrumpió tanta angustia al preguntarle qué iba a tomar. Pidió un oporto —al igual que el cigarrillo era el primero del día— y, tratando de burlar del todo su amargura, buscó darse ánimos diciéndose que quizás la mejor preparación para sobrellevar la vida fuera aprender el arte de romper con todo lo que nos resulta atractivo o nos parece imprescindible, tal vez la mejor preparación fuera concebir la vida —aunque ésta hubiera ya entrado en su última etapa, o precisamente a causa de esto— como una serie de rupturas esenciales con todo, convertirse en un perito en despedidas. Era en definitiva lo que en los últimos días había llevado a cabo. Ya sólo le faltaba despedirse de Oporto e ir a otra ciudad para despedirse también de ella, de la otra ciudad, y así hasta el infinito. Era preciso no sentirse atado a nada, ni siquiera a la posibilidad de echar raíces en algún lugar maravilloso. Decidió que no le interesaba, a su edad, convertirse en el protagonista de ninguna aventura de película y que si acaso lo mejor sería convertirse en el protagonista de una simple sucesión de despedidas. Como a veces era muy estricto, pensar esto precisamente le llevó a despedirse de la idea de convertirse en un perito en despedidas. Decidió, eso sí, que al día siguiente dejaría Oporto y repetiría el viaje que treinta años antes había hecho, con su cuñado y las respectivas familias, a Lisboa, donde buscaría algo que le retuviera en esa ciudad. Si no lo encontraba, siempre le quedaba el recurso de volver a convencerse de que le convenía ser un perito en despedidas.

Sobre las siete de la tarde, en el Magestic, pedía Mayol su primer oporto, y no mucho después, sin llegar a entrar en el café, desde la misma puerta Pablo asomaba su nariz en el local, y lo hacía ya bastante amargado tras la búsqueda —infructuosa, tal como se había temido— de Luiza por toda la ciudad. Mayol se hallaba sentado de espaldas a la entrada, porque había encontrado la posición perfecta para tener la mejor vista sobre una joven y bella cliente que leía, con desmesurada atención —juzgó Mayol—, un libro. No vio, por tanto, cómo asomaba Pablo su nariz en el local. Y tampoco Pablo lo vio a él, ya no sólo porque Mayol se hallaba de espaldas a la puerta, sino porque, buscando a Luiza, sólo se fijó en las mujeres del café. Al no ver a la

mujer buscada, Pablo siguió su vacilante camino —había empezado a emborracharse— por la Rua de Santa Catarina, donde al igual que había hecho en el Magestic sólo fijaba su atención en las mujeres.

No creo que sea una ligereza si ahora digo que el azar en Oporto ya no dormía la siesta pero seguramente —puesto que no se había molestado nada en algo tan fácil como hacer que tío y sobrino se encontraran— había iniciado una huelga parcial que, en cualquier momento, podía convertirse en una huelga total. Esa huelga parcial continuaba en pie a las doce de la noche cuando Mayol, en su cuarto del Hotel da Bolsa, no pudiendo dormir, se asomó a la ventana. Estaba inquieto, mortificado por su aplastante soledad, y no hacía más que buscar un sentido mínimo a su viaje y recordar la frase del astronauta Glenn, que había dicho que su nuevo viaje lo veía como una aventura en lo desconocido.

Asomado allí en la ventana, de pronto vio tambalearse a un hombre en la incierta luz de las farolas. En la arriesgada e imprecisa seguridad de sus movimientos se advertía al bebedor habitual. Los zapatos del hombre chapoteaban en los charcos, chocaban con los adoquines desiguales, se hundían en la grava, se envolvían en el polvo. La niebla le golpeaba la cara como algodón húmedo, el viento le sacudía los mechones grises que asomaban bajo el grotesco sombrero que se había comprado al atardecer y que le hacía irreconocible.

El hombre tenía sólo cuarenta y dos años, pero sentía que en los últimos meses —abandonado por su mujer, que había vuelto a casarse— había envejecido terriblemente y se habían marchitado y perecido las imágenes del paisaje de su vida antaño tan claras, tan luminosas y brillantes. El hombre notaba que en su mente, hacía ya meses, se había abierto poderosa, dramática, envolvente, la bóveda del horror. El hombre presentía que podía alcanzarle la muerte en vida mucho antes de lo que siempre había previsto, sobre todo si no reaccionaba ya, si no trataba de huir del irrespirable espacio en el que se movía su vida desde que se había divorciado y su mujer se había casado con un hombre joven y él había empezado a sentirse muy viejo y a vivir una existencia que era pura angustia del ahogo y hambre de aire, necesidad urgente de volver a ser joven y olvidarse de su cercano desembarco en la orilla de la última realidad.

Ese hombre era Pablo avanzando al filo de la medianoche, tambaleante porque había bebido mucho y también porque le mareaba ver ante sí la soledad sin nombre del azar, de un azar que se había escondido en los muelles de Oporto y se negaba a colaborar con él. Ese hombre era Pablo, que se dirigía con hambre de aire vital hacia el Aniki Bobó, donde tampoco iba a encontrar a la mujer que había estado buscando todo el día, pues el azar en Oporto se había declarado ya en huelga total.

Mayol vio pasar al hombre tambaleante y lo último que se le ocurrió es que pudiera ser su sobrino de Madeira. El hombre tambaleante, por su parte, menos aún pudo ver a su tío de Barcelona asomado a la ventana de su cuarto del Hotel da Bolsa, ya que no se enteraba de nada de lo que a su alrededor había. El hombre nada sabía, por ejemplo, del cielo negro que se desplegaba por encima de las copas de los árboles de la Rua Ferreira Borges. El hombre aquel, por no enterarse, ni se enteraba del grito nostálgico de los trenes de la estación de São Bento, de los trenes que lloraban a lo lejos poco antes de abandonar Oporto y lanzarse solos hacia realidades distintas, las realidades de ciudades como Lisboa, por ejemplo, adonde Mayol pensaba viajar al día siguiente.

El hombre aquel, como las ciudades distantes por las que lanzaban sus lamentos los trenes, no hacía más que ir —digo yo— al encuentro de su propia desesperación.

Mayol, sin saber que el hombre del sombrero era su sobrino Pablo, cerró de golpe la ventana y se quedó recordando el fascinante espectáculo que había presenciado aquel día al anochecer, cuando las luces se habían ido encendiendo en las laderas de la ciudad. Mayol cerró de golpe la ventana y recordó aquel anochecer y poco después le escribió una nueva postal a su hijo Julián, limitándose a decirle algo así como que al día siguiente viajaba a Lisboa y que se sentía por fin felizmente solo como un hermoso y maquillado cadáver en su primer día de tumba.

Escrita la postal, que jamás echó a un buzón, regresó a la ventana, pero sin abrirla esta vez. Miró al cielo y se extasió un largo rato con la luna y finalmente bajó la vista a la calle. El transeúnte tambaleante y trágico ya no estaba. Mayol imaginó que aquel pobre hombre se había perdido en su propia soledad. No imaginó —es lógico— que volvería a verle a los pocos días, a la

hora del crepúsculo, en un extraño puerto lejano.

## SINTONICE CON LA CULTURA

A veces tengo la impresión de que surjo de lo que he escrito como una serpiente surge de su piel. Es muy posible que tenga algo de ofidio, o sea de serpiente. Y creo que de la ciudad de Lisboa podría decirse algo por el estilo. Laberíntica, con miradores que ofrecen vistas extenuantes y con la eterna verdad vacía de su cielo, triste y cautivadora como ninguna, Lisboa es airosa en su serpentear, es una ciudad que a veces parece surgir como una serpiente surge de su piel. Atrapa al visitante, atrapó a Mayol. Por lo que he podido saber, Mayol fue consciente bien pronto de la condición de ofidio de Lisboa, la ciudad blanca para algunos, la ciudad azul atlántico para mí.

Mayol supo descubrir muy pronto esa condición de ofidio de Lisboa, lo descubrió con la misma sencillez con la que otros viajeros, recién llegados a la ciudad, descubrieron su esencia al oír los gemidos roncós de un fado en una radio lejana. Las personas que viajan solas tienen un sexto sentido, una especie de facilidad o capacidad de percepción muy superior a la de las que viajan acompañadas y todo el rato están hablando como cotorras y no se fijan en nada, incapaces de captar detalles como el que cazó al vuelo Mayol, a las pocas horas de llegar a Lisboa, en la iglesia del monasterio de Os Jerónimos, donde descubrió talladas en el coro, en sus dos grandes columnas, las formas sinuosamente mágicas de dos serpientes, y de inmediato decidió relacionarlas íntimamente con la ciudad. Las relacionó de una forma pedestre, pero profundamente intuitiva, y el hecho es que supo establecer la relación, que es lo que, a fin de cuentas, importa realmente.

Mayol relacionó serpiente con Lisboa porque siempre había oído decir

que las mujeres eran como serpientes y también porque siempre le había parecido que era verdad eso de que las ciudades son mujeres y que cada una tiene su manera propia de agradar. Y a Mayol le había agradado Lisboa desde el momento mismo en que pisó las calles de la Baixa y fue hasta Cais do Sodré, le agradó enseguida la ciudad, sobre todo porque se sintió alcanzado por la rara sensación de haber estado toda la vida en aquellas calles, de haber estado siempre allí.

Una sensación parecida la tuve yo hace cuatro años cuando, recién llegado a Lisboa, donde iba a pasar veinte meses inolvidables, tuve la impresión, andando por la Rua do Ouro, de que aquella por la que iba había sido siempre mi calle. Pasé en Lisboa casi dos años, trabajando de conserje en el Hotel Internacional, en Praça do Rossio. Fue mi primer empleo en la vida, tenía veinte años y, en los primeros meses, cuando no estaba en el Internacional, me dedicaba exclusivamente a leer, a leer mucho y a practicar la *saudade*, que era y es un sentimiento que me encanta pese a que no sé muy bien en qué consiste, tal vez me guste precisamente por eso, porque puede ser lo que uno quiera.

Lo cierto es que me pasaba el día trabajando en el Internacional y leyendo en las horas libres hasta que unos meses después de mi llegada también empezó a interesarme tener novias. Tardé, eso sí, unos cuantos meses en decidirme a cortejar a las chicas. Fueron los meses que necesité para quitarme de encima el miedo que le tenía al mundo y a las mujeres. De ese miedo tenía la culpa la excesiva protección que me habían dado mis padres. Por eso dejé Sevilla y lo confortable del cariño familiar. No podía seguir de aquella manera, ser toda la vida un hijo protegido. Por eso dejé de ayudar a mi padre en su negocio de filatelia, junto a la Torre del Oro. Necesitaba ser un empleado de verdad, no un empleado de ficción al servicio de mi padre.

A los pocos meses de estar en Lisboa, de estar bien ocupado con ese trabajo que en cuanto me diplomé en Turismo supo encontrarme un familiar, empecé a superar mis problemas con el mundo, comencé a relacionarme con toda clase de gente y a abandonar mi protector y castrante ámbito sevillano, empecé a tener novias.

No quiero hablar mucho más de mí, tan sólo decir que recuerdo que ya de niño veía a la gente hablar en la calle y me preguntaba de qué estarían

hablando y si tenían algo realmente que decirse. A veces me acercaba a ellos y entonces dejaban automáticamente de conversar, era como si les diera pavor que me incorporara a sus charlas. Va siendo un joven estudiante de Turismo, a veces iba a los bares con la intención de abrirme al mundo, pero tan sólo conseguía hablar con el camarero, déme un refresco, y algo más tarde, déme otro. Hay mucha gente en este mundo para conversar, me decía mi madre, como sufriendo al verme tan tímido, tan cerrado, hablando solo con la familia o cruzando frases entrecortadas con la gente del barrio o con los retrasados mentales que estudiaban conmigo Turismo. A veces veía a gente viajando en transportes públicos, conversando animadamente entre ellos. Me preguntaba adónde irían tan dicharacheros y de qué podían estar hablando. Hacen su vida, me decía mi madre, déjalos en paz. Con esto, mi madre demostraba que en el fondo no quería que me liberara de su férrea tutela. Hice bien en irme de Sevilla, en emigrar como emigran los pájaros, en emigrar como después de todo también hicieron mis padres cuando, teniendo yo diez años, dejaron Madrid y se fueron con la filatelia a otra parte, se fueron al sur.

Hice bien en irme a vivir a Lisboa y después, pasados unos meses, creo que hice bien en irme de Lisboa y marcharme en busca de otros ambientes. En estos cuatro años últimos he pasado de ser un tímido total a casi todo lo contrario. Está claro que pertenezco a ese tipo de personas que no se asustan ante lo difícil. Yo, en muy poco tiempo, he aprendido a relacionarme y a no tener un miedo absurdo al mundo.

Yo estoy satisfecho de haberme convertido en un ser desenvuelto. A muchos les parecerá una tontería, pero para mí ha sido algo muy importante. De no haberme espabilado, estoy seguro de que lo habría pasado muy mal. No quiero ni pensar qué sería de mí ahora si estuviera todavía vendiendo sellos al lado de mi padre. Menos mal que se me ocurrió estudiar Turismo, que es una estupidez de carrera, pero que es mejor que nada. En mi familia no había presupuesto para más, y yo tampoco me quejo. Me ha sido suficiente para alzar el vuelo, para meterme a fondo en la vida, que en realidad era lo único que me interesaba: huir del destino del hijo protegido que parecían tener programado para mí. Pero en fin, basta de hablar de uno mismo. A veces surjo de lo que escribo como una serpiente surge de su piel, pero creo

que habrá de sentarme bien regresar a mis cuarteles de invierno, donde por el momento estoy mejor.

Por lo que he podido saber, Mayol, pese a su larga experiencia en la vida, también conoció en su momento lo que era tener problemas para relacionarse con desconocidos. No tenía precisamente ese problema cuando vivía en Barcelona, pero tanto en Oporto como en Lisboa vivió dificultades a la hora de relacionarse. En Barcelona es muy posible que no tuviera en ese sentido problema alguno, puesto que hablaba siempre con amigos, familiares o conocidos. Pero en cuanto se abrió al mundo, descubrió que no era tan sociable como pensaba. En Oporto ya hemos visto su fracaso, por ejemplo, cuando quiso investigar qué clase de huellas había dejado su cuñado Pablo en aquella ciudad. Y en Lisboa las mismas dificultades para relacionarse con gente nueva. Parezco un adolescente, llegó a pensar Mayol, avergonzado de haber descubierto su incapacidad para conectar con desconocidos y también su incapacidad —añadiría yo aquí— para iniciar una vida nueva fuera de Barcelona.

Era como para pensárselo. Él, que había tratado con profesionales del póquer, con políticos amorales, con negociantes sin escrúpulos, parecía haber perdido de golpe su don de gentes. Primero en Oporto y después en Lisboa, al igual que en una época me había pasado a mí, casi sólo hablaba con taxistas o camareros, sobre todo con camareros, déme un café, y algo más tarde, déme otro, y algo después, ahora déme un vino de Oporto.

Empezó a plantearse si no sería conveniente convertirse a los ojos de todo el mundo en un profesional del póquer, decir que se llamaba Antonio Geli y que su apodo era el Francés y entrar en contacto con los tugurios de juego de Lisboa. Podía ser una manera de relacionarse, de empezar a llevar una vida normal y corriente en Lisboa. Mayol necesitaba algo así. Había empezado a notar que tenía *saudade* de vida corriente o cotidiana. Y, por sorprendente que parezca, los profesionales del póquer —bien que lo sabía él— llevan vidas normales, son como oficinistas, acuden regularmente cada noche a la mesa de juego, ya casi sólo les falta fichar. Mayol necesitaba llevar una vida como la de todas las personas normales, no podía eternizarse como turista solitario. Ser Antonio Geli podía ser una buena solución. Otra era, por ejemplo, ir a la sede del Partido Demócrata-Cristiano portugués y presentar



sus credenciales de político catalán retirado. Seguro que iban a hacerle algún caso, quién sabía si no le abrirían las puertas de alguna misión interesante. Y otra solución era, por qué no, montar cualquier clase de negocio que le llevara a tener que tratar con todo tipo de gente interesada en trabajar con él. En fin, lo que para Mayol estaba claro era que no podía continuar de aquella forma, andando como un fantasma errante por las calles de Lisboa.

Claro está —digo yo— que de no haber sido un fantasma errante no habría podido descubrir en la iglesia de Os Jerónimos esas dos serpientes que, medio disimuladas en lo alto de dos columnas del coro, parecían estar protegiendo, desde su elevada situación, los monumentos funerarios de Camões y Vasco da Gama. Así que no hay mal que por bien no venga, pues está claro que gracias a tanta soledad pudo —a su manera, de una forma pedestre y hasta superficial, pero a fin de cuentas efectiva— descubrir las dos serpientes y, llevado por su tendencia a feminizar cuanto le seducía, llegar a la conclusión de que Lisboa era una serpiente.

Claro que también es verdad que a esa conclusión él no le concedía ni la menor importancia, se la concedo yo. En un tiempo récord —todavía hoy, cuando lo pienso, me muero de envidia—, Mayol había averiguado, alejado de cualquier contexto cultural, algo que yo, leyendo y estudiando sin parar, tardé una barbaridad de tiempo en saber. Por eso supongo que le doy tanto valor al conocimiento de algo tan sencillo como que la serpiente es el más antiguo tótem de la Lusitania, esa región ibérica que también llevó en su momento el nombre de Ophiussa o Tierra de la Serpiente y que hoy se llama Portugal.

Por lo que he podido saber, sin excepción alguna los pueblos de la antigüedad que arribaron a la desembocadura del Tajo tenían algo que ver con la serpiente. Eva, o quizás Lilith, su tentadora y enemiga, fue en sus orígenes una divinidad fenicia relacionada con la serpiente. Y lo fueron también las diosas helénicas Artemisa, Hécate, y no digamos ya Perséfone, reina de unos infiernos cuya boca o puerta se encuentra a unos pocos kilómetros de Lisboa.

A esa puerta, a ese lugar tan impresionante que se llama Boca do Inferno, con su abismo espectacular sobre el Atlántico y lugar preferido de los suicidas lisboetas, viajó en taxi Mayol al día siguiente de su incursión en Os

Jerónimos. No sabía nada, por supuesto, de lo de Perséfone, y de haberlo sabido es muy probable que hubiera recibido la información con gestos y palabras de extrañeza.

—¿Perséfone? Cielo santo, ¿pero quién es la tal Perséfone?

Y es que, entre otras cosas, el tema de la serpiente le traía sin cuidado. No había sido más que una de esas deducciones pasajeras que hacía cuando estaba solo y se dejaba guiar por su intuición y buscaba entretenerse con el pensamiento. Él estaba más interesado en otras cosas. En descubrir cuanto antes personas nuevas. Eso lo consideraba urgente para su salud mental. Había conocido a muchas personas a lo largo de su vida, pero ninguna se encontraba ya a su lado. Necesitaba encontrar a alguna nueva, necesitaba casi con urgencia hallar una salida a su triste andadura de turista y fantasma errante por las calles de Lisboa.

Buscaba personas nuevas cuando en la parada de Praça do Rossio subió al taxi que había de conducirlo a Boca do Inferno. Subió al taxi con la idea de ir mucho más cerca, de ir a la Estufa Fría, el inmenso invernadero de la ciudad. Pero el carácter abierto del taxista que, además, tenía casi la misma edad que él y hablaba en un portugués lento y comprensible, le llevó a plantearse, a los pocos minutos, un cambio de ruta, un viaje más largo en taxi que le permitiera conversar con alguien, salir de su aislamiento sintiéndose durante un rato acompañado.

—¿Sabe qué le digo? Que nada de ir a la Estufa Fría, lo dejo para otro momento —dijo Mayol cuando acababan ya de enfilear la Avenida da Liberdade—. Me gustaría salir de la ciudad, ver los alrededores de Lisboa. ¿Adónde cree usted que podríamos viajar?

El taxista propuso entonces dirigirse hacia la Avenida Marginal, la carretera de la costa. Desplegó un arrugado plano y le mostró la ruta hacia Estoril, Cascais, Boca do Inferno, y un camino de regreso por la carretera de Sintra.

De ese itinerario Mayol retuvo sobre todo un nombre que hasta entonces nunca había oído, el de Boca do Inferno.

—Pues adelante —dijo Mayol—, no se hable más. Vayamos a Boca do Inferno. Vaya nombrecito, por cierto. ¿Sabe qué me gusta de los taxis de Lisboa? —Mayol se sentía algo eufórico, con ganas de conversación—. Pues

que no llevan radio. Al menos todos los que hasta ahora he cogido no la llevaban. Créame que para mí, que vengo de Barcelona, eso es una bendición del cielo.

—¿De qué cielo? —preguntó el taxista. Y esa pregunta un tanto fuera de lugar y desconcertante fue el punto de arranque de una conversación en torno al cristianismo, una breve conversación que fue toda ella rara y que no buscaba, por parte del taxista, más que desembocar en una plúmbea reflexión sobre la vejez.

Para llegar a esa reflexión, el taxista empezó por hacer una declaración extravagante, se definió como un pagano convencido.

—He llegado a un momento de mi vida —le dijo, entre otras cosas, a Mayol— en que necesito rezar. Por ese motivo me he inventado unos dioses y rezo ante ellos.

El taxista le contó que sus oraciones no se concretaban en palabras, ni en arrodillarse, sino en quedarse sentado e inmóvil —en una parada de taxis, por ejemplo— rezando a sus dioses. Y todo eso fue dicho por el taxista en un tono engolado y pedante, como queriendo hacerse pasar por una persona interesante, como tratando de indicarle a Mayol que él era algo más que un simple taxista.

—Bueno —le dijo Mayol, que ya no las tenía todas consigo respecto a la conveniencia de viajar con aquel hombre—, yo obro de forma parecida, sólo que soy católico y creo en un solo Dios. Pero que conste que yo tampoco me arrodillo para rezar. En eso creo que nos parecemos.

—Sobre todo nos parecemos en que somos viejos.

Esa frase inauguró la plúmbea reflexión, por parte del taxista, acerca de las bondades y desgracias que acarrea la vejez. Mayol sintió cierto malestar. Él no se consideraba exactamente un viejo y, además, encontraba horrenda la solidaridad entre ancianos. Contestando con monosílabos, en larga resistencia pasiva, logró finalmente que la conversación sobre el paso del tiempo muriera por sí sola. Tras unos minutos de silencio, el taxista intentó regresar al tema de la vejez y Mayol desvió la conversación preguntando qué era Boca do Inferno.

—Estoril, Cascais... —dijo Mayol—. Ya he estado en esos sitios, pero no me acuerdo de casi nada, estuve ahí hace treinta años. Por cierto, ¿qué es eso

de Boca do Inferno? Ahí, que yo sepa, no he estado nunca.

—No sé —dijo el taxista—, no sabría cómo explicárselo. —Por el retorno de la voz tan plúmbea como engolada, Mayol advirtió que se lo iba a explicar de arriba abajo—. Bueno, mire, hay un abismo impresionante sobre el mar. ¿Y qué más? En invierno las olas rugen con fuerza, empujadas por el viento del Atlántico. Las olas se estrellan con una fuerza terrible contra las rocas. Tiene fama de ser un lugar de suicidas. Pero no se asuste. En esta época del año lo que usted verá son familias, turistas... Hay un merendero agradable, se lo recomiendo...

Mayol se dijo que no le preguntaría ya nada más a aquel hombre tan pesado, empezaba a cogerle manía. Su manera de hablar era irritante, tenía el tono plúmbeo y pedante de esos hombres que creen que pueden hablar de cualquier tema. Pero callar, no preguntarle nada más al taxista, pronto vio Mayol que no era una solución. A aquel taxista le gustaba mucho escucharse a sí mismo y de paso tratar de demostrar que era algo más que un taxista. Comenzó a disertar, sin que nadie le hubiera preguntado nada, acerca de cómo eran las tormentas atlánticas que en invierno ensombrecían aquella carretera litoral por la que circulaban. Lo peor llegó cuando al taxista le dio por retornar al tema del paganismo y el cristianismo.

—Cuando yo era católico —dijo el taxista—, me ponían muy nervioso las historias de los mártires cristianos, sobre todo esos que morían devorados por los leones. Hasta que un día, estando yo en la Bolsa... No se lo he dicho, ¿verdad? Durante muchos años, fui un importante agente de Bolsa. No crea que he sido siempre taxista... Me ponían nervioso las historias de los mártires, hasta que un día me dije...

—Estoy dispuesto —le interrumpió Mayol— a reconocer que es usted un amable compañero de viaje, pero ahora quisiera pedirle que se callara un poco, me gustaría concentrarme en el paisaje.

Logró hacerle callar durante un buen rato, pero entre Estoril y Cascais la voz del taxista reapareció, sonaba ligeramente dolida:

—¿Puedo hacerle una pregunta? Me ha dicho que viene de Barcelona. Dígame, ¿los catalanes son españoles?

—Son catalanes.

—A usted no le gusta España. Como si lo viera... A usted no le gusta

nada, a mí tampoco, sobre todo Castilla, León. No me gusta nada España. Mire, mi apellido es Cardoso, no puedo sentirme más orgulloso de llamarme como me llamo. No puedo estar más contento de ser portugués. ¿Me comprende?

—No —dijo Mayol.

—¿No? Ahora me va a entender, es bien fácil. Yo, todos los domingos, cuando no trabajo, me dedico a pasear y me siento en uno de esos bancos, en uno de esos asientos públicos que el municipio ha puesto a disposición de los ciudadanos. Allí me quedo mirando el mar. ¿Y sabe por qué me encuentro tan bien sentado en uno de esos estupendos bancos?

—No —dijo Mayol.

—¿No qué? ¿Que no ha visto los bancos?

—Que no sé —dijo Mayol con fastidio— por qué se encuentra tan bien sentado frente al mar. Ni lo sé ni me interesa.

—Sí que le interesa. Me siento en uno de esos bancos, miro hacia la línea del horizonte, y me siento feliz porque estoy sentado de espaldas a España. ¿Qué le parece?

—Una solemne tontería —dijo Mayol.

—No se moleste usted, pero viendo su reacción tengo que decirle algo más. A mí no me gustaría nada ser catalán. Yo soy portugués, sé que me llamo Cardoso, sé quién soy, sé que soy un hombre que se sienta de espaldas a España, sé que moriré en Madeira, que es donde nací. ¿Lo ve? Hasta sé dónde moriré. Usted en cambio me parece que no sabe si es catalán o español. ¿Verdad que no lo tiene muy claro? Francamente, no me cambiaría por usted.

Mayol se sentía, a esas alturas del viaje, molesto consigo mismo por no haber advertido a tiempo que aquel hombre era un pesado. Hizo un esfuerzo enorme para tratar de no escucharle más y trató de abstraerse concentrándose en la visión del paisaje litoral. Imaginó que el taxi llevaba radio —¿quién iba a decirle que acabaría deseando que aquel coche llevara radio?— y que estaba sonando una agradable música de fado.

De pronto, al detenerse en un semáforo de la Avenida Marginal, sucedió algo que, quizás por lo trágico e inesperado, resultó bastante inquietante para Mayol. El taxista, que se hallaba en aquel momento entregado a una

insoponible monserga acerca de los males físicos que acarrea la llegada de la vejez, calló de golpe e, inclinándose hacia adelante, golpeó dos veces con la mano el volante y, dejando escapar un raro suspiro dramático, le pidió en voz baja, casi ininteligible, perdón a Mayol por todos sus desvarios.

—Perdone —dijo Cardoso—, pero es que últimamente ando mal, tengo problemas grandes.

Mayol se preguntó si había oído bien. Se inclinó él también hacia adelante, se sentía desconcertado.

—¿Problemas grandes?

—Mi hermano —murmuró el taxista. Y se quedó sumido en un misterioso silencio que Mayol prefirió no romper por temor a nuevas peroratas de aquel hombre. Viajaron largo rato sin hablarse y Mayol aprovechó la intrigante calma para decirse que, habiéndose quejado de que en aquel viaje suyo al extranjero no le habían sucedido cosas importantes o interesantes, la verdad era que en cuanto había empezado a ocurrirle algo novelesco se había encontrado con la paradoja de que habría sido preferible continuar tal como estaba antes, es decir, sin que le pasara nada relevante.

A Mayol aquel taxista le seguía incomodando pero notaba que al mismo tiempo se había despertado en él cierta curiosidad por saber qué clase de problemas eran los que le amargaban la conducción del taxi y de su vida. Pero ese despertar de la curiosidad —eso que podría llamarse también el tratar de saber quién es el otro— quedaba frenado por el miedo a que Cardoso se descolgara con una nueva monserga, aunque la curiosidad seguía allí, avanzando al mismo ritmo con que el taxi se dirigía a Boca do Inferno, una velocidad —todo sea dicho— cada vez menos moderada.

De pronto, al doblar con rapidez una curva, apareció junto a la carretera litoral una bellísima mansión de aire aristocrático. No fue necesario que Mayol preguntara nada, el taxista recuperó la palabra.

—Acaba de ver, como en un sueño —dijo Cardoso, ensayando un tono poético—, la biblioteca de los condes de Castro Guimarães. En ella trabajé durante unos años. Porque aquí donde me ve yo he sido bibliotecario.

Mayol no sabía si decirle algo o no, cuando el taxista suspiró como lo había hecho unos minutos antes y le aclaró a Mayol que en realidad nunca había sido bibliotecario aunque, eso sí, le habría gustado mucho serlo.

—Tengo problemas —dijo Cardoso— siempre que paso junto a esta casa, la veo como un lugar soñado, la biblioteca en la que me habría gustado trabajar. Pero qué distinta es la realidad de lo que soñamos. Tampoco he sido agente de bolsa. Toda la vida he sido sólo un taxista. Ya se lo he dicho, tengo problemas. Tengo también problemas con un hermano. En fin, le juro que no voy a molestarle más.

Rebajó la excesiva velocidad que llevaba el taxi, como tratando de calmarse. Pero al poco tiempo, al aparecer en el horizonte el faro de Cascais, volvió a ponerse nervioso y aceleró algo. Pasaron junto al faro de Cascais y la mansión señorial que colindaba con éste.

—Santa Martha —dijo el taxista—, esa casa que hemos visto también como en un sueño es la casa de unos banqueros, habrá oído hablar de ellos, los Espirito Santo, son los Kennedy portugueses, forman un clan familiar, la casa se llama Santa Martha, me hubiera gustado ser su propietario...

El taxista era incorregible, siguió una nueva y confusa perorata hasta que llegaron a Boca do Inferno y el coche aparcó junto a la carretera.

—Le espero aquí —dijo el taxista invitando a Mayol a que bajara a ver el espectáculo.

—Acompañeme —dijo Mayol.

La curiosidad por saber quién es el otro, por saber quién era aquel taxista y qué problemas tenía, había vencido a todo. Bajaron los dos del coche y, avanzando lentamente —Mayol descubrió que Cardoso era cojo—, se dirigieron a Boca do Inferno, que resultó ser un extraordinario embudo de cortantes rocas, horadado por las olas. En invierno —aseguró Cardoso—, a causa de la espuma y del ruido que se levantaba en aquel lugar, Boca do Inferno era un escenario sin duda impresionante.

—El viento del sudoeste sopla muy fuerte y ruge el Atlántico y es un sitio que llega hasta a dar miedo —dijo Cardoso, desde lo alto del acantilado, a unos sesenta pies de altura.

Mayol imaginó fácilmente aquel lugar en invierno. Debía de ser un sitio imponente y muy adecuado para despedirse de la vida. Lo que no podía en modo alguno imaginar era que el taxista estaba dando vueltas en aquel momento a la posibilidad de simular que le decía adiós a la vida desde aquel paraje infernal sin duda poblado de serpientes, ya que a éstas les gustan

mucho las cercanías de los volcanes, los linderos del bosque y, sobre todo, las cuevas. Y Boca do Inferno tenía algo de gran cueva marina. Mayol no podía en modo alguno —como es muy lógico, por otra parte— imaginar que en aquel nido de serpientes el taxista buscaba simular su adiós a la vida. Mayol había sospechado —y había sospechado bien— que los problemas del taxista podían ser de una índole parecida a los suyos, pero no hasta el punto de llegar a sospechar que estuviera planeando convertirle en cómplice de una simulación de suicidio. No podía imaginar nada de todo esto cuando iniciaron una tranquila conversación en la terraza del merendero y Mayol se decidió a explayarse un poco y le contó a Cardoso los problemas con su mujer y con sus hijos —se detuvo especialmente en la chulería intelectual de Julián, el oriundo de la Atlántida, el insoportable pintor de puertos metafísicos— y le contó también los recuerdos que le quedaban del viaje que treinta años antes había hecho a Estoril y Cascais con la familia de su cuñado Pablo, cuyo único hijo tenía una cadena de lavanderías en Madeira —«Tal vez usted las conozca», le dijo al taxista, que era nacido en esa isla en la que tenía proyectado morir—, un sobrino que también se llamaba Pablo y al que había estado a punto de ver —no sabía Mayol hasta qué punto, no sabía que incluso lo había visto— en Oporto hacía apenas dos días.

Con el tercer vino de Oporto que tomaron juntos, el taxista recuperó la elocuencia, en realidad llevaba ya rato aguardando a que Mayol callara para poder situar en primer plano su tragedia personal, que estaba básicamente centrada en sus sueños rotos pero, sobre todo, giraba alrededor de la figura de su hermano.

Cardoso le explicó que había enviudado dos veces y que sus dos hijas habían muerto en circunstancias trágicas y que, desde hacía unos meses, vivía con Fernando, su único hermano, en una casa de la Rua Açores, en Lisboa. Y le explicó que en los últimos tiempos su hermano había empezado a tener la sensación de que se iba a quedar solo.

—Piensa —dijo Cardoso— que estoy enfermo y me voy a morir. No me explico cómo a Fernando le ha dado por pensar en eso. Yo le digo que, en cuanto me note enfermo, ya se lo diré, porque viajaré a Madeira para morir. Pero él insiste en que me ve ya enfermo. Creo que se ha vuelto un hombre de malos sentimientos.



«Un hombre de malos sentimientos», repitió dos veces más Cardoso. Y luego vino a decirle que era como si su hermano hubiera descubierto que la depresión era una forma formidable de entretenimiento, y también vino a decirle que en cada mirada cariñosa de su hermano anidaba un pensamiento asesino.

—Se ha instalado en sus ojos de serpiente venenosa —vino a decirle más o menos Cardoso—, en el fondo de sus ojos fraternales, mi asesinato mental. Tal vez porque es de viejos la necesidad de decir la verdad. Y él cree, está seguro, que voy a morirme pronto. Es horrible. No se puede vivir así, créame, no se puede convivir con un hermano que sólo tiene sentimientos malos para uno. Creo que está trastornado y me está trastornando a mí. No puedo seguir viviendo así... Por eso he pensado que usted podría hacerme un favor y llamarle desde aquí, desde Boca do Inferno, diciéndole que me acabo de lanzar al vacío, que me he arrojado al Atlántico desde lo alto de este acantilado. Será mi venganza. Le haré feliz por un rato y luego reapareceré en casa y seguiré viviendo con él pero como si yo estuviera ya muerto. Tal vez así, pensando él que me he muerto aunque sigo allí, no seguirá pensando que me he de morir.

—Demasiado complicado —dijo un aterrado Mayol.

—¿Demasiado complicado el qué? Sólo tiene que hacer una llamada.

—Demasiado complicado y, además, absurdo creer que su hermano, por muy loco que esté, vaya a pensar a partir de su regreso a casa que usted es un fantasma. No vale la pena que me moleste en hacer esa llamada.

Con estas palabras evidentemente Mayol trató de capear el temporal, ya sólo pensaba en cómo desembarazarse de aquel taxista. Encontró la solución unos minutos después, le pareció que lo mejor sería decirle que de acuerdo, que iría al interior del merendero a telefonear. Una vez ahí, emprendería la fuga a pie por la carretera. Iría hasta Cascais, que no estaba demasiado lejos, y tomaría el taxi que habría de devolverle a Lisboa.

—Está bien —dijo Mayol poniendo en marcha su plan—, me ha convencido.

—¿De qué?

Qué hombre tan estúpido, pensó Mayol mientras se decía que una vez más se confirmaba eso de que más vale estar solo que en compañía enojosa e

inútil: un pensamiento que, por cierto, es exactamente el mismo —sin que, por supuesto, Mayol lo supiera— que formulara Montaigne hablando de los viajes en la vejez.

—¿Cómo de qué? ¿Pues de qué va a ser? Usted espéreme aquí en la terraza, déme el teléfono de su hermano, voy a llamarle.

Cardoso le dio el teléfono, le pidió que fuera contundente y cruel con su hermano.

—Le diré —dijo Mayol— que he sido su último cliente y que le he perdido de vista cuando se ha arrojado al vacío en Boca do Inferno. Le daré el pésame y colgaré.

—Dígale que mis últimas palabras han sido pensando en él, dígame que he dicho que era un hermano de malos sentimientos.

Mayol se levantó, dijo:

—Usted quédese aquí, que yo ya vuelvo.

También yo tengo malos sentimientos, pensó. No sólo iba a fugarse sino que, además, no pagaría el taxi. Podía dejarle el dinero a algún camarero, pero no se fiaba de nadie. Entró en el interior del merendero y salió por una puerta lateral emprendiendo la huida a la máxima velocidad posible, no podía perder un segundo de su tiempo. Al poco rato, oyó unos gritos. Era Cardoso que había intuido a última hora que Mayol podía fugarse y había iniciado la persecución. Pero su cojera y la ventaja adquirida por Mayol eran inconvenientes serios para dar alcance al cliente fugado.

—Vuelva —gritaba desesperado el taxista—, vuelva inmediatamente.

De pronto los gritos cesaron. Mayol miró hacia atrás y vio que el taxista se había caído y un matrimonio de edad estaba intentando ayudarlo para que se incorporara. Lo estaban intentando sin éxito. Igual se ha muerto, llegó a pensar un despiadado Mayol. En contraste con la actitud del matrimonio de edad, unos jóvenes que estaban cerca del lugar del incidente se reían de la caída. Mayol no quiso perder el tiempo en reflexionar sobre las diferentes maneras, según la edad, de reaccionar ante las caídas cómicas de los viejos. Convertido básicamente en un hombre de malos sentimientos, Mayol apretó el paso. O él o yo, pensaba. Y cada vez andaba más deprisa. Igual se ha muerto, se decía de vez en cuando. Al poco rato, algo extenuado, alcanzaba la población de Cascais y se perdía por sus calles. Entró en un bar a reponer

fuerzas y pidió un oporto. Los cuatro clientes que había en el local le miraron de arriba abajo. Cuando se hubo bebido el oporto, Mayol les miró con insolencia a todos ellos, también de arriba abajo. Pidió otro oporto. Se le ocurrió pensar que todos aquellos clientes sabían perfectamente quién era él —el asesino de taxistas de la Avenida Marginal— y no iban a tardar nada en denunciarle. ¡Las cosas que soy capaz de imaginar!, se dijo Mayol. Casi rayanas en lo absurdo, pensó. Finalmente, habló con el dueño del bar y pidió un taxi. Un cliente levantó la cabeza, como si hubiera pasado por su mente la certeza de que Mayol se disponía a matar a otro taxista; luego, volvió a bajar la cabeza, como si se desentendiera del crimen. Mayol regresó a su mesa, a esperar. Se le ocurrió una idea extravagante: ganar peso, durante la noche, sólo de dormir y soñar. Se entretuvo un buen rato tratando de averiguar por qué se le había ocurrido una cosa semejante. ¡Las cosas que soy capaz de imaginar!, volvió a decirse. Cuando llegó el taxi, decidió que su idea de ganar peso durante la noche estaba simplemente relacionada con su cansancio y sus ganas de acostarse pronto.

Un taxi, conducido por un joven afortunadamente taciturno, le devolvió, por la misteriosa y bella carretera de Sintra, a Lisboa, al Hotel Tívoli, donde ya en su cuarto, al atardecer, se tumbó en la cama y encendió el televisor. Desentendiéndose de lo que aparecía en la pantalla, se dedicó a imaginar la escena del asesinato de un taxista taciturno en la carretera de Sintra. El cliente pedía que se detuviera el coche para poder tomar un momento el fresco y ver con calma el paisaje. Se detenía el taxi en un lugar desde el que podía contemplarse a lo lejos la belleza rotunda y serena del Convento dos Capuchos. En un momento determinado, el cliente agarraba un pedrusco de notables proporciones y atacaba al sorprendido taxista taciturno, al que, primero, derribaba, y más tarde aplastaba la cabeza en un recodo sangriento de la carretera de Sintra.

Crimen sin motivo, se dijo Mayol, y sonrió. Después, apartó la imagen asesina y dedicó una mirada fugaz al televisor. Estaban dando el anuncio de una bebida refrescante, el paisaje parecía caribeño. Al contemplar Mayol los soleados troncos de los árboles, fue ascendiendo en él un calor que le relacionó de nuevo con el mundo, le devolvió a la realidad. Entonces, en parte por no dejarse llevar de remordimiento alguno, evocó la figura de

Cardoso y la vio como la más bochornosa que había visto en su vida. Necesitaba verle de esa forma. Se dijo que aquel hombre era el tipo de viejo al que a él no le gustaría nada parecerse. Sin embargo, justo era reconocer que tenían algunos puntos en común. La persona con la que convivían, por ejemplo, les deseaba la muerte. En eso estaba claro que los dos se parecían mucho. Y tal vez se parecían también en que ambos se sentían insatisfechos de muchas cosas al final de sus vidas. Mayol se preguntó entonces aterrado: ¿Y si cuando yo hablo de según qué temas causo la misma deplorable impresión que ofrece el desgraciado de Cardoso?

Tumbado allí, en su cuarto del Hotel Tívoli de Lisboa, decidió que a partir de entonces haría todo lo posible para no parecerse en nada, absolutamente en nada, al taxista. Había que afrontar la vida que le quedaba con la misma ilusión y curiosidad que despliegan los jóvenes más intrépidos. Había que huir de cualquier sentimiento de frustración. Ser, en definitiva, el reverso de la medalla de la personalidad infame de aquel taxista.

—Plan para hoy y para el resto de mis días —dijo en voz alta Mayol, eufórico de repente en la soledad de su cuarto—: Ser lo más distinto posible al desgraciado de Cardoso.

Por ejemplo, pensó, si la guerra civil truncó mis estudios y eso ha marcado mi vida, lo mejor que ahora puedo hacer es no preocuparme para nada de eso, y menos aún soñar que he sido bibliotecario, que era una de las inclinaciones más penosas del pobre taxista. Por ejemplo, lo mejor que puedo hacer es huir de la palabrería palurda y plúmbea del taxista, sobre todo ese discurso hueco sobre la vejez, un discurso que no lleva a parte alguna, salvo a amargarse y a ser un viejo que sólo ve viejos. Por ejemplo, en lugar de sentirme afligido y humillado porque mi mujer quiere que me muera, lo mejor que puedo hacer es buscarme una que quiera que yo viva, y unirme a ella. Por ejemplo...

Bajó el volumen del televisor para poder pensar mejor; se sentía satisfecho de haber recuperado con fuerza absoluta la alegría de vivir, se sentía satisfecho de haberse planteado la posibilidad de convertirse en una persona sin complejos y mucho mejor de lo que era. En la soledad de su cuarto de hotel, se puso a silbar una habanera, como buscando que lo absurdo de la música acabara de una vez por todas con cualquier tentación de volver

al desaliento. Se preguntó: De estar en mi lugar, tumbado en esta cama, ¿qué habría hecho en cambio el maldito taxista? Llegó a la conclusión de que el palurdo de Cardoso habría respirado profundamente para evitar la euforia que le amenazaba.

Buscaré una mujer, pensó, que se parezca a esa que vi vestida de riguroso luto en el barrio de la Ribera. Buscaré una mujer como aquélla y me iré a vivir con ella. No me resignaré a que una figura que pase anónima y fugaz y me enamore sea sólo eso, una figura anónima y fugaz. Iré tras ella y trataré de que sienta también ella por mí la pasión más desbordada...

En el cuarto de al lado, una niña —¿o era un niño?— tosía, profundamente, desde el pecho. Le debía de doler mucho esa tos, porque lloraba suavemente, quizá en sueños, y jadeaba. Mayol sintió repentina ternura y compasión hacia aquella criatura. El reloj de una iglesia cercana dio una hora completa. La niña volvió a toser, luego llamó a su madre repetidas veces. Mayol, sintiendo curiosidad por lo que estaría sucediendo en el cuarto de al lado, se durmió.

Le despertó, una hora más tarde, la patética tos de la niña. Sin querer, miró hacia el televisor y vio un gusano partido en dos que se retorció en un surco recién arado. Instintivamente —pensando tal vez que aquel gusano era una reencarnación del taxista—, queriendo huir inmediatamente del horror de aquella aparición no deseada, cambió de canal. Y entonces, al aparecer en pantalla una locutora que se parecía a Bette Davis, quiso saber qué estaba diciendo aquella mujer y devolvió el sonido al televisor.

Aproximadamente, por lo que he podido saber, Mayol creyó oír algo más o menos parecido a esto (aunque seguramente dicho de una forma más simplificada): «Era un hombre ya viejo, para quien el tiempo pasaba con lentitud y facilidad».

Eso dijo la sosias de Bette Davis, y Mayol quedó tocado por esas palabras, parecía que estuvieran hablando de él. Después, la locutora añadió: «Ese hombre asistía, día tras día, a un gotear de jornadas desprovistas de sentido. Sólo la terquedad de su espíritu le iba proporcionando la fuerza suficiente para no darse por vencido».

Mayol tuvo la sensación de que la sosias de Bette Davis se había introducido en su cuarto de hotel para comentarle a bocajarro la situación

exacta en la que se encontraba, en aquellos instantes, su vida de viajero sin rumbo. Qué acierto más grande, pensó Mayol, decir que el tiempo pasa con lentitud y facilidad. Es exactamente lo que me está sucediendo desde que salí de viaje.

Y después pensó: Ha acertado en todo. Salvo el susto de la excursión estúpida con el taxista, la lentitud y la facilidad parecen dominar todos mis movimientos de hombre que asiste a un gotear de jornadas desprovistas felizmente de sentido.

Aquello sí que era un verdadero lujo. Bette Davis, en la televisión portuguesa, hablaba sobre él. ¿Qué más se podía pedir? ¿Que las cosas no eran así? ¿Que se estaba engañando a sí mismo? Entonces, pensó Mayol, justo será reconocer que talento al menos no me falta para vencer el aburrimiento.

Se dio prisas a sí mismo para decidir si la sosias de Bette Davis había estado hablando sobre él o bien había sido todo un recurso suyo para no aburrirse. Se apresuró a decidir que, sin lugar a dudas, lo que acababa de oír en el televisor era un afortunado guiño del destino. Alguien le estaba mandando señales, mensajes a través de la pequeña pantalla, con instrucciones muy precisas, aunque dichas de forma velada, para que pudiera de una vez por todas orientar su vida lenta y fácil en una dirección favorable.

Justo en el momento en que decidía que permanecería atento a las instrucciones que pudiera darle el televisor, desapareció de pronto la mujer que recordaba a Bette Davis y entraron en pantalla unos anuncios antipáticos sobre bocadillos crujientes para adolescentes. Mayol puso cara de fastidio y cambió de canal. Entró directamente en la secuencia final de una película en la que llovía mucho y una mujer se despedía con tristeza de un elegante joven que se iba rápido e indiferente bajo la lluvia. Mayol se preguntó si podía haber en esa escena algún nuevo mensaje dirigido a él. No, ahí no podía haber nada, cambió de canal.

Apareció un viejo de pelo rizado que decía: «¿Quién puede aburrirse en este mundo? Supongo que hay gente tan idiota que se aburre, pero éste no es mi caso. Yo estoy aprendiéndome un libro de memoria».

¿No hacía muy poco que él se había dicho que talento no le faltaba para vencer el aburrimiento? Las palabras del viejo de pelo rizado no podían ser

más que una confirmación de que el televisor tenía un raro contacto con sus pensamientos.

El viejo de pelo rizado dio paso a un joven barbudo que fumaba en pipa. Mayol entonces comprendió que estaba presenciando el sumario de un programa probablemente cultural. El joven barbudo dijo: «Estoy enamorado de la melancolía ajena».

El tono pedante de aquel fumador de pipa sacó de quicio a Mayol, le recordó a su hijo Julián cuando, por ejemplo, engolaba la voz y contaba por enésima vez que él se desmayaba cuando veía peces muertos.

No había, para Mayol, nada más enojoso en el mundo que escuchar a su hijo diciendo tonterías descomunales como aquélla; tonterías que, además, pretendían pasar por originales. Molesto, irritado también con el joven fumador de pipa, Mayol se dispuso a cambiar de canal, y fue entonces cuando apareció en pantalla aquel rótulo que no le dejó nada indiferente: SINTONICE CON LA CULTURA.

¿Debo dejar pasar esta recomendación?, se preguntó Mayol, presa de una duda inesperada. Por si acaso, optó por no cambiar de canal.

La actualidad cultural del día en Portugal, anunció una voz en *off*. Y Mayol abrió bien los ojos, sin saber por qué lo hacía, y acabó viendo el programa entero, sintonizó con la cultura.

Por lo que he podido saber, el primer reportaje de aquel programa estaba dedicado a un pintor español, cuya identidad no he conseguido averiguar. Sólo sé que Mayol le oyó decir que el carácter de Madrid era de lo más opuesto al de Lisboa, le oyó decir más o menos —porque de sus palabras no se acuerda con exactitud Mayol— las siguientes frases: «La capital de España es una ciudad central mientras que Lisboa es finisterraica. Madrid es una ciudad más inmóvil, digamos que más firme. Tiene posiblemente esa fascinación. Lisboa, en cambio, tiene otro tipo de encanto, el de la precariedad, pues nunca se sabe si llega uno al fin de un viaje o al punto de partida».

La identidad de ese pintor y sus palabras exactas las ignoro, pero no creo que importe demasiado. Importa mucho más, creo, conocer la reacción rara que tuvo Mayol al oír que hablaban de Madrid. Ciudad de alguaciles, pensó de inmediato, sólo merece mi desprecio, está mucho mejor Barcelona.

Hasta aquí nada especialmente raro, es lógico que Mayol pensara en su ciudad. Pero lo que ya no es tan normal es que, al evocar Barcelona, durante unos interminables segundos no fuera capaz de acordarse de nada de lo que había dejado en ella, salvo —y ahí viene lo raro— la música de una sardana que de niño había visto bailar frente a la catedral. Y si es raro que recordara únicamente una sardana y nada más, lo es no porque se le hubieran volatilizado todas las demás imágenes de sus recuerdos de la ciudad, sino porque no sentía un aprecio especial por la sardana, por la sardana en general. Le gustaba mucho más, por ejemplo, Yves Montand. En realidad odiaba la sardana, cualquier sardana. No hay ningún nacionalista catalán perfecto. Le encantaban Charles Trenet, Maurice Chevalier y Gilbert Bécaud. La tenora de las sardanas, por ejemplo, era un instrumento musical que le horrorizaba.

Por eso fue tan raro que de su tan querida ciudad de Barcelona se le hubieran desvanecido durante unos segundos eternos todos sus recuerdos quedando sólo, única y exclusivamente, el eco de una sardana, lo único que no soportaba de su querida patria.

Cuando, pasados los segundos iniciales de estupor y amnesia, entraron por fin en su mente imágenes nostálgicas de su ciudad —su mujer, por ejemplo, diciéndole que quería vivir su vida, su hijo mayor en crisis, la hija viviendo en penoso adulterio, el hijo menor pintando puertos metafísicos, las Ramblas, el fusilamiento del presidente Companys en el castillo de Montjuïc, la Villa Olímpica, la avenida de Icària, la aburrida y senil tertulia del club, el cementerio del Este, sus padres muertos—, respiró con alivio. ¿Qué le había sucedido? Probablemente nada alarmante, eso podía sucederle a cualquier mortal. Se había quedado bloqueada su memoria nostálgica durante unos segundos por culpa de una sardana extraña, y eso era todo. A otros les sobreviene un dolor de cabeza brutal una vez cada cinco años, y a nadie se le ocurre decir que son adictos a la migraña. Quizás toda la culpa venía de su soledad, porque a veces la soledad sólo es eso: un cuarto de hotel en el extranjero, una persona tumbada sobre una cama y la música de una sardana extraña.

Se tranquilizó al recuperar la memoria casi completa de su querida Barcelona, pero como notó que se le humedecían los ojos, decidió dar un golpe de timón y sortear la nostalgia concentrándose en el programa cultural



portugués. El personaje que apareció en el segundo reportaje era el viejo de pelo rizado que había visto ya fugazmente en el sumario. Ahí no hay duda posible, se trataba de Manuel de Cunha, el respetado escritor de Madeira. Salvo lo de que se estaba aprendiendo de memoria un libro, no decía en el reportaje frase memorable alguna, pero en la entrevista que le hacían se podían ver, en discretos segundos planos, vistas bellísimas de la isla de Madeira.

Sin ser consciente para nada Mayol de esto, su vida empezó a articularse según la curva dantesca del viaje hacia el Bien. Y el Bien, en este caso, acababa de entrar en él de la mano de su repentina sintonía con la cultura y de su súbita curiosidad por ver más paisajes de Madeira y así poder seguir descendiendo y continuar su lento viaje vertical hacia el sur.

Ni dos veces lo pensó. Se dijo que al día siguiente, sin falta, compraría un billete de avión para Madeira. Y lo compraría aunque sólo fuera por ser fiel a lo que le iba insinuando aquel televisor. Y también por actuar de una forma perversa, tal vez algo infantil, a modo de sutil venganza contra aquel taxista que le había desbaratado el día. Compraría aquel billete aunque sólo fuera por la ingenua maldad de adelantarse a Cardoso en el viaje personal y sagrado que tenía proyectado él hacer para ir a morir a su tierra.

El tercer y último reportaje estaba centrado en la figura de un arquitecto italiano —el insufrible joven barbudo que fumaba en pipa, tampoco he conseguido averiguar quién era—, que ponía en duda que Lisboa fuera una ciudad blanca y, más o menos, venía a decir que el blanco era, como poco, enigmático, porque Lisboa era ciudad de colinas, lo que hacía que el blanco fuera muy ambiguo y que más bien cambiara a cada momento, porque en las colinas el sol se escondía y se alteraba, y eso le llevaba a pensar que el color real de Lisboa era el mitológico azul, azul atlántico.

Ya sólo le faltaba decir que Lisboa era airosa en su serpentear y era una inquietante ciudad en la que uno nunca sabía si acababa de llegar al fin de un viaje o al punto de partida. Ya sólo le faltaba decir que Lisboa era una ciudad que a veces parecía surgir como una serpiente surge de su piel. Pero esto será mejor que lo diga yo de mí mismo, que a veces tengo la impresión de que surjo de lo que he escrito como una serpiente surge de su piel, aquí en esta isla de palmeras y eternidad donde todos los días hundo en tinta mi pluma y

donde el tiempo, en su teatro armado sobre la calma y el poco viento, también para mí pasa lento y pasa fácil, porque la vida aquí es fácil, y mi reloj muy lento y, además, para qué negarlo, yo sólo soy un principiante, el principiante más lento.

# NUNCA LA DERROTA ES SÓLO DERROTA

El descenso seduce / como sedujo el ascenso. / Nunca la derrota es sólo  
derrota, pues / el mundo que abre es siempre un paraje / antes / insospechado.

WILLIAM CARLOS WILLIAMS, *El descenso*

# PUERTO METAFÍSICO

Franz Kafka escribió que se sentía como alguien que había cometido un error fundamental en su vida pero no sabía cuál. Pienso que de Mayol, viajando en avión hacia Madeira, podría decirse algo que suena muy parecido pero que en realidad es bien distinto: acababa de tener el acierto fundamental de su vida, pero no lo sabía, ni siquiera lo intuía, tal vez por eso se preguntaba extrañado por qué se había visto de repente, en pleno vuelo, invadido por tanta euforia. Parezco un estúpido, llegó a decirse preocupado. Velos de nubes pasaban a rachas por delante de la ventana del avión, y él no podía contener una risa extraña que no sabía de dónde procedía.

¿Quieres saber de dónde venía?, le diría ahora a Mayol si estuviera aquí conmigo. En parte la euforia te venía porque existe un vínculo entre vuelo e infancia. Hay algo infantil en el hecho de volar, que es algo muy serio pero también tiene algo de infantil. En qué sentido, te estarás preguntando. Pues en el de la libertad, supongo. Pero sobre todo creo que es una cuestión de temperatura. Tengo amigos pilotos, aquí en Madeira, y algunos son ya casi ancianos, y sin embargo conservan una temperatura de infancia... En parte la euforia te venía por eso, por el vínculo entre vuelo e infancia. Y en parte también porque tú, Mayol, sin siquiera intuirlo, pero obrando como si lo intuyeras, estabas volando hacia una isla en la que no tardarías nada en recuperar tu infancia y primera juventud. De hecho, anulando el paso del tiempo, empezaste ya a conectar en pleno vuelo con el día aquel en que la guerra civil te cerró la escuela para siempre. Tú mismo me lo dijiste, me dijiste que veías velos de nubes pasando a rachas y que a la memoria

entonces te llegaron los recuerdos de los últimos días escolares. Lo que no sabías era que aquello no era más que el aperitivo de lo que te esperaba en la isla: el asesinato de la frustración fundamental de tu vida. Pero eso tú ni lo intuías, tan sólo notabas que, sin un por qué, te reías.

Esto le diría a Mayol si estuviera aquí conmigo.

Ya he comentado que volar es muy serio pero tiene también algo de infantil. Cuando al avión le llegó la hora decisiva del descenso, Mayol se quedó de pronto terriblemente serio, y ese rictus repentino a mí me parece que tenía un componente infantil. Mayol miró, un tanto aterrado, por la ventana del avión, y lo que hasta entonces le había parecido un conjunto de pequeños pedruscos trágicos, perdidos en la soledad inmensa del azul atlántico del océano, pasó a convertirse en un paraje de una belleza insospechada, de una belleza tal que hasta la encontró abrumadora, sobre todo cuando vio el norte de la isla de Madeira, donde se afilaba una delicada, casi increíble, escritura de espuma alrededor de sus asombrosos acantilados.

Qué rara es la memoria, y qué raro es todo, pero la memoria más. La visión de aquellos acantilados le transportó a los días extraños y lentos del último verano de su infancia, aquellos días en los que tanto le gustaba la calma, la sombra de los castaños y la brisa que movía las cortinas y las persianas de la casa veraniega de sus padres, aquella torre o isla afortunada —primer paraíso hundido de su vida— a la que siempre él pensó le sería del todo imposible regresar.

Y qué raros son los recuerdos cuando son, además, inventados. La memoria verdadera de la torre veraniega de sus pobres padres la enlazó, a través de un enigmático túnel de su cerebro, con un recuerdo falso, tan improbable como inventado, pero que sintió necesitaba tener en aquel momento. Mientras lentamente descendía el avión, se inventó con crueldad el recuerdo de la infancia que habría querido que tuviera su odiado Julián de la Atlántida, del que ni llegando a Madeira lograba olvidarse, porque insistía en verle como al culpable de todo.

Se inventó la infancia que el pintor de puertos metafísicos nunca tuvo pero debería haber sufrido: una infancia de castigos corporales, de cuartos oscuros, de sopas asquerosas, de rezos inacabables, de visitas constantes a los acuarios y a las pescaderías... En fin, un tipo de infancia especialmente

sinistra, con toda clase de reveses que, en forma de pruebas, habría sido mejor hacerle vivir a aquel desdichado pedante para que aprendiera así a soportar con viril y digna paciencia el lado salvaje de la existencia.

El violento —siempre lo es en Madeira— aterrizaje le devolvió a la realidad. Cuando las ruedas tocaron la pista, unos tímidos aplausos trataron de ahogar ciertos gritos que se habían escapado de las gargantas más asustadizas. Se preguntó si los aplausos iban dirigidos al aterrizaje o a la isla. Y fue de este modo como recordó que, a pesar de que se había aislado como nunca a lo largo del viaje, no había viajado solo. Volvió su atención a la joven silenciosa que había dormido largo rato a su lado y que en ese momento se estaba quitando el cinturón de seguridad. Dedujo que tendría unos veinte años. Tenía varios granitos en la mejilla izquierda, oscurecidos por una mancha rosada de maquillaje, y había empezado a mascar sonoramente una bola de chicle. Mayol, ya liberado del cinturón de seguridad, se inclinó ligeramente a su derecha y le preguntó a la chica si era de Madeira. Sin dejar de mascar su chicle, ella dijo que sí. Mayol le preguntó entonces si podía recomendarle un hotel. Ella se quedó mirándole, como pensándose la respuesta. Mayol, aguardando a que le contestara, se preguntó qué pensaría la chica si supiera que su sueño más recurrente era escaparse de un hotel en el que hacía muchísimos años que no pagaba.

—¿Tiene usted dinero? —preguntó la chica.

—Mucho —dijo Mayol.

—Entonces vaya al Reads.

Entre otros clientes famosos del Reads —Mayol, por cierto, entendió el Ritz— se encontraban Somerset Maugham y Winston Churchill. Era un bello lugar selecto y muy inglés. Servían el té con unos bocadillos de pan oscuro con una capa de mantequilla y rebanadas de pepino, como era lo verdaderamente chic en el siglo pasado.

—Yo al Reads no iría ni obligada —añadió la chica—, porque a mí me van otras cosas. Pero eso no quiere decir que no estoy segura de que a usted le agrada el lugar.

Mayol, quizá demasiado susceptible, se sintió herido en su orgullo, tratado como si fuera un anciano decadente. No sabía, por otra parte, quién podía ser el tal Somerset Maugham, que le sonaba a nombre de escritor

aunque tal vez era un político inglés.

—Gracias por la información —le dijo a la chica, hundiendo disimuladamente el pañuelo blanco que sobresalía en el bolsillo superior de su chaqueta—, créame que le estoy muy agradecido. Seguramente ha dado en la diana. En todas las ciudades que visito me hospedo en el Ritz.

—Reads sólo hay uno en todo el mundo.

Mayol frunció el ceño, dijo:

—No comprendo.

—Pues yo menos.

Un equívoco de la vida corriente. Mayol interpretó que la chica no sólo le veía como a un pobre anciano decadente sino que, además, trataba de reírse de él.

—En realidad lo que quería decirle —dijo Mayol— es que en todas las ciudades que visito, desde que me quedé viudo y busco esposa que comparta mi fortuna, me hospedo en el Ritz.

—Insisto, señor, Reads sólo hay uno, que yo sepa.

—Creo que no quiere comprenderme. —Mayol se sentía cada vez más objeto de burla—. Y sin embargo usted debería hacerlo, usted debería comprenderme o al menos simular que sabe de qué le estoy hablando. Para eso es la azafata. ¿O no lo es, señorita?

Mayol dijo esto y volvió a colocarse bien el pañuelo blanco del bolsillo superior de su chaqueta. Pensó: ¿Me encuentra anticuado? Pues que se fastidie. ¿Me encuentra viejo y cree que se puede burlar de mí? Pues se va a enterar, la voy a incomodar, qué se ha creído esta imbécil.

—¿O no es la azafata? —insistió Mayol sabiendo desde luego que no era la azafata pero tratando de confundirla y maltratarla como fuera. Que se enterara la chica del chicle de cómo las gastaban los viejos como él.

—Oiga —dijo finalmente ella—, óigame bien. Pierde el tiempo. Nada de nada. ¿Me entiende? ¿Sabe qué quiero decirle? Que nada de nada. Tengo novio, estoy prometida con el heredero de una gran fortuna. Así que haga el favor...

La chica del chicle había hablado casi como si él hubiera intentado seducirla, aquello era el colmo. Se sentía Mayol tan molesto que a punto estuvo de volver a la carga y decirle que le recordaba a Calamity Jane y que

de tanto mascar chicle le habían salido varios granitos en la mejilla izquierda. Pero se contuvo, todavía era un señor de Barcelona.

Al decirse esto, regresó a su cerebro la maldita sardana extraña que ya le había atacado sin piedad en Lisboa. Mayol lamentó que llevara ya tanto tiempo encontrándose muy solo y pensando todo el rato, lo que le hacía vulnerable a pensamientos y músicas extrañas. Estaba todo el rato solo, y en estas circunstancias la vida interior cobraba dimensiones excesivas y uno se exponía más que nunca a la introspección constante, a la angustia, a la locura.

Mayol estuvo a punto casi de ponerse las manos en la cabeza y taparse los ojos. Pero finalmente se limitó a observar, con la sardana extraña como secreto rumor de fondo, cómo la chica del chicle abandonaba tan tranquila su asiento y se incorporaba a la fila de los que más prisa mostraban por descender del avión.

En el aire de la mañana todos los países del mundo se parecen, pensó Mayol mientras bajaba por la escalerilla del avión. El aire era fresco y transparente, y eso le habría parecido sumamente agradable de no haber sido porque aún le quedaban ecos de la insolente sardana extraña y también porque juzgó que tal vez la luz de la isla era excesiva.

Mientras se decía que probablemente a la chica del chicle no la había entendido bien y que tal vez con el taxista de Boca do Inferno había ocurrido algo parecido —después de todo, había muchas palabras dichas en portugués que se le escapaban y que él interpretaba a su modo, probablemente creando significados nuevos—, mientras se decía todo esto intentaba calmarse a sí mismo ante lo desazonante de sus relaciones con la gente en las últimas horas.

Pero en cuanto se calmaba un poco, regresaba entonces la sardana extraña. Aquello, por culpa de su soledad, era como un círculo cerrado coronado por cierta angustia. Una angustia ante la que no quiso arrodillarse. En el aire fresco y transparente de la mañana, pisando ya tierra de Madeira, se inventó un método o antídoto para ahogar la música de la sardana extraña. Cada vez que ésta le atacara el cerebro, evocaría los momentos cumbres de su actividad política, sus fugaces pero intensas intervenciones en el Parlamento catalán, sus conversaciones con los jefes de su partido, sus intervenciones como telonero en algunos mítines. Y es que su experiencia política le había



dejado buenos recuerdos.

En realidad, pensó, me hice político para que no se viera en mí únicamente a un hombre de negocios, y en verdad que fue una buena idea. Siempre me atrajo la política y, pese a que no tenía experiencia ni la menor cultura sobre la materia, la muerte de Franco me abrió las puertas para dedicarme a ella.

Al decirse esto, automáticamente maldijo el nombre de Franco. La guerra civil, como a tantos otros de su desgraciada generación, le había señalado un antes y un después en el camino de su vida trágicamente fracturada. Maldijo Mayol a Franco en el aire transparente y fresco de aquella acogedora mañana de Madeira. Y continuó andando por la pista de aterrizaje. El aire de la isla, la oportuna maldición a Franco le estaban sentando muy bien. Siguió andando, siguió utilizando sus recuerdos políticos como antídoto de la sardana extraña, y también como antídoto de la envenenada angustia que se apoderaba de él en cuanto recordaba, por ejemplo, cómo el cierre de la escuela le había arrojado a las tinieblas exteriores de una realidad hostil y bélica, monstruosa: la vida.

Siguió andando. Se dijo que con la política, además, le había llegado la nada desdeñable posibilidad de cambiar de amigos o, como mínimo, de entrar en contacto con personas distintas de sus amigos tertulianos o de los jugadores de póquer. Con la política había llegado a un momento importante de su vida, lástima que con el tiempo se hubieran ido evaporando los mejores instantes de aquella época. Se fue desvaneciendo todo con la muerte de los políticos más viejos, los que más amigos suyos eran. Siempre la muerte, la muerte de los otros, interfiriendo sin permiso en su vida, malogrando sus expectativas de que su paso por este mundo alcanzara largos momentos de plenitud. Siempre la muerte, la muerte de los otros. Al final se quedó en el partido sin los mejores amigos, a solas con los jóvenes cachorros, antaño segundones, que miraban con desconfianza su edad y su cultura política.

Pero el recuerdo de mi paso por el partido, concluyó, nadie podrá nunca arrebatármelo, fue una época bastante satisfactoria y nadie podrá quitarme lo bailado. De ahora en adelante, cada vez que esta sardana extraña asalte mi cerebro, utilizaré de antídoto mis recuerdos de político en activo. Ya que recordar a mi familia me amarga, ya que Seguros Mayol sólo es ahora una cuenta corriente en mi banco, ya que no tengo nada a lo que agarrarme,

utilizaré mis recuerdos de hombre político para ahogar el malestar que intenta causarme el zumbido interior de esa sardana que seguramente no es más que el intento inútil, por parte de algún diablillo, de amargarme la existencia.

Después, sintiéndose cada vez más a gusto en el aire de la mañana de la isla, se dijo que de todos modos, si quería ser realmente honesto consigo mismo, debía reconocer que estaba perdiendo algo de su nacionalismo. ¿Y por qué, por qué el viaje vertical al sur le estaba modificando levemente su nacionalismo? Era fácil de hallar la explicación adecuada. A los nacionalistas siempre les ha estimulado más el deber que el placer, y no podía decirse que ése fuera últimamente su caso, ya que a medida que avanzaba en el viaje notaba que se movía huyendo de cualquier obligación.

Siguió andando. Entonces reparó en un hombre de su edad que iba delante de él y que, visto desde atrás —no podía verle la cara—, recordaba mucho a Terrades, su amigo y compañero de tertulia en Barcelona. Vio cómo la chica del chicle adelantaba con paso audaz y ligero al improbable Terrades. Y vio también cómo éste, con notable grosería, le miraba el culo a la chica. Mayol entonces pudo ver por fin el perfil de la cara del falso Terrades. Aquel hombre no tenía nada que ver con el amigo que había dejado en Barcelona. Mayol cayó en la cuenta de que tal vez se había acordado de Terrades porque éste le había dicho que, mientras no visitara ciudades que no conocía, se mantendría con vida. ¿Había que hacer caso a esas palabras? No, se dijo Mayol, sin duda era sólo una frase a la que no había que hacer el menor caso, pues de lo contrario se pasaría todo el rato pensando que podía caer fulminado en cualquier momento.

Al cabo de unos segundos —seguía sin alcanzar la terminal del aeropuerto, comenzaba a descubrir que el tiempo en Madeira transcurre a veces lentísimo—, volvió a mirar hacia adelante y reparó en que el supuesto Terrades cojeaba sensiblemente, ese hombre andaba con cierta dificultad y sin embargo lo seguía teniendo delante, lo que no hacía más que demostrar su incapacidad para adelantarle, es decir que Mayol andaba más lento que un cojo. Estaba claro, por poco que a él le gustara, que la artritis con la que había amanecido le estaba mermando mucho las facultades. Quiso hacer un esfuerzo y adelantar al falso Terrades de movimientos tristes y renqueantes, pero delante, siempre delante de él, continuaba marchando aquel viejo

inválido. Mayol comenzó a tener la sensación de que aquel tipo, por lo que fuera, le estaba estropeando poco a poco su buen humor, arrastrando consigo no sólo su cojera sino también el aire fresco y transparente de aquella magnífica mañana que él había empezado a considerar plenamente suya.

Hasta que llegó a la sala de espera de los equipajes, no logró Mayol tener al cojo a su lado y no delante. Le miró con cierta rabia, no tenía mucho más en que entretenerse. Le contempló de arriba abajo en silencio y creyó ver en él un gran insecto rojo y cojo que violentamente pretendía hacerse un lugar en el mundo. Qué horror, pensó Mayol. Y así, viendo de esta monstruosa forma a aquel pobre cojo, logró soportar sin nervios la larga espera que precedió a la llegada de los equipajes.

Aparecieron, en primer lugar, unas bolsas de deporte y una multitud de raquetas de tenis, luego todo tipo de maletas de los más variados estilos. Como ya le había sucedido en Oporto y Lisboa, por unos momentos Mayol pensó que se había extraviado su equipaje. Miró al cojo y vio que éste estaba pensando lo mismo respecto del suyo. De pronto, Mayol vio en la lejanía su maleta negra y respiró aliviado. Fue muy grande su sorpresa al ver que el cojo se precipitaba sobre esa maleta y pretendía llevársela. Dio dos pasos enérgicos Mayol y se plantó ante el cojo para decirle, con buenas palabras, que perdonara pero que aquella maleta era la suya.

—Es verdad, perdone, nunca me había sucedido esto —le dijo el cojo al ver aparecer en aquel momento su maleta, negra como la de Mayol y muy parecida, casi idéntica, lo que llevó incluso a Mayol a dudar sobre si habría sido él quien se había equivocado. Aclarado el incidente, los dos sonrieron. El cojo tenía una expresión muy agradable cuando reía y era un hombre de una educación exquisita, quién lo iba a suponer.

—¿Será que somos gemelos? —le dijo el cojo con una sonrisa aún más agradable que la anterior. A Mayol le pareció que aquel hombre, al que había estado odiando un tanto injustamente, se merecía una respuesta educada y agradable.

—¿De aquí? ¿Es usted de Madeira, es usted de aquí? —le preguntó Mayol con sus mejores buenos modales.

—Sí, amigo. ¿Y usted de qué parte de España es?

Mayol se sintió de repente muy abrigado por la palabra amigo.

—Soy de Barcelona, catalán.

—Yo soy nacido en Funchal. He estado varias veces en Barcelona. Qué bonita ciudad. Me gustan mucho las Ramblas. Me hospedo siempre en el Hotel Oriente. Me encanta ese hotel, está medio en ruinas pero tiene su gracia y su historia y, además, me gusta su situación y también me gusta que se llame Oriente. Es un nombre estupendo para un hotel, ¿no le parece? En ese hotel yo me encuentro como en Cambridge.

Acababa de conocer a aquel hombre, pero Mayol tenía la impresión de haber estado viéndole toda la vida.

—Hablando de hoteles —dijo Mayol—, ¿dónde me recomienda que me hospede aquí en Madeira? Me han hablado del Ritz...

—Y le han hablado bien. El Reads es un buen hotel. Apropiado sobre todo para damas a lo Virginia Woolf —aquí Mayol enarcó una ceja, le sonaba aquel nombre pero no acababa de situarlo— o para cursis fanáticos del té de las cinco. Es un buen hotel, pero no sé si el más apropiado para usted. Además, queda lejos del centro... Para qué andar ya con más rodeos. Yo soy el dueño de un hotel, ¿sabe? El Bom Jesus. El único de cuatro estrellas que hay en el centro. Espero que se lo tome bien —esbozó una sonrisa franca y amistosa—, se lo recomiendo. A pesar de que se llame Bom Jesus, un nombre horrible. Es el nombre de la calle en el que está, qué le vamos a hacer, yo no le puse ese nombre. Debería llamarse Cambridge.

Mayol no lo pensó dos veces, dijo:

—Pues no se hable más, amigo, me hospedaré en su hotel, iré al Bom Jesus, en la calle Bom Jesus, a mí francamente el nombre no me disgusta...

Poco después, ya en un taxi los dos, el hombre cojo decidió presentarse:

—¿Viaje de vacaciones o tal vez de negocios? Bueno, perdone por la indiscreción, no tiene por qué responder. Creo que lo mejor será que me presente. Fernando Esteves. ¿Sabe una cosa? Me ha hecho mucha gracia la confusión entre nuestras maletas. Nunca adivinaría lo que me ha recordado.

—Creo que también a mí me ha llegado la hora de presentarme. Federico Mayol. —Iba a añadir que era propietario de una compañía de seguros y parlamentario catalán jubilado, pero finalmente no lo dijo—. Y ahora dígame, ¿qué le ha recordado la confusión de maletas?

—En el hotel se van a reír de mí —dijo Esteves—, se van a creer que

ahora me dedico a captar clientes en el aeropuerto... Pero bueno, a lo que íbamos. El parecido de nuestras maletas me ha recordado, mire por dónde, nada menos que *El Golem*. Una novela. Tal vez haya oído hablar de ella. ¿Es usted lector de novelas?

Mayol necesitaba hacer amistades, pues de lo contrario acabaría devorado por su soledad y por la sardana extraña. Eligió simular que conocía el libro, dijo:

—*El Golem*, sí. Hace tiempo que leí esa novela y ya casi no me acuerdo de qué trata, sólo sé que era muy buena.

—Buenísima. Pasa en una Praga muy rara. El protagonista, quizá lo recuerde, toma un sombrero que no es suyo, y se lo lleva a su casa. ¿Recuerda algo ahora?

—Creo que sí. A ver, ¿qué pasa más?

—Ocurre que, cuando ve que ha tomado por confusión un sombrero que no le pertenece, se queda asombrado al comprobar que, teniendo como tiene él una forma de cabeza muy especial, le sienta el sombrero muy bien, a la perfección.

—¡Ah, sí! Creo que empiezo ya a recordar. Muy buena esa escena. Y desde luego qué novela. Una gran novela.

—Gran novela, en efecto.

A los dos ya casi les faltaba suspirar y repetir a dúo lo de «gran novela». Durante un rato viajaron los dos en silencio, como reflexionando.

Por lo que he podido saber, mientras Mayol y Esteves viajaban en silencio en aquel taxi, Pablo Setvalls, el sobrino de Mayol, empezaba a desperezarse lentamente de la cama de su casa de la Rua da Pina, en Funchal, y lo hacía con una fenomenal resaca y tratando de recomponer el sueño que acababa de tener y en el que se le había aparecido su padre —muerto y bien muerto y enterrado en Oporto— pidiéndole de rodillas que dejara de beber de aquella forma tan desesperada y que se ocupara un poco más del negocio de las lavanderías de Madeira y, sobre todo, que se olvidara de Rita, la esposa que le había dejado por un hombre joven, la mujer infiel que, al abandonarlo para casarse con otro, había acentuado en él su inclinación al alcohol.

—Con una esposa basta, no busques otra y nada de pactos tontos con el diablo, hazme caso, nada de sentirse viejo a los cuarenta años, y no bebas

más porque te sienta fatal —le había dicho su padre en el sueño—, no bebas más. ¿Por qué en lugar de llorar la pérdida de la estúpida de Rita no intentas parecerte a mí? Recuerda lo que te dije antes de morir. ¿Te acuerdas? Te dije que, a pesar de que nunca eludí mis deberes formales de esposo, al final creo que se vio bien claro que ese papel nunca fue para mí, nunca estuve hecho para el matrimonio.

Aturdido —era sólo un sueño pero lo cierto es que en él habían llamado estúpida a Rita y, además, su padre había hablado con un inquietante e inexplicable deje argentino—, se levantó Pablo de la cama, intentó conservar la calma, le temblaba el pulso, buscó despejarse a golpes secos de agua fría.

Se sentó en un sofá a reflexionar. En el fondo, le habría gustado que el sueño se prolongara. Hacía años que no veía a su padre muerto, le habría gustado preguntarle cómo era la vida en el más allá. El problema de los sueños interrumpidos es que no se pueden retomar. Pablo, sin embargo, lo intentó, imaginó que su padre dejaba de suplicarle de rodillas que dejara de beber y se sentaba con él en el sofá. Entonces, imaginó que le preguntaba cómo era la vida en el más allá.

—Es como nadar en la Pampa —le pareció a Pablo que le decía su padre.

Se tapó Pablo la cara con las manos, aterrado por su propia imaginación.

¿Se hallaba por azar el azar aquel día en huelga en Funchal? No he conocido nunca al azar, pero estoy completamente seguro de que ese día no se había declarado en huelga alguna. Si se me permite especular un poco, diré que mientras Mayol se dirigía al Bom Jesus y su sobrino Pablo se despertaba aturdido, el azar a su vez —me gusta imaginarlo así— se estaba desperezando en su torreón recubierto de azulejos de nebulosa mientras un secretario sonriente y muy protocolario le leía en voz alta las tentaciones que ofrecía aquel día Funchal para intervenir en la azarosa vida de sus gentes. Y quiero suponer que Mayol, camino del Bom Jesus, y su sobrino Pablo, despejándose a golpes de agua fría, debieron de parecerle al azar un bocado bien fácil y apetitoso.

Mientras tanto, cediendo a la invitación del sol, quien también en aquellos momentos estaba desperezándose era yo, en la cama, junto a mi esposa Rita. Porque yo soy —llegó para mí también la hora de presentarme— el joven que está casado con la que fuera la mujer de Pablo. Me llamo Pedro y vivo en una

casa de dos plantas con mirador y colores muy exagerados, como los de ciertas postales antiguas. Me llamo Pedro Ribera y desde hace meses vivo con Rita en una casa de ventanas verdes y alegres que dan a la Rua Santa Maria.

Me llamo Pedro y, aunque parezca raro, me llevo bien con Pablo, al que tiendo siempre la mano cuando nos vemos en la tertulia del Café Campanario. Él dice que es mi amigo y que en contra de mí no tiene nada, pero claro está que la procesión le va por dentro, creo que nunca logra olvidarse de que soy feliz casado con Rita y, además, supongo que, a pesar de que le trato con el lógico respeto y mucho tacto, sospecha —y no se equivoca— que a veces le compadezco, sobre todo esos días en que le veo reventar de borrachera y amargura. Pero, en fin, nos llevamos como personas civilizadas, que es lo que en verdad cuenta. Y, además, la isla es muy pequeña. No sólo nos vemos en la tertulia del Campanario sino en todas partes.

En fin. Ese día, después de haberme desperezado a gusto, dejé que Rita siguiera durmiendo y fui a afeitarme, y en el lavabo canté un tango. Mientras lo hacía —puedo equivocarme tan sólo unos cuantos minutos—, Mayol llegaba al Bom Jesus, y Esteves le llevaba hasta la conserje y allí le dejaba, se despedía para continuar viaje en el taxi hasta su casa.

—Creía que vivía en el hotel —dijo Mayol.

Esteves sonrió, le dijo:

—Pero, hombre, ¿cómo voy a vivir en el hotel? Soy el dueño, pero tengo mi casa propia. Bueno, señor Mayol, encantado de haberle conocido. Si necesita algo, no dude en hablar con el director del hotel y él sabrá dónde encontrarme.

—Entonces, ¿usted no dirige el hotel?

Esteves volvió a sonreír, le dijo:

—Pero, hombre, yo ya soy mayor para dirigir hoteles, prefiero que lo hagan otros y yo ser el propietario.

—Adiós, señor Esteves —dijo Mayol un tanto decepcionado al pensar que aquel hombre, de una forma amable, se estaba simplemente desembarazando de él.

—Adiós —dijo Esteves y, dándose media vuelta, regresó al taxi.

La intuición le decía a Mayol que, al igual que ya le había sucedido en

Oporto y Lisboa, su destino parecía empeñado en marcarle el camino de continuar solo, sin relaciones ni amigos, tristemente solo y perdido, enfrentado cara a cara con la nada.

Poco después, al entrar en el cuarto de hotel, se dijo que tal vez estaba teniendo una ridícula regresión infantil, se dijo que estaba comportándose como en su época de colegial, actuando como en los días aquellos de su adolescencia en los que se movía de una forma angustiosa buscando hacer amigos.

Con todo, había notables diferencias entre su búsqueda de amistades en el colegio y la que estaba llevando a cabo en aquel viaje. En la escuela él buscaba niños que quisieran ser sus amigos no porque deseara tener amistades —lo cual le importaba un verdadero comino, pues a todos sus compañeros de clase los encontraba cataplasmas y mocosos—, sino porque lo pasaba muy mal cuando llegaban los días de fiesta y sus padres le preguntaban con qué amigos había quedado para salir y él tenía que decir que con nadie y veía la cara de preocupación de los pobres padres. Lo pasaba tan mal cuando ellos le hacían aquella pregunta, lo pasaba tan horriblemente mal por ellos —que eran las únicas personas del mundo que le interesaban—, que llegó a inventarse unos amigos, lo que durante un tiempo le obligó en los días festivos a salir de casa —de haber sido por él nunca se habría movido de ella— y entrar en cines o deambular absurdamente por la ciudad a la espera de que llegara la bendita hora de poder regresar al hogar.

A diferencia de esa búsqueda de amistades en el colegio, la que Mayol había emprendido en su improvisado viaje vertical al sur venía condicionada por su necesidad extrema de no estar solo y obligado todo el rato a mirar cara a cara a la nada. Pero en realidad los otros seres humanos, al igual que ya le había sucedido en su etapa escolar, habían vuelto a importarle de nuevo un verdadero comino —a medida que se iba alejando cada día más de Barcelona, se sentía también cada vez más alejado y decepcionado del género humano—, pero no deseaba quedarse a solas encarando, por ejemplo, el poco cristiano suicidio como solución, pues había comenzado a odiar la vida por amor a ella, por amor a la vida precisamente.

Entró en el cuarto de hotel del Bom Jesus y, al igual que ya había hecho en las habitaciones de hotel de Oporto y de Lisboa, procedió a investigar a



fondo lo que allí había. Por tercera vez en poco tiempo, buscó el televisor y el mando a distancia —relativamente visibles, como era habitual—, el armario con las otras almohadas para la cama, el minibar —como siempre algo camuflado—, el cuarto de baño y los productos de tocador, y finalmente —hasta que no se asomaba a ella no se sentía realmente en la ciudad a la que había llegado— la ventana.

La ventana daba a la animada Rua do Bom Jesus, se intuía el Atlántico más allá de las casas, y por primera vez en todo el viaje iniciado en Barcelona tuvo la sensación de lejanía, de estar perdido en medio del océano, lejos ya de todo, y se dijo que tal vez esa lejanía era precisamente el mayor encanto de Funchal. Procedente de la calle, se oía el vago rumor de una melancólica música de acordeón. Observó que predominaba el azul en todo lo que su vista abarcaba desde aquella ventana. Azul, lejanía, acordeón callejero. Le invadió de pronto una extraña sensación de difusa felicidad desesperada.

Tomó el mando a distancia y puso en funcionamiento el televisor. Quería saber si éste, también allí en Funchal, seguía cumpliendo con él funciones de oráculo. Apareció en pantalla el protagonista de la serie *El fugitivo*. Mayol sonrió, estaba claro que la televisión seguía estando de su lado y había querido indicárselo con la mayor claridad, porque si algo estaba claro era que el fugitivo era él, obligado a una huida interminable hasta que encontrara al culpable de sus desdichas.

Cambió de canal. Estaban dando una noticia sobre Sudáfrica, sobre la esposa de Mandela. No, esa mujer seguro que ni era la culpable de nada relacionado con él ni era capaz de transmitirle mensaje alguno. Volvió al canal donde daban *El fugitivo* y vio lo que restaba de película, el desenlace de ésta fue el mismo de siempre: la pesadilla de tener que huir sin rumbo fijo.

Luego se duchó, se cambió de ropa, volvió a probar si la televisión tenía algo más que indicarle. Entró directamente en una película portuguesa de los años sesenta. Una mujer acababa de entrar en el despacho de un hombre trajeado. «¿Cómo estás, María?», preguntaba él con aire sorprendido. Y ella le decía: «Por favor, Mario, he venido a pedirte que no te ensañes con él».

Una mujer llamada María visitaba a un hombre para pedirle que no hundiera a alguien al que posiblemente ella quería. ¿Contenía algún mensaje para él aquella escena? Tal vez desde Barcelona su mujer le estaba pidiendo

clemencia para que no se ensañara con Julián, el hijo de ambos, el pobre Julián de la Atlántida. Sí, tal vez ése era el mensaje, no vio otra manera mejor de entender lo que había tratado de comunicarle su oráculo.

Está bien, pensó Mayol, no aplastaré al imbécil de Julián.

Al darse cuenta de que, como en los buenos tiempos —aunque hubiera sido sólo mentalmente—, volvía a hablar con su mujer, Mayol notó la entrada de cierto aire eufórico en su vida. Decidió bajar a recepción y pedir un plano de Funchal.

Ahí, en recepción, fue la primera vez en mi vida que vi a Mayol. Se encontraba hablando con Maria, la conserje, y me llamó la atención precisamente la expresión de difusa felicidad desesperada de aquel nuevo cliente de mi hotel. Porque yo soy el director del Bom Jesus. Acababa de incorporarme aquella mañana a mi trabajo de cada día cuando vi a Mayol desplegando ante Maria un mapa gigantesco de Funchal. Mayol no era de esos clientes que pasan desapercibidos, me impresionaron sus ojos de un insólito azul claro. Y llamaba también mucho la atención su dandismo, su manera de vestir un tanto anticuada pero sumamente elegante. Como todos los dandys —y por decirlo con palabras de Baudelaire— parecía un sol poniente. Al igual que ese astro cuando declina, se le veía soberbio, privado de color y pletórico de melancolía.

Y, aunque no hubiera sido un dandy, Mayol me habría llamado la atención por ese pañuelo de antes de la guerra que asomaba por el bolsillo superior de su chaqueta, una chaqueta no demasiado necesaria —por no decir nada necesaria— a aquella hora en que el clima de la isla es más tropical que nunca. De todos modos me fijé en él sólo de pasada, no porque no me hubiera llamado la atención sino porque tenía en el despacho mucho trabajo atrasado.

—Señor Ribera —recuerdo que me dijo Maria—, tiene una llamada urgente de São Vicente, que se ponga en contacto con el señor Toscano.

Mayol se inclinó hacia adelante, hacia el mapa de Funchal y hacia Maria, y luego me miró a mí, y se le escapó un tic, como el morro de un perro cuando investiga un aroma.

Fui hacia el despacho. Debí de entrar en él más o menos en el preciso instante en que Mayol salía a la calle y comenzaba a andar por Rua do Bom Jesus. Por lo que he podido saber, anduvo por esa calle hasta doblar una

esquina, donde se encontró con la persona que tocaba la melancólica música de acordeón y a la que le dio unas monedas, todas las que llevaba en el bolsillo. Luego, siguió su camino. Rua das Hortas, Rua de Fernando Ornelas, Rua do Visconde do Anadia, bañada por una poderosa y extrema luz atlántica. Mayol, que empezaba a sentirse a gusto en Funchal, vagando solitario por aquellas calles, siguió descendiendo hacia la Avenida do Mar, donde se encontró finalmente con la Rua dos Profetas, que estaba envuelta en una viva algarabía matinal, y se encontró también con el mar, y entonces se sintió de golpe conmovido y pensó: Es increíble y por eso sólo puedo decírtelo a ti, Julia, pero es que compréndelo, es muy raro, estoy seguro de haber estado aquí antes de haber estado nunca, no sé si me explico.

Su existencia había comenzado a naufragar con difusa felicidad desesperada en Puerto Metafísico. Pero esto no lo vio Mayol en un primer momento sino en el preciso instante en que, según he podido saber —me lo contó él aquel mismo día, y poco tiempo después lo repetiría ante ese magnetofón en el que, durante siete sesiones intensivas, fue reconstruyendo para mí la historia de su exilio—, miró al horizonte y creyó ver un buque blanco, tal vez fantasmal, y se puso de repente muy metafísico en ese indiscutible Puerto Metafísico que a mí me parece que es Funchal, y pensó Mayol: Como las cosas no podían ir a peor, han mejorado.

Mayol estaba resignándose a vivir solo, entretenido con lo que veía y con sus pensamientos. Se concentró como nunca lo había hecho en su vida, y lo hizo para tratar de averiguar qué estaría escupiendo para él, en aquel momento, la televisión, su flamante oráculo. Y no logró averiguar nada, absolutamente nada. Volvió a mirar al horizonte, y entonces debió de pasar un ángel. Se sentó en un banco azul para mirar mejor y con más calma el horizonte. Debió de pasar un ángel o algo parecido, porque lo que a continuación sucedió parecía estar fuera de este mundo. De pronto se acercaron a paso lento dos hombres de la edad de Mayol, y uno de ellos le dijo al otro mientras dudaban en sentarse en el mismo banco que Mayol:

—La Ética les aterró con sus axiomas y corolarios... Leyeron sólo los pasajes marcados con un lápiz y entendieron esto, fíjate bien: La sustancia es lo que es en sí, por sí, sin causa y sin orden. Esta sustancia es Dios.

—¿Estás seguro? —le preguntó el otro.

—Pues claro. Él es sólo Extensión, y la extensión no tiene límites. ¿Con qué limitarla? Pero aunque sea infinita, no es lo infinito absoluto, ya que no contiene más que un género de perfección, y lo Absoluto los contiene a todos.

No conversaron en los términos exactos aquí reproducidos, porque Mayol fue incapaz de recordar con precisión su complicado diálogo, pero más o menos dijeron estas frases tan raras, impropias de dos ancianos de Madeira.

Para mí que eran dos imitadores de Bouvard y Pécuchet, o bien dos seres de otro mundo. Mayol siempre se negó a aceptar ambas teorías. Para él, eran dos señores de Funchal que hablaban raro, y punto. Volvió a reafirmarse en esto cuando ante el magnetofón tuvo que evocar ese episodio. Yo insistí en que podían ser perfectamente dos actores aficionados, que en esas fechas estaban ensayando esa puesta en escena de *Bouvard y Pécuchet* que tuvo lugar en el teatro Baltazar Dias.

—Piénsalo bien —le dije—. ¿Uno de ellos no aspiraba pulgaradas de tabaco y el otro se ponía rojo de atención?

—No. Eran dos señores que se plantaron ante mí para poder reflexionar sobre materias filosóficas que les preocupaban.

—¿Estás seguro?

—Eran dos personas de mi edad enzarzadas en una discusión rara, y eso es todo.

—¿Ya has leído *Bouvard y Pécuchet*?

—No.

—Entonces, ¿cómo puedes estar tan seguro de que no eran imitadores de Bouvard y Pécuchet? Seguro que caminaban cansinamente...

—Pues te equivocas. Es más, ahora que lo recuerdo se alejaron los dos diciendo que iban en globo.

Estaba claro que a Mayol le aburría volver a discutir conmigo sobre si eran o no dos imitadores de Bouvard y Pécuchet. Lo de que iban en globo trataba de disparar la conversación hacia nuevas perspectivas.

—¿En globo? —pregunté.

—Y con un frío glacial. Porque también, ahora que lo recuerdo, les oí comentar esto. Dijeron que se sentían inmersos en una carrera muy fría, en una competición de globos por parajes helados.

—Pues eran más raros de lo que pensaba —bromeé.

—Sí. Lo eran tanto que uno de ellos, al hablar del itinerario de esa carrera de globos en la que creían de forma imaginaria estar participando, dijo que no faltaba mucho para que descendieran, en vuelo directo, por el Ganges hasta llegar a la bahía de Bengala, y de allí al océano Índico y no sé qué más dijeron entonces... ¡Ah, sí! Que les esperaba el río Nilo y las pirámides y el desierto y yo qué sé qué más cosas raras dijeron. Pero no eran imitadores de Bouvard y Pécuchet. Creo que ahora ya ha quedado más claro que nunca.

—Sobre todo —le seguí la corriente como si estuviera yo también cruzando por una locura pasajera— si tenemos en cuenta que la carrera de globos transcurría por parajes fríos.

—Eran muy fríos porque ellos viajaban hacia un abismo sin fondo.

Molesto por la agilidad de las respuestas de Mayol, decidí tomar la iniciativa del diálogo y sorprenderle.

—Quizás nunca has visto a esos dos hombres y sólo son tu abismo sin fondo.

Ni parpadeó.

—Hacia él precisamente me dirijo —respondió enigmáticamente—. Cada día que pasa me hundo más en mi Atlántida.

# LA ATLÁNTIDA

Acaecieron grandes terremotos e inundaciones y, en el breve espacio de una noche, la Atlántida se sumió en la tierra entreabierta.

PLATÓN

## LA VUELTA AL COLEGIO

Al atardecer del día en que Mayol aterrizó en Madeira, su sobrino Pablo andaba ya desencajado tras su quinto gin-tónico en la terraza del Café Campanario cuando de repente, en la casualidad de la calle y como una extraña alucinación, vio pasar frente a él a su tío de Barcelona.

No puede ser, pensó Pablo. «Tengo que dejar de beber», murmuró. Volvió a mirar por si no había visto bien. Y entonces no es que viera doble pero vio a su tío de Barcelona acompañado nada menos que por mí. Qué horror, pensó. «Tengo que dejar de beber», murmuró.

Ya es la segunda vez que me pasa, pensó. «Pero ahora es más grave, porque en Oporto mi tío era un fantasma que no iba acompañado por Ribera», murmuró.

Llevaba Pablo el mismo grotesco sombrero que había comprado en Oporto y del que asomaban unos tristes mechones grises. Hasta ese momento en el que creyó tener una alucinación, Pablo se había sentido tranquilo aunque enojado por la clase de gente que había ocupado la terraza del Café Campanario. Nada le molestaba más que llegar el primero a la tertulia y tener que soportar a una plaga de extranjeros imbéciles sentados en la terraza del Campanario. Llevaba un buen rato soportando como podía la presencia, por ejemplo, de una pareja inglesa en la mesa de al lado, unos perfectos cursis. Por no hablar de un americano calvo que tenía sentado en la mesa de enfrente, o del flaco francés vestido de negro que escribía postales que Pablo había espiado quedando horrorizado por el lenguaje subnormal de aquel individuo.

Vaya colección de tipos intolerables, había pensado. «Son para deprimir a cualquiera», había murmurado. Estaba diciéndose esto cuando pasamos Mayol y yo por delante de él sin verle, y eso que andaba yo mirando si había ya llegado alguien de la tertulia y había cogido mesa en el Campanario.

—No puede ser —gritó Pablo.

Al volverse Mayol para ver quién acababa de lanzar aquel grito en español, se quedó traspuesto: la expresión de su rostro era de absoluta perplejidad, la misma que se reflejaba en la cara de Pablo.

Como es lógico, no entendí nada.

—Te presento a Pablo Setvalls —le dije a Mayol—. Un compatriota tuyo que, cuando quiere, es el alma de la tertulia.

—¡Pero si es mi sobrino! —dijo Mayol.

Pensé que se trataba de una más que extravagante salida de tono, y quise creer que había oído mal.

—¿Cómo has dicho? —pregunté.

Mayol y yo hacía tan sólo dos horas que nos conocíamos y ya nos tuteábamos, hablábamos como si nos conociéramos de toda la vida. Dos horas antes, siguiendo las instrucciones de Esteves y cansado de llevar tanto tiempo sin apenas comunicarse con nadie, Mayol había requerido mi presencia en recepción. Le movía la idea de, a modo de excusa para hablar con alguien, preguntar el teléfono de Esteves. Mayol estaba ya cansado de no atreverse, por delicadeza, a intentar salir de sí mismo y buscaba, aun corriendo el riesgo de ser rechazado, tratar de conectar con el mundo exterior, hacer amigos como fuera.

A la llamada de Mayol, yo había acudido a recepción algo intrigado, pues normalmente los clientes no suelen preguntar por mí, entre otras cosas —no deja de ser un alivio— porque a la mayoría de ellos ni se les ocurre que pueda haber en el hotel un despacho en el que hay un director que esté a disposición de ellos. Casi sin darme tiempo a saludarle y preguntar qué deseaba, Mayol, en un portugués rancio, me bombardeó a preguntas sobre la isla. Quería saber el teléfono de Esteves pero también quería información sobre restaurantes y posibles excursiones por el norte de la isla, y también saber cuál era el lugar más indicado para cambiar dinero, y hasta quería conocer el nombre del periódico local y —lo más inesperado de todo— el



número de partidos políticos que había en la isla.

Cuando terminó con su nervioso bombardeo de preguntas y me dio la oportunidad de contestarle algo, le dije que hiciera el favor de hablarme en su lengua, pues yo también era español.

—¡Caramba! —dijo—. ¿Y de dónde es usted? A ver, deje que lo adivine. ¿Cántabro?

Sonreí.

—No lo ha acertado. Soy de Madrid, pero también de Sevilla... ¿Y usted, señor Mayol? Su apellido parece catalán.

—En efecto. Soy catalán —dijo.

Y se quedó melancólico.

—Nunca estuve en su tierra —le comenté—, pero créame que ganas de conocerla no me han faltado.

—¿Y qué hace un madrileño o sevillano, lo que usted sea, aquí en Madeira?

—La vida —respondí.

Aún no había terminado de contestar esto cuando Mayol, obedeciendo a una urgencia imposible de aplazar, me dijo que se iba al lavabo pero que volvía enseguida. Cuando regresó, como si la hubiera estado meditando en el lavabo, me hizo a bocajarro esta pregunta:

—¿Hay independentistas en esta isla?

Le expliqué que en Madeira no vivió nadie hasta que la descubrieron en el siglo XV los portugueses.

—¡Qué imagen más impresionante si uno la piensa un poco en profundidad! —comentó—. Una isla desierta durante siglos y siglos.

Le expliqué que la ausencia de personas hasta la llegada de los portugueses convertía en surrealista cualquier idea de independencia. Le expliqué que ése no era el caso, por ejemplo, de las Canarias que, a fin de cuentas, estaban habitadas por los guanches antes de la llegada de los españoles.

Le pregunté, en broma:

—¿No habrá venido a Madeira con la idea de organizar un movimiento independentista?

Se lo tomó en serio.

—¿Cree que a mi edad estoy en condiciones de hacer una cosa así? He venido de vacaciones. Cansado de mi familia. —Se quedó pensativo, parecía también de nuevo melancólico—. O, mejor dicho, he venido porque he venido y en realidad no sé por qué estoy aquí. No hago más que llegar a una ciudad y, como si huyera de algo, marcharme de inmediato a otra. Fui a Oporto, al día siguiente ya estaba en Lisboa, hoy en Funchal. Mañana no me extrañaría que me fuera a Cabo Verde.

—¿No le gusta el hotel?

—Sí, pero ojalá tuviera una sucursal en Cabo Verde y otra en el estrecho de Magallanes. Ya ve lo que le digo...

Le expliqué que ir a Cabo Verde, al sur del sur de Madeira, era bastante kafkiano, porque no había vuelos directos, había que subir hasta Lisboa y desde allí tomar un avión que, pasando por encima de Madeira, le dejaría en Cabo Verde. Le expliqué que había, por tanto, que ir kafkianamente hacia arriba para poder luego ir hacia más abajo del sitio en el que se encontraba cuando se fue hacia arriba.

—¿Entonces ya no voy a poder seguir descendiendo verticalmente como he venido haciendo hasta ahora?

Pregunta rara, muy rara me pareció esta pregunta, pero también original y hasta literaria. No sé cómo fue que pasamos a hablar de barcos mercantes y él acabó contándome que acababa de ver en el horizonte un buque blanco fantasma, y enlazó esto con la narración minuciosa —observé que se detenía mucho en los pequeños detalles— de su perplejidad reciente por la conversación extraña que habían sostenido una hora antes frente a él dos ciudadanos de Funchal que se habían dedicado a hablar en voz alta de Ética, lo que me llevó a decirle —consolidándose en ese instante la corriente de mutua atracción y simpatía que se había ido estableciendo entre nosotros— que seguramente había visto a dos imitadores de Bouvard y Pécuchet. De eso a invitarle a mi tertulia de todas las tardes en el Café Campanario sólo había un trecho, que yo recorrí generosamente.

—¡Pero si es mi sobrino! —decía Mayol, dos horas después, al ver a Pablo.

A su vez Pablo, medio asustado y casi tartamudo, decía:

—Pero, tío Federico, ¿qué haces tú por aquí? ¿Así que no eres un

fantasma? Porque tú eres tío Federico... ¿O no?

—El mismo. El hermano de tu madre. Tu tío. Tienes la misma cara de cuando tenías quince años y querías ser futbolista. ¿Lo llegaste a ser? No, me parece que no, me habría yo enterado... Pero oye, es asombroso, casi no has cambiado nada, hijo. No lo puedo ni creer.

Tampoco yo, como es lógico, podía acabar de creermelo lo que estaba pasando.

—Pero ¿qué haces tú por aquí? —le insistió Pablo—. ¿Y tía Julia? ¿Ha venido contigo?

—No. Ella ha preferido quedarse en Barcelona —dijo Mayol—. Yo estoy dando la vuelta al mundo en treinta días.

Pablo miró a su tío con estupor renovado.

—¿La vuelta al mundo? —le dijo, y se lanzó hacia su tío, le abrazó emocionado. Durante unos minutos casi interminables estuvieron hablando, largo y tendido, de sus respectivas familias. De vez en cuando se abrazaban de nuevo y aquello parecía que no iba a terminar nunca. Cuando por fin se serenaron algo y pasaron a hablar de Oporto, me convertí en el involuntario testigo de la reconstrucción minuciosa de sus pasos y horarios en esa ciudad en la que hacía poco habían coincidido sin acabar de encontrarse en la casualidad de las calles.

—Estás muy bebido —le dijo de pronto Mayol a su sobrino.

—¿Y qué? —respondió éste con agresividad—. Que yo sepa tú no eres mi mujer ni mi padre y, además, ya soy mayorcito para beber lo que quiera. ¿No habrás venido a Funchal para hacerme de padre?

—Pero ¿qué tienes, hijo? No te imaginaba bebedor. ¿Tienes algún problema?

Pablo no se anduvo con rodeos y se dejó llevar por la franqueza que a veces da el alcohol, le dijo:

—Mal de amores, tío Federico. ¿Te parece poco? Me he quedado sin mujer y las lavanderías me importan un rábano. Y este hombre que te acompaña, este jovencito director de hotel, este pedazo de buena persona, se ha quedado con Rita. Rita era mi mujer. Este tipo, ahí donde lo ves, me la ha robado, y sin embargo le aprecio. ¿Te parece poco? No puede ser todo más triste para mí. Me he convertido en un desgraciado y en un divorciado, y doy

pena. Mírame, tío Federico, doy pena.

En lugar de mirarle a él, Mayol me miró a mí, y parecía que estuviera preguntándome por qué le había robado la mujer a su sobrino. Por suerte, en ese momento, llegó el cojo Esteves, mi distinguido señor jefe.

—Bueno —le dijo a Mayol—, ¿qué hace usted por aquí? ¿Le han invitado a nuestra tertulia?

—Ya ve —dijo Mayol, alegrándose al ver a Esteves.

Poco después, mientras Pablo pedía otro gin-tónico, llegaron casi al unísono Sousa y Neto. Y cuando ya le estaban sirviendo la nueva copa a Pablo, aparecieron Barbosa y dos estudiantes suyos, a los que había invitado a la tertulia.

Después, fueron llegando Pires, Bastos, Medina y otros. Cuando estábamos conversando unos sobre fútbol y otros sobre el asesinato de un traficante de drogas en Cámara de Lobos, apareció con su pomposidad habitual Manuel da Cunha y se produjo el también habitual silencio respetuoso con el que saludábamos, cuando se dignaba presentarse en el Campanario, la llegada del Maestro, que así lo llamábamos todos, algunos últimamente a regañadientes, porque lo encontrábamos cada día que pasaba más solemne, engreído y plomizo.

Al ver aparecer al Maestro, Mayol se preguntó dónde había visto a aquel hombre antes. Justo al estrechar su mano, recordó. Era el viejo de pelo rizado al que había visto en el televisor de Lisboa decir que él no se aburría nunca porque se dedicaba a memorizar un libro. Pero, aparte del viejo de pelo rizado, aquel hombre le recordaba a alguien más, pero no acertaba a averiguar de quién podía tratarse.

—No vamos a esperar al joven Toscano —dijo Da Cunha refiriéndose a la inclinación de ese tertuliano a ser en los últimos tiempos el abanderado de una facción disidente que se divertía boicoteando al Maestro—. De modo que yo creo que ya podemos empezar. Y ojalá hoy no aparezca Toscano.

Empezar, para Da Cunha, significaba citar en voz alta y rayando el ridículo más absoluto —al modo de esas plegarias ancestrales que se rezan en acción de gracias a Dios antes de las comidas— al poeta Fernando Pessoa.

—Y las metafísicas perdidas —recitó el Maestro, amante siempre de aquel ritual que se había inventado— por los rincones de los cafés de todas

partes, las ideas casuales de tanto casual, las intuiciones de tanto don nadie, quizás un día con fluido abstracto y sustancia implausible formen un Dios y ocupen el mundo.

—Amén y alabado sea Pessoa que es nuestro Dios, nuestro santo de cuerpo incorruptible, alabados sean el mundo y los cafés de todas partes, alabado sea Pessoa, alabado sea Dios —se oyó decir.

Era el impertinente Toscano incorporándose a la tertulia.

Neto entró en acción y parodió las oraciones del Maestro y de Toscano. Se descolgó con unos versos del poeta Pedro Tamen:

—Desde lo alto os hablo, desde donde añado azul de muchos colores al otro azul que vuestros ojos ven.

Mayol miró primero a su sobrino y después me miró a mí, se le veía algo desconcertado. Me di cuenta de que debería haberle advertido que, aunque nunca llegaba la sangre al río, desde hacía un tiempo, aquella tertulia era a ratos un polvorín. Cuando menos uno lo esperaba, la tertulia se veía zarandeada por ciertas turbulencias. Aquel día, en concreto, las turbulencias no habían podido llegar más pronto.

El Maestro, como solía hacer cuando era objeto de burla, prefirió simular que no se había enterado de nada, y prosiguió imperturbable:

—A ver, le doy la palabra al que haya leído hoy algo digno de ser comentado.

Siempre era así cuando el Maestro acudía a la tertulia para presidirla. Rezaba la oración a Pessoa y luego abría la tertulia literaria ofreciendo la palabra a quien hubiera leído aquel día algo digno de ser comentado.

Como nadie ese día parecía querer ser el primero en hablar, el Maestro insistió:

—No iréis a decirme que hoy nadie tiene un libro o un simple artículo de prensa que comentar...

Silencio absoluto. Lo rompió el camarero al acercarse para saber qué íbamos a tomar. Como casi siempre, café para todos menos para Pablo, que se gastaba cada día una fortuna en gin-tónicos.

—A ver, Bastos, cuéntanos tú algo —dijo Da Cunha alzando el dedo índice.

Entonces Mayol cayó en la cuenta de a quién le recordaba Da Cunha.

Aquel gesto con el dedo índice y el tono de voz con vocación de severidad le habían traído a la memoria al último profesor que había tenido en la escuela. También aquel hombre tenía el pelo rizado como Da Cunha y, sin ser muy parecidos físicamente, había un aire de familia entre los dos.

Por un momento, Mayol, al recordar su adolescencia rota por la guerra civil, sintió que había entrado en un túnel del tiempo.

—Lo siento —dijo Bastos—, pero hoy no he podido leer nada, he tenido que sustituir a un colega enfermo en el Casino.

—Pues a ver —volvió a alzar su dedo índice el Maestro—, le doy la palabra a Pires, que parece tener ganas de intervenir.

Pires dijo que tenía pocas ganas de hablar porque se había pasado el día discutiendo con su mujer, pero que si no quedaba más remedio diría cuatro palabras. Y entonces contó que no hacía más de una hora que había terminado un libro muy interesante, aunque raro, por no decir rarísimo, un libro cuya inteligencia lo convertía en fruta prohibida para según qué tertulianos. El autor de ese libro era un fraile de Siena del siglo XVIII que se dedicaba a reflexionar a fondo acerca de una pregunta tan estrambótica como inquietante: Por qué los candelabros de bronce lloran amargos lagrimones. O, dicho de otro modo, concluyó Pires, por qué las velas se consumen solas.

Toscano comenzó a patear el suelo. Pablo dijo que aquel libro sólo podía ser una lata. Manuel da Cunha ordenó que Pires siguiera hablando. «Pero es que», le dijo Pablo al Maestro, «es una solemne tontería eso de los lagrimones y las velas, son ganas de querer hacerse pasar por lector de libros originales». Bastos le preguntó a Pablo si tenía él algo mejor que contar.

—Pues sí —dijo Pablo—, más que contar tengo algo que advertiros y es que, como cada día, se os está enfriando a todos el café.

Pires le trató de idiota y le dijo que a él se le estaba calentando la ginebra, lo cual era aún mucho peor.

A Mayol no le hizo la menor gracia que trataran de idiota a su sobrino, y se planteó intervenir. No quería llamar la atención en su primera asistencia a la tertulia, pero al mismo tiempo sentía como un deber ineludible salir en defensa de su sobrino. Finalmente, optó por decir algo:

—Sé que no soy nadie en esta tertulia, sé que no debería meterme donde no me mandan, pero no veo nada bien que a mi sobrino se le trate de idiota.

Mi sobrino.

Todo el mundo había oído eso: mi sobrino. Había cejas enarcadas, rostros de incredulidad, cierto estupor. Me vi obligado a explicar que, en efecto, mi invitado de aquel día a la tertulia era el tío de Pablo.

—Que sea mi tío no tiene por qué pareceros tan raro —dijo Pablo, que se sentía fortalecido por el apoyo de Mayol—. ¿O es que no puedo tener yo un tío?

Por si la tertulia no estaba ya bien complicada aquel día, aún se complicó todo mucho más cuando se acercó un perro sin amo, un perro al que todos conocíamos y con el que Pablo a veces incluso hablaba, porque decía que era la reencarnación de un santo. Por si no estaban ya tensos los ánimos —Mayol, que estaba encantado ante la posibilidad de hacer amigos nuevos, no paraba de sufrir temiendo que en cualquier momento la tertulia se disolviera para siempre—, no se le ocurrió a Sousa nada mejor que apartar al perro de un puntapié. Medina se mostró indignado y le dijo a Sousa que tuviera mucho cuidado con lo que hacía, que a los perros no se les trataba a patadas.

—¿Ah, no? —dijo Bastos.

—No hay que olvidar que los perros son criaturas de... —dijo Pablo.

—¿Criaturas de quién? —quiso saber Bastos.

—Sabes muy bien de quién —le contestó Pablo.

Siguió una discusión violenta, ridícula. Manuel da Cunha intentó pararla sin el menor éxito. A Mayol le pareció que aquello era como un aula escolar en la que nadie se calla y nadie se está quieto. Y eso le llevó a recordar otros tiempos, cuando en el colegio todos se le subían a las barbas al maestro. En medio de aquel rumor escolar, Neto logró imponer su palabra y contó una breve historia que dijo que acababa de leer en su casa, se trataba de una historia que sucedía en un bello día soleado.

—Un bello día soleado —dijo Neto—, un líder político notó que su sombra lo estaba abandonando y se alejaba ya velozmente. Le ordenó a la sombra que volviera, al tiempo que la trataba de sinvergüenza. Sinvergüenza, le decía, vuelve aquí. Entonces la sombra se volvió un momento y, antes de seguir corriendo, le dijo que si ella fuera una sinvergüenza no le habría nunca abandonado.

—Muy bien, pero que muy bien —aplaudió Toscano—. Este cuento

breve podríamos perfectamente aplicarlo al Maestro, nuestro líder natural.

Mayol me miró aterrado. Como no sabía que en realidad nunca llegaba la sangre al río, temía que se disolviera la tertulia y se le cerraran las puertas que se le habían abierto para que él pudiera hacer amigos. Estuve a punto de acercarme y decirle que no se preocupara, que aquello últimamente era habitual, que la tertulia pasaba casi cada día por una o dos turbulencias, pero que también había momentos de paz y descanso. También estuve a punto de decirle que no viera aquel polvorín como algo extraño, que Madeira no tenía nada que envidiar a la isla más feliz y tranquila del mundo, pero que no había que olvidar, de todos modos, que se encontraba en una isla que en la prehistoria había surgido del fondo del Atlántico tras una violenta erupción volcánica. Paz y polvorín, eso ha sido siempre Madeira desde que la pisó el primer portugués.

—Te crees ingenioso —le dijo Bastos a Toscano—, pero en realidad no produces más que cagaditas, pura diarrea de cabra suelta.

—Y tienes toda la razón —le dijo Toscano encantado, pues si de algo alardeaba era precisamente de ser un teórico de lo que llamaba «literatura minúscula»—, tienes toda la razón del mundo, amigo Bastos, aunque la verdad es que si, en lugar de cagaditas de cabra, hubieras dicho escritor de fragmentos fragmentados, de haikús aportuguesados y de relatos ultracortos, habrías tenido aún más razón de la que tienes.

Como la tensión iba en aumento, al Maestro no se le ocurrió mejor cosa que darle la palabra a Mayol, le pidió que hablara del último libro que le había impresionado, confiaba en que la intervención de un tertuliano neutral —no aliado ni con él ni con Toscano— tranquilizara algo los ánimos.

Todas las miradas se posaron en Mayol. Y entonces éste, tratando de salir del paso como fuera, dijo que leía mucho.

—Mucho —dijo—, yo he leído mucho, muchísimo, toda la vida me la he pasado leyendo, amo la cultura —dijo.

—¿Y bien? —dijo el Maestro.

—Lo último que he leído y que más me ha gustado —dijo Mayol, con una terrible zozobra, temiendo que se descubriera su profunda incultura— es *Bouvard y Pecuchó*.

Pecuchó, dijo. Todo el mundo se le había quedado mirando, y entonces



Mayol cayó en la cuenta de su error y rectificó a tiempo.

—*Y Pécuchet* —dijo—. Pero hace una semana que no leo nada, porque algo muy grave se ha cruzado en mi vida.

Mayol dijo esto para desviar la atención sobre los libros que leía, lanzó una columna de humo tratando de llevar la conversación a parajes más cómodos para él.

—¿Y qué es, señor Mayol, eso tan grave que le impide no sé qué? —preguntó Barbosa.

—Yo estoy aquí de luto en Madeira —dijo Mayol, iniciando un monólogo deliberadamente embrollador que llevara la tertulia lejos de senderos culturales— porque mi mujer ha decidido vivir su vida de anciana sin mí, lo que me lleva a decirles que eso, como es comprensible, me ha sentado como un tiro, aunque no puede hablarse de un tiro de gracia porque, aunque ella no lo sabe y piensa que ahora vive su vida sola, no hace más que vivirla conmigo. Pues, a pesar de que estoy aquí en Madeira, a la pobre Julia la estoy viendo ahora volver de la huerta que tenemos en nuestra segunda residencia, la veo a ella siempre que me da por verla, pues, en contra de lo que la pobre cree, no ha logrado deshacerse por completo de mí. En mi imaginación la veo cuando me da la gana. Sí, ahora mismo, por ejemplo. La estoy viendo volver de la huerta. Ya han brotado los surtidores verdes de los ajos, y también los fantásticos guisantes y las patatas que plantamos juntos cuando ella todavía no me había pedido que la dejara sola para el resto de sus días.

Silencio, cierto estupor. Silencio que rompí yo preguntándole si era cierto —me había interesado mucho aquella historia— lo que acababa de confesarnos. Mayol dijo que era rigurosamente cierto, que era una historia que no estaba en los libros, sino escrita en su propia vida. Se oyó una suave protesta de Pablo, recriminándole a su tío que no le hubiera dicho hasta entonces que tía Julia había elegido vivir sola.

Yo estaba convencido de que, con la confesión de Mayol, la tertulia iba a entrar en una fase de mayor tranquilidad, pero no fue así porque Toscano se encargó de que retornáramos todos al polvorín.

—Yo también tengo una historia como la del señor Mayol —dijo—, pero no está escrita en mi vida sino en mi cuaderno de notas. Una historia breve.

La he escrito poco antes de venir aquí, y os la voy a leer.

—No queremos conocerla —dijo Pires.

Pero el Maestro ordenó que, en un ejercicio democrático ejemplar, dejáramos a Toscano leer su cuento ultracorto.

Me temí lo peor, y no me equivocaba.

—Cuando su majestad Manuel da Cunha —leyó Toscano— preguntó al consejero secreto de su reino y presidente de su tribunal supremo a qué se debía que perdiera todos sus procesos ante el tribunal supremo de apelación, la breve y heroica respuesta del consejero fue la de que su majestad Da Cunha nunca tenía la razón.

—¡Hasta aquí podíamos llegar! —dijo Bastos.

—Es el último cuento homosexual que escucho —dijo Pires.

—¿Existes, Toscano? —preguntó Sousa.

Ni mi intervención ni la de Esteves, que éramos neutrales, logró arreglar algo. Las cosas habían ido demasiado lejos. Manuel da Cunha dijo que se iba con la fiesta y la tertulia a otra parte, a otro café, al Café da India, y que le siguiera quien quisiera. Se levantaron con él todos sus adláteres. Mayol se levantó con ellos, pero entonces vio que su sobrino no hacía el menor ademán de marcharse y que también yo permanecía sentado, al igual que Esteves, que se había quedado más inmóvil que una estatua.

El Maestro y sus seguidores se fueron, dejaron los cafés por pagar y, doblando una esquina, desaparecieron.

Mayol había vuelto a sentarse de nuevo, pero no podía vérselo más frustrado, pues sin duda habría preferido seguir bajo el magisterio de Manuel da Cunha. «Y ahora qué», me preguntó. «Y ahora nada», dijo Pablo. Mayol nos miraba y sólo veía la tristeza de un paisaje después de la batalla. «Y ahora qué», volvió a preguntar. «Y ahora a esperar que no vuelvan nunca», dijo Medina. «Estaba harto de ellos», dijo Neto. «Y ahora a ser por fin libres», proclamó Toscano.

No habían pasado ni cinco minutos y el Maestro y sus aduladores ya estaban de nuevo en el Campanario. Cuando dijeron que habían actuado en forma de ensayo general de una futura disolución de la tertulia, todos —tanto ellos como nosotros— nos reímos, y a partir de ahí, como si el incidente hubiera sido tan sólo una catarsis que a todos nos había beneficiado, la

tertulia se convirtió en una balsa de aceite. Esteves contribuyó mucho a ello hablando de un libro de Gustav Meyrink, *En la frontera del más allá*, donde se hablaba de ocultismo y se decía que así como las agujas de un reloj giran en la esfera desde el número 1 al 12 y vuelven a empezar a cada hora despertando sin cesar un nuevo presente, así en la vida de la Humanidad se suceden y repiten épocas que el abismo del tiempo parecía haber devorado ya desde las más remotas fechas, y que era así como siempre volvía el ocultismo, el dominio de lo trascendental.

Todo terminó bien. A la hora habitual comenzaron a desfilar hacia sus casas los tertulianos. El Maestro ya se había marchado y quedábamos ya sólo unos pocos en el Campanario cuando me acerqué a Mayol y le pregunté por qué le había deprimido tanto la posibilidad de que la tertulia se disgregara y por qué se había puesto de parte del Maestro. Se quedó por unos momentos pensando la respuesta, y finalmente me explicó en voz baja —«No quiero que me oigan tus alocados amigos», me dijo— que Manuel da Cunha, con todos sus posibles defectos, le había infundido cierto respeto, mientras que en cambio Toscano le parecía uno de esos arrogantes artistas jóvenes —no le mencionó en un primer momento, pero estaba pensando en su hijo Julián— que se creen los reyes del mambo y, además, se dedican a buscar originalidad cuando habría que decirles que buscarla es una manera poco sutil de lograrla, ya que para conseguirla les bastaría con ser ellos mismos.

Luego, sin preguntarle yo nada, pasó a hablarme de su mujer Julia y me contó, con todo lujo de detalles, la situación espantosa que había vivido el día y la hora en que ella le dijo que ya no deseaba tenerle más a su lado.

—Julia —me dijo— se quedó como ausente, relajada después de mandarme al infierno, se quedó con la serenidad propia de un río tranquilo y profundo. Sí, así me pareció verla en ese momento. Como uno de esos ríos que cuando atardece se quedan imperturbables. No sé si me explico...

Cada vez se explicaba mejor. Se lo dije, y él entonces volvió al día y la hora en que su mujer le había dejado. Julia le había abandonado a su suerte en la hora triste del crepúsculo, la misma hora en la que nos encontrábamos él y yo en aquel momento. Después, comparó aquel atardecer catalán trágico con la noche cerrada de su matrimonio roto. Y esto, todavía me pregunto cómo lo hizo, lo enlazó con una gran manifestación de odio rabioso hacia su

hijo, hacia Julián de la Atlántida, el culpable de todo.

Le pregunté, como es lógico, por qué a su hijo le llamaba Julián de la Atlántida, y entonces él vino más o menos a decirme que a su hijo le llamaba de esta forma porque el muy imbécil pensaba que en una vida anterior su alma había sido la espuma de la última ola que ocultó la Atlántida. Me sentí de pronto contagiado por el encanto natural y la caída libre y descenso vertical hacia el sur de aquel señor de Barcelona que decía ser nacionalista y al que el abandono de su mujer había convertido en alguien que, de forma posiblemente inconsciente, había ido emprendiendo un lento descenso hacia el mundo de los desplazados y de los excéntricos.

Entonces me di cuenta de que el futuro de los recuerdos de Mayol dependía de mí. ¿No andaba buscando un personaje para escribir mi primer libro? Rita me había dicho que, tarde o temprano, ese personaje iría en busca de su autor, es decir, de mí. Y también me había dicho que seguramente el feliz encuentro se produciría en la casualidad de las calles, porque en esa casualidad era donde pasaba todo en la vida moderna. Parecía más que razonable pensar que Rita había acertado de pleno en su pronóstico de enamorada. Después de varios años de compensar yo el monótono trabajo en los hoteles con mi fervor por los libros —y por una cultura que, a causa de su fragilidad económica, mis padres no habían podido facilitarme—, tenía ganas de averiguar si estaba capacitado para intentar —intentarlo al menos— escribir un libro, una novela.

No lo pensé dos veces y, obrando con mucho tacto y con la prudencia de una serpiente que surge sigilosa y lentamente de su piel, le pregunté a Mayol si estaría dispuesto, en los días venideros, a contarme con todo detalle la historia de su soledad, los movimientos de su conciencia desde el momento en que su mujer le había enviado al exilio puro y duro, contármelo todo ante un magnetofón.

Me preguntó para qué quería que le contara todo aquello. «Para una novela», le dije. Se quedó pensativo y acabó diciéndome, a modo de suave protesta, que él no era una novela. Quise hacerle ver que todos deseamos rescatar por medio de la memoria cada fragmento de vida que súbitamente vuelve a nosotros, por más indigno, triste, o por más doloroso que sea. Intenté que comprendiera que la única manera de hacerlo era fijarlo en la escritura.

Me dijo:

—Ahora perdóname, pero tengo que ir al baño; por desgracia y como ya habrás notado, tengo problemas de próstata.

Cuando regresó, me dijo que en el baño —su frase, no sé si de forma deliberada o no, tenía cierta vocación novelesca— había vuelto a escuchar una especie de zumbido muy molesto además de estrambótico, algo así como una sardana extraña que desde Lisboa le taladraba el oído cuando menos lo esperaba. Mayol calificó ese fenómeno acústico de desvarío pasajero y leve, aunque alarmante por lo que podía significar de aviso de que se estaba acercando a la demencia senil tan temida, si no era ya que había empezado a instalarse en ella. Y me explicó también que a la sardana extraña la combatía dedicándose a evocar momentos felices de su actividad como político. Yo le dije que la novela sobre él podía empezar con una frase —espectacular si la sabía escribir bien— dedicada a aquel zumbido sardanístico.

«No soy una novela», insistió. «Y sin embargo», le dije, «tienes cosas de las novelas que me gustan, rasgos irónicos, por ejemplo». Me miró como si no hubiera entendido nada de mis palabras, y desvió la conversación contándome que, anterior al zumbido de la sardana extraña que acababa de agredirle en el baño, había sido aquella misma tarde el zumbido de las discusiones, no menos extrañas, que habían ocupado gran parte de la tertulia, y me dijo, medio bromeando, que ese zumbido del Campanario le había traído a la memoria antiguos rumores escolares, ese trajín peligroso de voces que anunciaban guerra y que generalmente conducían al desmadre de los alumnos que terminaban por subírsele a las barbas al maestro. «Y es curioso», añadió Mayol, «ese trajín de voces anunciaba guerra, y ésta llegó un día y llegó de verdad dejando mi adolescencia rota, vino la guerra civil a acabar con mis días escolares y a arrasarlo todo».

Se quedó melancólico. Parecía sentirse de repente atraído por ser el personaje de mi novela, pero sin saber cómo decírmelo. Me explicó que viajar solo se había ido convirtiendo poco a poco en una experiencia interesante. «Cuando viajas con alguien», me dijo, «siempre tiendes a mirar lo que te rodea con extrañeza mientras que, cuando viajas solo, el extraño siempre eres tú».

«Esta frase también estaría bien para empezar mi novela sobre ti», le dije.

Hizo como si no me hubiera oído, y empezó a explicarme que soñaba muy a menudo que se escapaba de un sombrío hotel en el que vivía desde hacía una infinidad de años sin haberse molestado nunca en pagar la cuenta. «Un sueño muy catalán», me limité a decir bromeando. «Conozco de memoria», continuó él, «la rampa peligrosa por la que me escapo y que se encuentra justo al pie de un montacargas, siempre me escapo por ahí, a veces incluso entro a hablar con el conserje, al que conozco de toda la vida, y pienso que me va a pasar la cuenta de no sé cuántos años, y sin embargo no me la pasa nunca, en ocasiones incluso ha llegado a mostrarme la rampa clandestina para que siga escapándome por ella a gusto».

No desaproveché la ocasión y le invité a vivir con todos los gastos pagados en el Bom Jesus durante todo el tiempo que tardara en contarme su aventura solitaria por tierras de Portugal o, lo que venía a ser lo mismo —ahí me la jugué arriesgándome a que me mandara al infierno—, todo el tiempo que tardara en contarme con todo detalle su inmersión radical en la melancolía.

A mí me parece que, aparte de que mi temor era infundado, fue la palabra inmersión, más que la palabra melancolía, la que debió de obrar el milagro. De pronto Mayol me dijo que le sobraba el dinero y que por tanto no podía aceptar en modo alguno mi oferta de pagarle el hotel, pero que —y esto lo dijo con el inequívoco estilo de quienes deciden hacerle un favor a uno pero quieren que quede claro que lo hacen con la más infinita desgana— estaba dispuesto a contarme, siempre que siguiera él pagándose el hotel, la historia de su vagabundeo portugués. Y mientras me comunicaba lo que para mí no podía ser más que una buena noticia, cayó de golpe la noche sobre Funchal.

Nos miramos en silencio y, cuando iba yo a decirle que no iba a arrepentirse de la decisión que acababa de tomar, él volvió a hablarme del rumor colegial y de la sugestión escolar de tiempo eterno que había tenido cuando la tertulia, tras los inquietantes minutos iniciales de guerra abierta, se había convertido en un remanso de paz dominado por el inefable hastío de la monotonía escolar.

Sus palabras me hicieron recordar el día en que me despedí para siempre de la escuela y le di una última ojeada al patio de recreo y me pareció que éste, para mí y para siempre, quedaba allí desierto y abandonado como una

eternidad cuadrangular. Después, miré a la luna y encendí un cigarrillo y, cuando volví a bajar la mirada, también con sugestión escolar de tiempo eterno vi, reposando inmóviles sobre la cubierta metálica de nuestra mesa, las tazas de café frío allí abandonadas.

# MANO SIN LÍNEA

¿Qué destino nos revela la mano sin línea de la vida?

AL BERTO, *Una existencia de papel*



# EXCEPCIONAL CAPACIDAD PARA HUNDIRSE

A la mañana siguiente, al despertar Mayol tras un sueño intranquilo, encontr se en su cama convertido en una solitaria isla. Fue tan sólo una sensación tan breve como engañosa, una fugaz alucinación, pero se quedó bastante tocado, le impresionó haber sido capaz de llegar a pensar, aunque fuera tan sólo por unos instantes, que se había convertido en una isla desierta. Toda la culpa la tenía el sueño del que acababa de despertar. «Claro está que en el fondo somos todos islas y estamos solos y ésa es una gran verdad», murmuró Mayol tratando de expresar lo primero que le vino a la mente y buscando así conjurar cuanto antes el sueño del que acababa de despertar.

Fue al baño y sin mirarse al espejo se lavó la cara, como si esa prosaica y rutinaria labor matinal pudiera ayudarle a borrar la sensación pasajera de haberse visto convertido en una isla. Después, buscó en su mano izquierda la línea de la vida y fue alcanzado de nuevo por el impacto que le había causado ese sueño en el que se había visto convertido en una isla lejana que flotaba en un crepúsculo infinito en el que los días pasaban lentos, lent simos, sin nadie.

«Necesito un zumo de naranja», murmuró en un nuevo intento de ahuyentar el extraño sueño que acababa de tener y que le impedía mirar por la ventana por temor a que ésta no diera a unas casas de variados colores y a un océano, sino que diera a un desierto mortal en el que se fundieran indistintamente el cielo y la tierra grises por igual. Necesito un zumo de naranja y un café con leche y mirarme al espejo y después mirar por la

ventana y acabar con la intranquilidad y miedos que me ha causado este maldito sueño, se dijo Mayol.

Repitió la operación de lavarse la cara y, al decidirse finalmente a buscar su rostro en el espejo, vio a un viejo feliz y hundido, toda una paradoja. O tal vez no. Porque, quién iba a decírselo, sentirse un viejo cada día más hundido le proporcionaba una saludable y extraña felicidad, como si su proyecto deliberado de hundirse en el fondo de su propio abismo estuviera dando por fin un sentido altivo a su vida.

Llamó a la cafetería del hotel y pidió un desayuno altivo. Le hicieron repetir, claro está, la demanda, y él estuvo a punto entonces de repetir lo del desayuno altivo, y también se sintió impulsado a decir: Traigan un desayuno compacto y completo, como dicen que era el universo en el primer día de su creación. Pero finalmente, conteniendo una maliciosa risa de adolescente, acabó diciendo con fingida voz de venerable anciano: «Un desayuno completo, por favor».

Jugaba. Parecía un adolescente a las puertas de crecer y madurar. A la espera del desayuno, se quedó pensando en lo bien que se sentía en Funchal, con amigos nuevos, revoltosos y no tan zafios como los que tenía en su apolillada tertulia de Barcelona. Y pensó también en lo poco que le faltaba para empezar a ver los años de su vida en Barcelona como uno de esos sueños de los que nos olvidamos en cuanto nos es posible, puesto que sólo nos remiten a una incómoda y nada útil angustia. Sentirse hundido, en cambio, sí que era útil, al menos eso le parecía a él, pues se sentía cómodo cuando le llegaba la impresión de que se hundía. Era fantástico notar que se hundía, tal vez porque por primera vez en su vida sabía al menos adónde se dirigía, lo tenía muy claro porque no hacía más que ver una imagen muy concreta de él mismo descendiendo en posición radicalmente vertical hacia el más absoluto vacío, camino del hundimiento total.

¿No había querido el destino hundirle como ser humano? Pues muy bien, de acuerdo, se hundiría y santas pascuas, no iba a hacer un problema de eso. Si el destino creía que iba a quedarse él muy afectado por algo así, andaba muy equivocado. Nada colmaba tanto sus aspiraciones en la vida como sentir que se hundía. Había algo en el fondo muy atractivo en jugar una partida sonriente y mortal con las fuerzas del abismo.

Pensó en su mujer y llegó a la conclusión de que, junto al odio que sentía hacia ella por haberle abandonado, sentía también piedad e incluso verdadero amor, amor por la cercanía de la larga vida vivida y perdida en compañía.

Pensó en la vida y volvió a decirse que era muy bello hundirse. ¡Qué poco le faltaba ya para no ser él absolutamente nadie y no ser nada, que era sin duda lo más fantástico de ser un pobre viejo que se hundía! Era perfecto saber que pronto no sería ya nadie en la vida; de hecho, hacía mucho tiempo que había dejado de luchar por ella. ¡Qué sentimiento más agradable notar que no tenía que hacer todos esos movimientos obscenos que realizan los jóvenes cuando, al salir del colegio y de la adolescencia, comienzan a reventarse las espinillas de la cara y a plantearse la necesidad de hacerse con un lugar en la vida!

Qué maravilla mirarse al espejo y ver la figura de un viejo de buen ver que se dedicaba a dejar que las cosas le llegaran y luego se fueran faltas de sentido, a diferencia de lo que les sucedía a los pobres jóvenes que sólo estaban preocupados por integrarse en la sociedad. Además, pensaba Mayol, sólo el viejo es un verdadero hombre, porque está fuera de lugar. Qué absurdo era pensar que un hombre debe ocupar un lugar en la vida, qué absurdo, y sin embargo muchos jóvenes creen que han de luchar por hacerse con un sitio en el mundo, un sitio que no existe porque todos los hombres están fuera de lugar, pero sólo el viejo lo sabe y por eso tiene la posibilidad de sentirse feliz al saberse fuera del mundo y hundiéndose cada día más en su atractivo abismo propio. Además, pensaba Mayol, el viejo puede engañar a la muerte y jugar con ella imitando la astucia engañosa de la vida.

Qué magnífico resultaba sentirse hundido y ser viejo y tener capacidad para hundirse más todavía. Era una maravilla doble si se tenía en cuenta que, además, la vejez era la edad más próxima al gran cambio, la famosa muerte a la que se le atribuye la fabulosa posibilidad de cambiarlo todo. Y pensó que estaba próximo al gran cambio, y se dijo que no estaba nada mal que estuviera cercana ya la visita de la muerte, una visita que le permitiría desaparecer, hundirse ya del todo y —que Dios le perdonara— ver cómo la vida continuaba sin él, perfectamente igual de insignificante, no tenía la menor importancia su vida ni —que Dios volviera a perdonarle— la de los demás, nada tenía importancia si uno se molestaba en mirar bien el mundo.

En ese momento, aunque no fue del todo consciente de eso, Mayol dejó de ser católico. Sin que hubiera la más mínima relación entre una cosa y otra, casi en ese mismo momento, Mayol dejó de mirarse al espejo. Y al decirse que los viejos eran los únicos que podían gozar de la facultad de llenar de vida el espacio vacío de la vida, sintió ganas de llenar con sus fantasías las casas de los puertos metafísicos que de aquel día en adelante pudiera dibujar en horribles lienzos su engreído hijo Julián. Y voy a ir más lejos, se dijo Mayol, sintiéndose cada vez más impulsado a encadenar todo tipo de pensamientos sobre la vejez, como jugador que he sido me doy cuenta ahora de que el viejo entiende mejor el juego que el propio jugador porque, al estar fuera de él, no está distraído por el esfuerzo al que está obligado quien participa en él.

Sin ser del todo consciente de eso, Mayol dejó de considerarse un jugador de póquer. Después encadenó nuevos pensamientos sobre la vejez y se dijo que todas sus reflexiones podían resultarle muy útiles esa misma tarde en el Campanario si, por ejemplo, le preguntaban cuál era el último libro que había leído. Un ensayo de Antonio Geli, podía decirles, un ensayo que reflexiona sobre la vejez. Podía hacer pasar por suyos los pensamientos de Antonio Geli. Y en el caso de que le preguntaran quién era el tal Antonio Geli, remitirles a sus obras completas, inencontrables en Madeira.

Y también pensó que era fantástico sentir que se hundía cada vez más y notar que poseía una excepcional capacidad para ello. Y se preguntó si era normal que aquel viaje desesperado que había empezado hacía unos días en Barcelona estuviera contribuyendo tanto, y en tan poco tiempo, a hacerle olvidar, como si se tratara de un sueño, muchas de las cosas —su familia, por ejemplo— que no le gustaba ya considerar como reales.

Poco después de preguntarse esto, se atrevió por fin a mirar por la ventana y vio un horizonte en el que se fundían la eterna verdad vacía del cielo de Madeira con el perfecto azul de azules del Atlántico. Y al recordar que todavía podía ser agredido por la sardana extraña, tomó sus precauciones y se puso a silbar una habanera, y era como si estuviera expresando cierta nostalgia por un mundo isleño perdido.

Desayunó, salió a la calle. De pronto deseó que le ocurriera algo lo antes posible, algo anecdótico que, en el caso de que resultara insuficiente su

exposición de la filosofía de Antonio Geli, le sirviera por la tarde en la tertulia como argumento de repuesto para, al igual que en el día anterior, irse de nuevo por las ramas y, al contar una anécdota, evitar así que descubrieran con toda claridad que como lector era un escandaloso y perfecto cero a la izquierda.

Buscando que le sucediera algo, se unió en la Avenida Arriaga a un grupo de turistas que realizaban una visita a las más antiguas cavas de vino de la isla, y participó en una degustación gratuita de caldos que le llevó finalmente a comprar botellas de las marcas —Blandy, Leacock y Cossart— que vio que tenían mayor solera. Salió cargado con una bolsa que le pesaba demasiado, por lo que decidió regresar al hotel. Estaba diciéndose que debería esperar a mejor ocasión para que le ocurriera algo que poder utilizar como cortina de humo en la tertulia, cuando fue a darse literalmente de bruces con un cartel de letras rojas y azules que se encontraba a la entrada del Teatro Baltazar Dias. Casi sin querer, leyó: «Coloquio Internacional sobre las Islas y su Mitología». Y debajo, a modo de subtítulo, una cita de Keats: «Ser visitante enamorado de innumerables islas...».

Ayer estaba en el colegio y hoy entro en la universidad, se dijo a sí mismo Mayol, riendo al ver que el coloquio lo organizaba la Universidad de Madeira. Decidió entrar un momento a ver qué era aquello, entró con la pesada bolsa de los vinos y con la idea de dar una simple ojeada al teatro y marcharse, pero quedó extrañamente atrapado por la belleza de las palabras que en aquellos instantes, en una sala repleta de público, estaba pronunciando un tal Silveira, un profesor de las Azores que estaba disertando sobre el mito de las Islas Afortunadas.

La asombrosa fortuna de este mito que atraviesa treinta siglos de historia y de cultura —le oyó decir al profesor Silveira— es explicable por el eterno sueño humano de vencer las enfermedades y la muerte y al mismo tiempo por temor al más allá. El hombre nunca ha deseado un paraíso fuera de la tierra y cuyo tipo de bienaventuranza no lograra imaginar. Siempre ha estado convencido más o menos conscientemente de que el Paraíso podía estar en esta tierra, si fuera posible vivir en alguna parte sin los aspectos tristes y dolorosos de la existencia.

De repente Mayol, interesado por un tema que sospechó que le afectaba

íntimamente, se sentó en uno de los pocos asientos que quedaban libres, en la última fila. «Todo copiado de Manfredi», le susurró al oído su vecino de asiento, un hombre situado a su izquierda y que aparentaba unos cincuenta años, increíblemente calvo y muy tostado por el sol, bien afeitado, gafas de carey que ocultaban una infantil ausencia de cejas, y un labio superior simiesco. Le molestó a Mayol la intromisión de aquel tipo y también su aspecto físico, decidió mirar quién estaba sentado a su derecha, buscaba sosegar-se con un rostro más cálido y agradable, a ser posible femenino. Pero tropezó con algo todavía más horrible, se encontró con un estudiante de pelo corto, mofletudo, con pantalones bermudas, gruesos muslos y zapatos de lona. Mayol no pudo quedarse más espantado, desolado ante tanta fealdad. Era tan horrible aquel estudiante que prefirió volver a mirar al hombre de las gafas de carey, al que le dijo que tal vez estaba copiado todo de Manfredi pero que era estupendo lo que acababa de decir aquel profesor de las Azores.

De haberse molestado a lo largo de su vida en leer novelas, Mayol habría podido —estoy seguro de que el hombre de las gafas de carey no era otro que el catedrático Almeida— decirle a su vecino que no tenía derecho a hablar de cosas copiadas porque él, con sus gafas de carey y su labio superior simiesco, no era más que una burda imitación del profesor Pnin, un invento de Nabokov.

«Todo copiado de Manfredi», repitió el falso Pnin. «Déjeme escuchar lo que sigue», le rogó Mayol, casi indignado. «Es que no sigue nada», le dijo el vecino, y andaba en lo cierto, porque en ese momento un aplauso cerrado del público le indicó a Mayol que la conferencia había concluido. Al igual que el resto de la gente de la sala, Mayol se puso en pie y aplaudió. De paso dio un vistazo general al público tratando de descubrir a algún tertuliano que por la tarde en el Campanario pudiera extenderle un certificado de buena conducta y máxima sintonía con la cultura.

Pero nadie de la tertulia se encontraba allí. Iba Mayol a abandonar ya el teatro cuando apareció un nuevo ponente, una colosal negra de unos treinta años, muy bella y de gestos arrogantes. «Profesora de Cabo Verde y muy competente», le informó el falso Pnin. Mayol dudó entre irse, sentarse o regañar a su entrometido vecino. Finalmente, optó por sentarse, después de todo no tenía prisa. La negra abrió una botella de agua mineral, bebió algo

compulsivamente y casi por sorpresa comenzó a hablar, a disertar en torno a la palabra travesía, y dijo —con una voz que, a medida que se afianzaba en su discurso, se fue haciendo para Mayol cada vez más cálida e hipnotizadora— que la peregrinación, el paso, la navegación eran formas diversas de expresar lo mismo: el avance desde un estado natural a un estado de conciencia por medio de una etapa en la que la travesía simbolizaba justamente el esfuerzo de superación y la conciencia que lo acompaña.

Después, citó al místico árabe Hallaj, que fue martirizado por predicar que la peregrinación a La Meca podía sustituirse por una búsqueda interior. Y añadió que en el mismo sentido se ha dicho siempre que estudiar y viajar podían ser actos equivalentes. Mayol *no* entendía mucho de lo que oía, pero lo suplía dejando que las palabras y frases sueltas que captaba le permitieran viajar por ellas inventándose la conferencia a su antojo. No se había encontrado mejor en todo el viaje. Le habría gustado que por un agujero le hubieran podido ver su mujer y sus hijos y hasta los apolillados amigos de su tertulia barcelonesa y hubieran podido darse cuenta de que se estaba convirtiendo en una persona distinta, que incluso iba a la universidad y que se sentía felizmente hundido allí en Madeira, dotado de pronto de una extraordinaria capacidad para hundirse sin problemas, para hundirse en todos los sentidos, y con todos los sentidos, para hundirse incluso hundiendo su mirada en el filo del horizonte de unos libros no escritos que hablaban de una sabiduría de la lejanía, porque escuchar la voz cálida de la negra le llevaba a imaginar que se desplazaba por las rutas de palabras y frases de un país sobre el que no sabía nada pero que, al igual que le había sucedido con el ponente de las Azores, evocaba el embrujo de la lejanía, le hablaba de un país remoto y tal vez no cercano a nada, salvo al azul del cielo y al olor de la tierra mojada. Sí, era como si al salir de Barcelona se hubiera embarcado en un inesperado viaje que podía llevarle al filo del horizonte de una sabiduría de la lejanía, era como si la cultura estuviera entrando en él a través de la música de unas palabras y frases sueltas que se le aproximaban viajando desde paraísos remotos para marcar el compás de una poesía extraña.

De modo que la cultura era esto, pensó Mayol. Y siguió escuchando de forma salvaje la conferencia. Le pareció que la negra decía que había tres tipos de seres humanos: los vivos, los muertos, y los marineros. Todo esto

tengo que apuntarlo, se dijo Mayol, y decidió ir al vestíbulo a hacerse con papel y pluma. Esta tarde, pensó, voy a dar el gran golpe en la tertulia disertando sobre las obras completas de Antonio Geli y hablándoles después de islas y mitología.

Del vestíbulo regresó con un bolígrafo prestado y con unas cuartillas que llevaban, de una forma discreta en la parte superior, propaganda del Banif, el Banco Internacional de Funchal. El entrometido y falso Pnin le lanzó una mirada de profundo reproche, como si quisiera indicarle que tomar notas era una actividad propia de adolescentes, de estudiantes con excesivo temor al suspenso. Pero eso era precisamente lo que a Mayol le hacía sentirse tan bien, pues lo que más le encantaba de lo que estaba ocurriendo en aquel teatro era que podía verse a sí mismo convertido en un universitario, le encantaba poder ser lo que no había podido ser por culpa de una desdichada y estúpida guerra civil, ser un aspirante a licenciarse en una asignatura nada vulgar: la sabiduría de la lejanía.

Comenzó a anotar palabras y frases sueltas de la negra, y al escribirlas su pulso bailaba al compás de una poesía rara: las uvas del mar, mitos de bonanza, recuerdo continentes que nunca he visto, islas perdidas, Moby Dick, exiliados perpetuos, país no rima con mi país, el sol de los desterrados, mi raza empezó como el mar, las parameras al sol, Alexis Saint-Léger Léger, no es tanto un viaje como un descenso, peregrinación al fondo de sí mismo, callejuelas de Ponta Delgada, dijo Ulises que de su hogar conocía todos los ruidos, el amanecer en los puertos, Lord Jim, sentirse libre en las islas, potencias oscuras de la naturaleza humana, ritmo de velas fatigadas, aspirina y Coca-Cola, nunca podremos volver a Ítaca, espumas exhaustas, no es verde Cabo Verde, el frenesí final del envidioso, el cabo de la cuerda, las olas, el corazón de las tinieblas, los camarotes de la muerte, lo de siempre se repite mortal en lo nuevo que pasa rapidísimo.

Al terminar la conferencia, Mayol se dio cuenta de que no sólo con sus notas podía reconstruir a su antojo y de mil maneras diferentes aquella ponencia, sino que, además, la magia de las palabras y frases sueltas anotadas le estaba permitiendo sintonizar, con una facilidad no esperada, con ese fantasma que le había perseguido desde que a los catorce años tuvo que interrumpir sus estudios: la cultura.



Introdujo en un bolsillo sus cuartillas poéticas, cogió la pesada bolsa de los vinos y alcanzó el vestíbulo con la idea de salir a la calle, pero entonces una fuerza invisible le entretuvo unos instantes, le dejó por unos momentos mirando un cartel que reproducía una pintura de un tal Arrigo Matei, un cuadro titulado *Los músicos dormidos*. Estuvo observando intrigado ese cuadro el tiempo suficiente como para escuchar conversaciones ajenas y acabar enterándose de que las dos conferencias que aún quedaban para aquella mañana eran las más interesantes.

Como movido por una fuerza invisible, Mayol volvió a entrar en la sala, se sentó lo más lejos que pudo del falso Pnin, y a los pocos minutos ya había reanudado la febril actividad de tomar notas. Ahora estaba hablando un joven profesor de Oporto, y el tema de su ponencia era el de las islas imaginarias, islas que dijo descansaban en libros de su biblioteca, y habló de la isla Misteriosa, de la isla Isaura, de la isla del Tesoro, de la isla Sonante, de la isla Clarisse y de la isla de Verano o Scoti Moria.

Para hablar de esta última isla, que también se llamaba Flotante, el ponente de Oporto se hizo proyectar una diapositiva en la que podía verse un mapa que contenía una exhaustiva fotografía de la isla inventada. La Flotante había que situarla enfrente de las costas de Inglaterra y era una isla más grande que Madeira, dividida en cuatro regiones: la costa de los Cristianos, Pont-Troynovant, la costa de los Turcos y Virginidad.

Virginidad estaba habitada por las náyades, que jugaban a los bolos y hacían tanto ruido que se las oía en toda la isla. Las náyades eran muy indolentes, demasiado perezosas para producir vino, a pesar de las espléndidas viñas que poseían, y demasiado apáticas para cultivar la tierra, aunque los pastos les encantaban. Las náyades hablaban una lengua franca y fumaban muchísimo; fumaban tendidas en la hierba, miraban a lo alto, hacia el cielo, y vivían a veces una especie de éxtasis que les conectaba con una idea tan nítida como angustiosa de lo que era el infinito.

Al terminar la conferencia, Mayol se dijo que, para tratarse de una isla inventada, el profesor de Oporto parecía saberlo todo sobre ella, realmente era admirable hasta qué punto conocía aquel hombre todo tipo de detalles sobre la isla imaginaria de Flotante.

De repente tuvo Mayol un ataque suave de sentido común, uno de esos

ataques que en otras épocas le habían hecho por un lado progresar en el mundo sensato de los negocios, pero por el otro habían insensatamente aplastado su imaginación y tendencia a la evasión. Mayol se había pasado casi toda la vida teniendo ataques suaves de sentido común y reprimiendo su capacidad innata para imaginar mundos y culturas distintos e inventados, y había obrado así en aras de algo que desde que estaba en Madeira le parecía ya distante, casi irreal y en cualquiera de los casos estúpido: el bienestar económico de su familia.

Al tener ese ataque suave de sentido común, Mayol estuvo a punto de reírse cariñosamente del sabio profesor de Oporto y, acercándose al experto en islas inventadas, preguntarle a bocajarro si había agencias de seguros en la Flotante. Pero finalmente se contuvo al tiempo que se le escapaba una risa de bendita felicidad. Era evidente que cada vez se sentía más a gusto en aquel ambiente universitario. Lo que más le satisfacía era pensar que aquel día él tenía un horario apretado, pues a las horas matinales de estudio de las islas y su mitología había que añadir la cita que había establecido a las seis conmigo —para preparar un plan de trabajo sobre mi novela— y la que tenía alrededor de las ocho con la tertulia del Campanario.

Mayol pensó que nuestro futuro es inescrutable y que los caminos de la vida trazan extraños dibujos. Quién iba a decirle que en tan poco tiempo pasaría de ser alguien solitario y ocioso a ser una persona sumamente atareada en todo tipo de asuntos culturales. Se le escapó la risa al pensar en esto. Quién iba a decírmelo, repitió para sí mismo. Después, cada vez más invadido por un humor excelente, jugó a verse como una isla inventada, quizás porque estaba todavía bajo los efectos del sueño intranquilo con el que había despertado aquel día. Imaginó el viejo rostro de esa isla cubierto de arrugas que eran ríos profundos y al mismo tiempo eran las cicatrices de su catalana vida. La arruga principal era una señal muy antigua, del tiempo de la guerra; los aires universitarios la estaban transformando en una cicatriz lúdica y muy decorativa, que mostraba lo divertido que a Mayol le parecía estar accediendo de repente, con alegría y sin disciplina, a la cultura, a una cultura libre y pensada exclusivamente por él y para él.

Cuando apareció el último ponente de la mañana, que era un joven profesor del mismo Funchal, le chocó a Mayol que éste le dedicara al

público, nada más subir al estrado, una mirada de profunda preocupación. ¿Por qué una mirada así? Mayol creyó entender que por alguna razón misteriosa todo preocupaba a aquel joven. Mayol aprobó una mirada de ese tipo. Después de todo, en otros tiempos se veía un problema en cualquier cosa, y no había que olvidar que en realidad todo ha sido siempre problemático y que ésa era una verdad que la humanidad estaba olvidando. De modo que Mayol aprobó la mirada preocupada del ponente de Funchal. Estaba muy a su favor cuando éste renovó su mirada de preocupación y anunció, con voz grave pero temblorosa, que se disponía a disertar sobre el continente desaparecido de la Atlántida.

A Mayol le dio un vuelvo el corazón, y el preocupado pasó a ser él. Su primera reacción fue de auténtica alarma, pero instintivamente la disimuló. Se dijo que no era conveniente caer en la paranoia, pero que debía permanecer muy atento y escuchar con la máxima cautela y, a la más mínima señal de que aquel ponente era un involuntario mensajero del recuerdo de su hijo Julián, abandonar inmediatamente la sala, no permitir que le aguaran la fiesta.

Abrazándose Mayol a la convicción de que tenía una excepcional capacidad para hundirse, no tardó en hundir toda su atención en las palabras del ponente y muy especialmente en la extraña diapositiva que proyectaron del mapa de la tierra en la época en la que aún existía la Atlántida. Nunca había imaginado Mayol que, real o no, pudiera ser tan grandiosa la extensión del continente hundido.

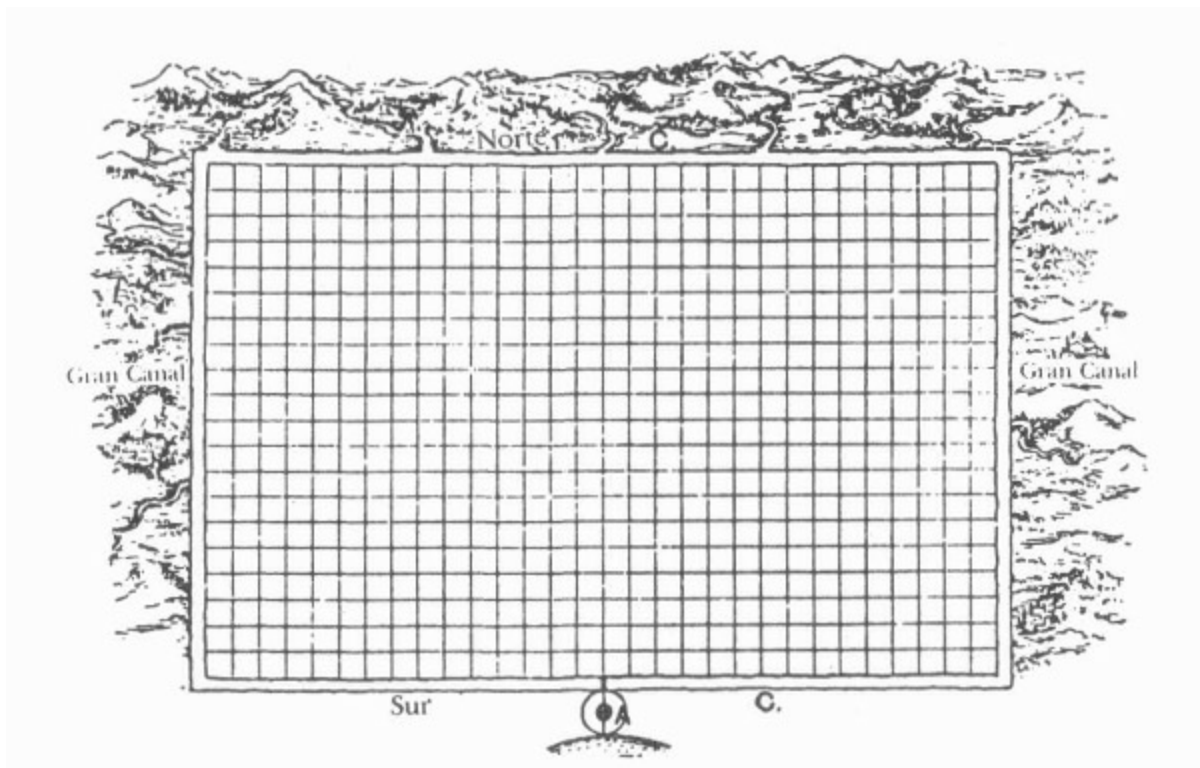
En aquel mapa del mundo podía verse cómo, en aquella época, no había para Platón más que dos continentes sobre la Tierra. A la izquierda, la Atlántida. Y a la derecha, con el mar Mediterráneo en el centro, un continente formado por Libia —lo que se conocía de África—, Europa y Asia.

Explicó el ponente cómo en el *Timeo* de Platón aparecía la Atlántida como una potencia mundial, situada en una isla inmensa en pleno Atlántico, que amenazó con invadir y esclavizar a todos los pueblos del Mediterráneo y sólo encontró una resistencia tenaz por parte de los griegos, a los que no obstante derrotó, con la excepción de los atenienses.

Se entretuvo largo rato después el ponente relatando cómo la antigua ciudad de Atenas, es decir, la Atenas de comienzos de la historia, en un supremo esfuerzo lleno de grandeza y heroísmo, aniquiló los ejércitos

atlántideos. Y finalmente, con gran profusión de detalles, contó cómo poco después del triunfo ateniense unas fuertes sacudidas telúricas engulleron al ejército vencedor y toda la isla de la Atlántida.

La segunda y última diapositiva dejó inquieto a Mayol. Era un plano de la Gran Llanura, un barrio que estaba situado al norte de la capital de la Atlántida. Había en esa zona veintinueve canales verticales y diecinueve horizontales. La Gran Llanura, por la perfecta geometría cuadriculada de sus calles y canales, le recordó a Mayol lo que originariamente ideara el arquitecto Cerdà para el Ensanche de Barcelona.



*La Gran Llanura, al norte de la capital de Atlántida. Las líneas que se cruzan son los canales, 29 verticales y 19 horizontales, a los que habría que añadir los oblicuos. Al sur (A) está la metrópolis*

Sin poder evitarlo, Mayol empezó a asociar cierta nostalgia del Ensanche — que era donde había nacido— con la melancolía que le inspiraba el hundido continente de la Atlántida.

«Yo sí que soy de la Atlántida», me diría ese mismo día Mayol cuando nos encontramos a las seis de la tarde. Sus ojos tenían un resplandor extraño.

Como no entendí a qué se refería con eso de que era de la Atlántida, le pedí que se explicara mejor, y entonces fue cuando empezó a hablarme obsesivamente de su hijo Julián y de sus pretensiones artísticas y de lo imbécil que era su hijo y de la carta que esa misma tarde pensaba enviarle a Barcelona, notificándole que su padre sí que era realmente de la Atlántida y que tenía proyectado, valiéndose de su excepcional capacidad para hundirse, regresar a la patria hundida de la que nunca debió haber salido.

—Con la excusa de que él era un genio que algún día triunfaría —me dijo Mayol—, he estado pagando todos sus gastos hasta hace muy poco. ¿Y sabes cómo me lo ha agradecido? Tratándome de pobre negociante inculto. Se merece mi venganza.

Nunca había oído hablar con tanto rencor de un hijo. Confirmé, por otra parte, a través de su maniática descripción de su última visita al taller del pintor de puertos metafísicos, que en un solo día la manera de hablar de Mayol se había vuelto un tanto especial. Aunque no llegaba a los extremos de esas personas que son incapaces de describir ninguna acción aislándola de una actividad general —esa clase de gente que para decirte que han entrado en una casa tienen también que explicarte que se limpiaron los zapatos, golpearon con el picaporte, empujaron la puerta y entraron, y la puerta se cerró detrás de ellos—, Mayol había pasado a pertenecer —tal vez influenciado por mis palabras de la noche anterior cuando le dije que la vida de alguien no existía si no era narrada y fijada en un papel— a esa clase de individuos que creen que cada escena de su vida es un gran acontecimiento del que hay que narrar una gran parte de los pensamientos, palabras y acciones que contiene.

Buscando desviar la conversación, le pregunté qué había estado haciendo durante el día. Entonces me contó, demorándose de nuevo en los detalles, las conferencias del teatro Baltazar Dias. Y fue así como de nuevo reapareció la Atlántida. La última ponencia de aquella mañana había girado en torno a la isla desaparecida. Al término de la intervención del profesor de Funchal, Mayol había abandonado el teatro algo perturbado por la enorme información que en tan poco tiempo había recibido. Se dirigió al hotel para dejar la pesada bolsa de los vinos y, en la casualidad de las calles, en una esquina próxima a la Rua do Bom Jesus, se encontró con Pablo, que andaba a medio camino

entre una lavandería y otra y sudando la gota gorda. No le extrañó encontrarse con su sobrino, pues éste daba la impresión de andar tan perdido que estaba en todas partes.

—Tengo una resaca del copón —le dijo Pablo—. Y no sabes lo que llegan a aburrirme las lavanderías Sentinela. Y otra cosa, ¿te ha presentado ya Ribera a Rita?

Esta pregunta la hizo con una cara horrenda, aspecto de perro apaleado. Era uno de esos hombres que son incapaces de comprender por qué una mujer les ha dejado por otro. Mayol tenía suficiente con su propio drama, con el interrogante que se había abierto en él cuando su mujer le abandonara, tenía suficiente con su caso como para cargar con el de su sobrino.

—No —le contestó Mayol—. Ya la conoceré, supongo, hay tiempo de sobras. Pero no debes angustiarte por eso. Ni por eso ni por nada. Mira cómo tu tío está superando un caso parecido. Mira, Pablo, piensa en la parte positiva del asunto, piensa que a una mujer no la conoces de verdad hasta que la tienes en contra.

Mayol se sentía asqueado de sí mismo teniendo que dar consejos sobre el tema de las mujeres que abandonan a sus maridos. Llevaba demasiados días tratando de olvidarse de su problema y era un fastidio que éste reapareciera con el drama paralelo de su sobrino.

—Todo el rato pienso en ella —insistió Pablo para desesperación de Mayol—, todo el rato me pregunto cómo debe verme a mí. Bueno, debe verme como a una persona que bebe mucho, un desgraciado que tiene unas cuantas lavanderías que le dejó su padre y que ahora funcionan solas y el pobre heredero no tiene nada que hacer. Ni con ella ni con el mundo ni con la ropa limpia. Sólo tengo que controlar que no me estafen las lavanderas y poca cosa más. Es patético, seguro que está pensando eso. Sí, soy patético. Menos mal que has aparecido tú...

Lo que faltaba. Su sobrino estaba esperando que él le ayudara. Estuvo a punto de decirle a Pablo lo mismo que a él le habían dicho en Barcelona, estuvo a punto de decirle que nadie podía hacer nada por él. Pero no quiso ni molestarse en decirle eso, ni en decirle cualquier otra cosa. Su sobrino le cansaba más que la bolsa pesada de los vinos y, además, su suerte de cornudo le resultaba a Mayol completamente indiferente. Por otra parte, no recordaba

con demasiado entusiasmo al padre de Pablo, que, treinta años antes, en Oporto no había sabido verle más que como un nuevo rico al que sólo le interesaban los casinos de juego, las monarquías en el exilio y la riqueza de los barrios señoriales. Además, a su edad Mayol no se sentía con ganas de ayudar a nadie, suponiendo que Pablo pudiera ser auxiliado. Había muy poco que hacer por él, en realidad nada, era absurdo y sin duda inútil intentar tenderle una católica mano, pues ya no sólo no le despertaba simpatía alguna aquella piltrafa humana —el pobre capataz de las lavanderas de Portugal, pensó con malicia—, sino que, analizándolo bien, Pablo tenía toda la razón del mundo en estar desesperado. Cornudo, fantasma de lavanderías de medio pelo, huérfano, borracho, pelma y tonto del culo, sin ni siquiera capacidad para hundirse del todo. ¿Quién no estaría desesperado en su caso? Lo de Pablo no tenía solución, lo mejor que podía hacer era suicidarse. A eso sí que le podía ayudar. Que se matara. Era lo mejor para él. Aquel sobrino le traía sin cuidado y, además, por si fuera poco —y eso era lo peor de todo— tenía gestos de su hijo Julián. Decidió mortificarle sin contemplaciones, que se desesperara todavía más.

—Te he mentado hace un momento —le dijo Mayol—. En realidad ayer vi a Rita, cené en su casa. Es muy guapa y muy agradable y está, para qué engañarnos, muy enamorada de Ribera. Detesta, me dijo, que teniendo tú tantas lavanderías siempre llevaras mierda en los calzoncillos. Sí, te detesta, ésa es la verdad. Y ahora, si me lo permites, voy a seguir mi camino. Hoy tengo un día muy ocupado, no puedes ni imaginártelo.

Pobre Pablo. No podía dar crédito a lo que acababa de oír.

—¿Te dijo todo eso? —preguntó.

—Y otras cosas que prefiero callarme.

Decidió reemprender Mayol el camino hacia el hotel. Al detenerse poco después para contemplar la mercancía de revistas antiguas y libros viejos que exhibía un vendedor callejero, se le ocurrió mirar a ver si tenían en el tenderete algún libro en catalán, *L'Atlàntida* de Verdaguer, por ejemplo. Tal como había supuesto, no había ni uno. Pensó que era una lástima porque, fuera el libro que fuera, lo habría comprado. Hacía días que no hablaba en catalán con nadie, que no leía nada en catalán. De pronto, le pareció notar en su cogote el aliento alcohólico de Pablo. Se dio la vuelta y vio que allí seguía

su sobrino. Para que se fuera de una vez por todas, le dijo que, si le dejaba en paz y por la tarde no le encontraba bebido en la tertulia, estaba dispuesto a comprarle todas las lavanderías para que montara el negocio de una librería. Una mentira tan piadosa como envenenada, una mentira más que añadir a la falsedad de que había visto ya a Rita. En realidad no pensaba echarle una mano en nada, sólo quería que se marchara.

—¿Así que irás a la tertulia? —preguntó Pablo.

—Iré si mi apretada agenda me lo permite. Pero, ahora, hazme el favor, márchate, y cuídate y, sobre todo, no bebas. Si esta tarde te encuentro sobrio recuperarás a tu padre —fue un lapsus—, quiero decir a tu tío.

Confiado en que su sobrino le hiciera caso, volvió a mirar la mercancía del vendedor callejero. Le intrigó el título de un libro, se lo hizo traducir al español y confirmó lo que suponía, el libro se llamaba *La silla vacía*.

Sabía que el vendedor no acertaría a explicarle de qué trataba aquel pequeño volumen, un libro de bolsillo, pero aun así, para divertirse, le preguntó de qué trataba *La silla vacía*.

—Pues eso —dijo el vendedor—, habla de una silla vacía. Es muy bueno, me han dicho.

—¿Mejor que comprar una silla?

—Mejor —dijo Pablo.

—Pero bueno —se indignó Mayol—, ¿no te he dicho que me dejaras tranquilo? Eres un pelma.

El vendedor miró a tío y sobrino como quien observa a dos excéntricos compradores de libros viejos. Mayol decidió adquirir *La silla vacía* y refugiarse cuanto antes en el hotel. El vendedor le puso un precio tan alto al libro que Mayol no tuvo más remedio que regatear. Pablo trató de ayudarle en la operación de compra, lo que a Mayol le sacó de quicio y le llevó a destapar contra él la caja de los truenos. Acordándose de la gratuita reprimenda que sobre los excesos del alcohol le había dedicado injustamente a Julián de la Atlántida, le arrojó con furia un discurso colérico que en este caso, pensó Mayol, estaba más que justificado.

—Debes deshacerte —le dijo a su sobrino— de todo lo que funcionaba antes, porque es importante no quedarse inmóvil, hay que saber mudar de piel. Pero como eres un cobarde y no te sientes capaz de hacerlo, te dedicas a



beber. Apártate de mi vista, no soporto a los borrachos. Si esta noche te veo sobrio tendrás tu recompensa, es una oportunidad que te doy. Si esta noche te encuentro sereno, tendrás una librería en lugar de cuatro sucias lavanderías.

—Pero si yo no quiero ninguna librería... —protestó Pablo.

—No voy a repetírtelo más. Vete y no bebas y si esta noche te encuentro bien te compraré todas las lavanderías y así podrás montar un negocio estimulante. Hasta te buscaré una mujer, porque no es bueno que el hombre esté solo, pero ahora, por favor, vete, ésta es la hora del día que dedico a la lectura, vete.

Ya en el hotel, por fin solo, Mayol dio una ojeada al libro que, tras el incómodo regateo, había conseguido comprar, y vio que era —me lo mostró muy orgulloso ese día a las seis de la tarde, se le veía muy feliz por la adquisición— un volumen de sabios y breves consejos que firmaba Rabí Nachman de Breslau, un ucraniano que era nieto del fundador del jasidismo, la corriente mística judía inspirada en la Cábala.

Me leyó en voz alta uno de esos consejos sabios y breves:

—Hablale a Dios con tus propias palabras, piensa por ti mismo y crea tus propias plegarias.

Mayol había almorzado aquel día a solas en el Hotel Reads y se había dedicado a dos interesantes actividades. La primera de éstas había consistido en contar el número de personas del comedor que probablemente le superaban en edad; hizo más de una trampa y contó catorce, se sintió más joven que cuando había entrado en el comedor. La segunda de sus actividades fue de un carácter más culto, se dedicó a subrayar muchos de los pensamientos y consejos sabios y breves de *La silla vacía*. Me leyó otro, también en voz alta:

—El despertar espiritual comienza con una inspiración que proviene de Fuera.

Y luego otro:

—No cometas el mismo error que esa gente que se siente atrapada en sus hábitos y deja de intentar cambiar.

Y hasta se atrevió a inventarse un consejo sabio, que era de su cosecha propia:

—Todos en la tertulia os creéis bien informados, algunos incluso seguro

que tenéis Internet, pero sois unos desconocidos para vosotros mismos, deberíais conocerlos más, saber pensar por cuenta propia y ser capaces de crear vuestras plegarias.

Yo no sabía —oírle, por ejemplo, hablar de Internet era como mínimo sorprendente— si todo esto lo decía para salir favorecido en mi novela. Pero no era eso lo que llamaba más mi atención, lo que me tenía bastante atónito era su conducta de niño con zapatos nuevos con aquel librito judío. Parecía un nuevo rico de la cultura y acabé preguntándome si no sería que llevaba toda la razón su hijo cuando le trató de comerciante inculto. Decidí someter a Mayol a una simple prueba, que juzgué que sería suficiente para saber lo que quería averiguar. Le pregunté cuál era su escritor preferido. Me esperaba muchas respuestas, pero no la que me dio.

—Eres tú —me contestó.

—¿Así que no es Cervantes? —le respondí rápidamente, para que no fuera a pensar que me había dejado descolocado.

Sonrió.

—Mira —dijo—, si quieres convertirme en una novela será mejor que sepas que has de guardarme, al menos durante un tiempo, cierto secreto. Es algo de lo que me avergüenzo, un secreto que sólo conozco yo. ¿Sabrás guardármelo? Me lo has de jurar.

No me quería reír de él ni de su secreto, pero también era cierto que me había dado en bandeja una respuesta divertida, le dije:

—¿El qué debo jurar? ¿Pero cómo quieres que te guarde un secreto si tú eres el primero que es incapaz de hacerlo?

—Está bien —dijo Mayol—, me parece que ni falta que hace que te diga el secreto, creo que ya lo has descubierto. Soy, en efecto, persona no demasiado instruida, ésa es la verdad. La vida no me ha dejado leer. Y la guerra tiene la culpa de eso, yo creo que mi generación ha sido la más castigada de toda la historia de Cataluña...

—Pero si no pasa nada, no hay por qué ponerse de ese modo —le interrumpí al verle tan excitado y hasta sufriendo al hablarme—, yo tampoco pude acceder a la universidad, mis padres no podían permitírselo, pero me he espabilado por mi cuenta, he leído todo lo que ha caído en mis manos, y en fin, hoy puedo decir con honra que soy un autodidacta. Creo que no pasa

nada, no veo tan grave la cosa.

Me di cuenta en ese momento de que Mayol y yo teníamos un punto en común: los dos lamentábamos la falta de estudios en los años de nuestra formación. Pero Mayol lo lamentaba mucho más, lo vivía muy mal. Me parecía muy exagerada aquella preocupación de Mayol. Y también me di cuenta en ese momento de que para él contarme su viaje portugués con destino a mi novela podía resultarle terapéutico, la prueba estaba en cómo se había sentido impulsado, a las primeras de cambio, a confesarme su incultura, seguro que lo había hecho porque necesitaba desahogarse.

—¿Que no pasa nada? —siguió desahogándose—. Estás loco, claro que pasa, me quedé sin estudios a los catorce años y cuando acabó la guerra tuve que trabajar como una bestia de carga y no mucho después sacar adelante una familia y unos hijitos muy tiernos que estaban para comérselos pero que luego crecieron y uno de ellos ha llegado a reírse de mí y a humillarme, y yo he sufrido mucho por eso y por todo, por haber tenido que luchar tanto por el bienestar de los demás, por haber luchado por ellos y no por mí —cerró con rabia contenida el puño de su mano derecha—, y uno se pregunta total para qué, total para acabar siendo pagado con la moneda del desprecio, es horrible, créeme. Pero en fin, a lo que iba... No quiero que en la tertulia sepan que soy persona poco leída, voy a hacer lo imposible para que no lo noten, y espero que tú me guardes el secreto. Nada me sentaría peor que sentirme un disminuido entre ellos.

—Y por eso te has comprado *La silla vacía*...

—En parte por eso, y en parte porque me ha intrigado el título. He recordado un sillón muy mío, el que yo tenía en Barcelona, mi sillón vacío —fue muy breve aunque intensa su expresión melancólica—, y luego he pensado en las sillas en las que acababa de sentarme para escuchar las conferencias, y no sé... En fin, de pronto me he dicho que estos últimos días, desde que saliera de Barcelona, podríamos resumirlos diciendo que he viajado de un sillón a unas sillas...

No entendí muy bien qué quería decirme, creo que ni él lo sabía.

—De lo singular a lo plural —le dije por no quedarme callado y evitar una atmósfera de incomunicación. Me miró, estaba claro que no había entendido lo que había querido decirle, tampoco yo lo entendía.

Se creó precisamente ese silencio incómodo que yo había querido eludir. Hasta que Mayol empezó a contarme que *La silla vacía* le iba a ir de perlas para no quedar en evidencia, ese día en la tertulia del Campanario, cuando le preguntaran qué era lo último que había leído. También me dijo que tenía previsto, por si acaso se le acababa la cuerda en la tertulia y le resultaba insuficiente haber hablado de *La silla vacía* o de las conferencias matinales sobre el tema de las islas y su mitología, citar a Antonio Geli, que era un escritor que él se había inventado tomando el nombre y el apellido de un amigo ya muerto.

Me dejó bastante sorprendido, pero más sorprendido quedé cuando una hora después, ya en la tertulia, Mayol me hizo una gran demostración de su extrema facilidad para la impostura y también para saber hundirse en sus propias invenciones y llevarlas, además, hasta el fondo del fondo.

Esteves, con brillantez y gran rigurosidad, estaba hablando de unos ensayos de Claudio Magris, el escritor de Trieste. Mayol, como el resto de la tertulia, escuchaba con respetuosa atención.

Esteves dijo de pronto:

—No puedo estar más de acuerdo con Magris cuando dice que escribir significa transformar la vida en pasado, o sea envejecer.

La frase sonó perfecta, rotunda, indiscutible. Pero entonces saltó Mayol y dijo:

—El primero que expresó esa idea fue Antonio Geli.

Lo dijo en un tono de voz que terminó en un susurro.

—¿Fue quién? —preguntó Manuel da Cunha.

Yo me había quedado de piedra al ver que Mayol había empezado la casa por el tejado. Ni siquiera se había molestado en quemar las naves hablando de *La silla vacía* o de las conferencias que había oído aquella mañana. Había recurrido directamente —y, además, sin que tuviera necesidad alguna— a un escritor inventado. No había yo imaginado que Mayol pudiera llegar a ser tan osado.

—Fue Antonio Geli, un genio —dijo Mayol, con una seguridad en sí mismo aplastante—. No está traducido al portugués y tal vez por eso ustedes no hayan oído hablar de él. Tampoco es que sea muy conocido en España, pero fue un gran escritor. —Hizo una breve pausa—. Y, sobre todo, fue un

gran jugador de póquer. Un buen amigo mío que ya murió. Me lo presentó Bartolomé Soler, otro escritor que también jugaba al póquer.

—Otro escritor que no conozco —dijo Pablo, que se encontraba sorprendentemente sereno, como si estuviera haciendo méritos y aspirando a que su tío le montara una librería.

—Bartolomé Soler —dijo Mayol— fue muy conocido en su tiempo, hoy es un escritor olvidado. Pero era muy bueno y, además, jugaba al póquer como los ángeles. Se parecía como una gota de agua a Antonio Geli.

Yo en ese momento me sentí sobrepasado por el desparpajo de Mayol a la hora de inventarse escritores, pues creía que Bartolomé Soler también era un autor falso. Y sin embargo no era así. Por lo que he podido saber, en las mesas de juego clandestinas de la Barcelona de los años sesenta, en las mesas en las que cada noche se sentaba Mayol, se podía ver a toda una curiosa fauna de personas y profesiones. Había abogados, comerciantes, políticos franquistas, policías, jugadores profesionales, etcétera. Escritores también había o, mejor dicho, había sólo uno: Bartolomé Soler, el autor de *Los muertos no se cuentan*. Por lo que he podido saber, a Mayol le vino de perlas recordar sobre la marcha el nombre de ese escritor, al que realmente había conocido; le vino muy bien en un momento en el que le convenía reforzar, dar verosimilitud a su audaz invento del escritor Antonio Geli.

—Bueno —intervino Bastos desconfiando de Mayol—, me gustaría saber qué fue lo que dijo Antonio Geli que se parece tanto a lo de Magris. Porque la verdad es que con tanto jugador de póquer no ha quedado claro qué dijo ese señor —sonrió irónicamente—, ese señor tan misterioso.

También Esteves desconfiaba de Mayol y, además, no ocultaba lo mucho que le había contrariado perder la palabra y haber visto cómo, impunemente, le habían cambiado a Magris por dos jugadores de póquer.

Manuel da Cunha, en cambio, no desconfiaba de Mayol, y dijo tener noticia de la existencia de Bartolomé Soler, pues había oído hablar de ese escritor en un viaje por la España de los años sesenta.

Eso no lo esperaba yo, que estaba convencido de que Bartolomé Soler también era un escritor inventado. Como tampoco lo esperaba Bastos, que sin embargo insistió en querer saber cuál era la frase de Antonio Geli que tanto se parecía a la de Magris.

—Esa frase —dijo Mayol— se encuentra en la primera línea de su mejor libro, un ensayo.

—¿Y cómo se llama ese ensayo? —preguntó Esteves.

—*La cultura sin disciplina* —dijo Mayol, y se quedó tan ancho.

Se miraron los tertulianos con cierto desconcierto.

—¿Y de qué trata? —preguntó Esteves.

Mayol se quedó algo pensativo, no tenía previsto contestar a eso, finalmente dijo:

—No sé de qué trata. Sólo he leído las primeras líneas. Me parece que habla de una cultura hecha como a trompicones, forjada sin disciplina, no sé... Sólo sé que la primera frase es muy buena.

—Parece que esté riéndose de nosotros —dijo Bastos.

—¿Cuál es esa primera frase? —preguntó Esteves.

—Escribir significa transformar la vida en pasado, o sea envejecer —respondió Mayol sin parpadear, con considerable cinismo.

—A usted le gusta repetir las frases que yo digo —saltó enfurecido Esteves—. ¿Por qué, señor Mayol, por qué?

—Le pido disculpas —dijo Mayol—, pero yo no tengo la culpa de que Antonio Geli hubiera dicho esa frase antes que Magris.

No había pruebas para demostrar que Mayol les estuviera engañando, pero estaba claro que era lo más probable, pues resultaba muy difícil creer que un jugador de póquer de Barcelona pronunciara frases exactas a las de Claudio Magris. La tertulia entró en un callejón sin salida hasta que Esteves pudo recuperar la palabra y volvió a citar a Magris y se puso a hablar de una amarga fábula, de un apólogo escrito por uno de los más grandes narradores del siglo, Italo Svevo: una amarga fábula de la que se había ocupado repetidas veces Claudio Magris.

—El protagonista de esa fábula, que tanto fascina a Magris —dijo Esteves—, es un hombre viejo que está a punto de acostarse. La vieja esposa duerme ya con un sueño pesado y torpe, en el que se resume, a los ojos del viejo, la irónica y horrible pesadez de la monotonía conyugal. Mientras se desviste, el hombre piensa que es medianoche, la hora en la que podría presentársele Mefistófeles y proponerle el antiguo pacto, y piensa que estaría cierta y prontamente dispuesto a cederle su alma, pero sin saber qué cosa

solicitarle a cambio: la juventud no, que es insensata y cruel, si bien la vejez es intolerable; tampoco la inmortalidad, porque la vida es insoportable, aunque tal conclusión no mitigue la angustia de la muerte. ¿Me seguís bien? ¿Os interesa la historia?

—Continúa, por favor —me apresuré a decir yo, por temor a que a Mayol se le ocurriera decir cualquier cosa; decir, por ejemplo, que la historia ya la había contado Antonio Geli.

—Pues bien —prosiguió Esteves—, el anciano cae entonces en la cuenta de que no tiene nada que pedir al diablo para el trueque y se imagina el embarazo del pobre Mefistófeles, representante de una empresa que no tiene nada atractivo que ofrecer. El hombre viejo, al imaginar al diablo rascándose la barba con perplejidad, estalla en una carcajada, a la vez que se introduce entre las sábanas. Medio despertada por la risa, la mujer le dice: «Dichoso tú, que a estas horas de la noche tienes ganas de reír».

—¿Y ya está? —preguntó Manuel da Cunha.

Esteves dijo que, en efecto, ahí terminaba la fábula.

—Esa carcajada —concluyó con autoridad Esteves—, esa risa que oculta con ironía la desesperación de quien ya nada espera, es hasta ahora la última playa alcanzada por el nihilismo occidental. Nuestro futuro está en la capacidad de ir más allá de esa playa, de poder hacernos de nuevo a la mar. Quién sabe lo que encontraremos buscando un nuevo camino hacia las Indias.

—Ése es el camino que yo busco, el de las Indias —intervino de nuevo Mayol. Por fortuna no dijo nada más en mucho tiempo. Fueron los otros tertulianos los que se dedicaron a comentar la fábula de Svevo que tanto les gustaba a Magris y a Esteves. Durante mucho rato, Mayol permaneció callado y no volvió a intervenir hasta el final de la reunión, esta vez para citar de memoria, sin venir a cuento, algunos de los consejos o pensamientos de *La silla vacía*. Me di cuenta entonces de que, en realidad, traducía a su antojo esos consejos judíos escritos en portugués. En algunos la traducción de Mayol era literal y acertada, pero en otros simplemente una interpretación libre, hecha a la medida de su capricho. Le sucedía como en las conferencias del Teatro Baltazar Dias, esas charlas que le fascinaban principalmente porque no las entendía del todo y las podía recrear a su antojo, imaginando lo que le venía en gana, lejos de cualquier disciplina férrea de lector.

Esteves, de nuevo algo furioso, le interrumpió para preguntarle si ese libro era también de Antonio Geli.

—¿*La silla vacía*? —dijo Mayol—. No, es un libro de bolsillo.

Todo el mundo pensó que iba a añadir algo más a lo dicho, pero la frase había terminado ahí.

—Es un libro de bolsillo —le eché una mano a Mayol—, de un escritor judío, jasídico.

—Jasídico, en efecto —dijo Mayol, y acto seguido sacó de su bolsillo el libro de Rabí Nachman de Breslau.

Manuel da Cunha le preguntó a Mayol si era judío.

—Tal vez —respondió Mayol.

Esteves miró a Mayol ya con definitivo odio, tenía la ya casi absoluta certeza de que tanto hablar de *La silla vacía* y del escritor Antonio Geli y su cultura sin disciplina podía ser simplemente una columna de humo que trataba de ocultar una educación cultural lamentable. Esteves —lejos de apiadarse de Mayol y pensar que todo eso él lo hacía para poder tener amigos, lo que no podía ser más conmovedor— empezó a mirar con rabia al hombre que le había interrumpido cuando mejor estaba hablando de Claudio Magris.

Esteves miró de pronto con furia nada contenida a Mayol, y éste reaccionó como un colegial sorprendido en trance de violar, o de haber violado ya, alguna regla. Mayol se dio cuenta de que era muy posible que Esteves lo desenmascarara en su impostura cultural, y se asustó cuando éste dio un brinco algo violento hacia adelante, como queriendo reprocharle una infinidad de cosas. Mayol se echó tan hacia atrás en su silla que, de haber estado de pie, seguro que habría reculado un paso.

—Amigo Mayol —le dijo Esteves—, me veo en la obligación de comunicarle, por si usted no lo sabe todavía, que yo en su momento tuve —dudó en decirlo o no— una educación de colegio de élite.

—Le felicito —dijo Mayol tímidamente y sin entender por dónde quería ir Esteves.

—¿Me felicita? Es lo mínimo que puede hacer. Sepa —empezó a hablar en un tono muy altivo Esteves— que mi familia, aquí donde me ve, fue íntima amiga de sir Winston Churchill. Mi padre, mi madre, mi abuelo, mi tía



Madalena, todos fueron pintores. El gran Churchill vino a Madeira a pintar acuarelas y muy pronto conectó con mi familia y fue el máximo artífice de que a mí me enviaran a estudiar a Cambridge, al Trinity College de Cambridge.

La palabra Cambridge le hizo recordar a Mayol a ese amigo ya muerto, a ese jefe nacionalista catalán al que siempre había envidiado porque pudo estudiar en Oxford. Mayol pensó que parecía que Esteves supiera qué clase de historias podían darle envidia.

—Créame que le envidio —le dijo Mayol, sin la menor sombra de ironía o mala fe.

Pero Esteves no lo entendió así.

—Sepa, amigo Mayol —le dijo en un tono cada vez más solemne y ridículamente presumido—, que de mí no se ríe nadie, nadie, ¿me ha oído bien? Sepa que está hablando con alguien a quien de jovencito, a diferencia de otros —le lanzó a Mayol una mirada envenenada—, le enviaron a colegios distinguidos y más tarde al Trinity College de Cambridge, donde le asignaron habitaciones de la escalera R, grupo 6, en el rincón sudoeste del Great Court, cerca de donde Lord Byron tenía un oso sujeto con una cadena.

—¿Y? Continúe, continúe, no se corte —le dijo Mayol, que empezaba a sentirse ya incómodo desde que el tono de Esteves había empezado a ser decididamente presuntuoso y, además, bastante ofensivo.

—No me diga que siente curiosidad por saber por qué lo tenía sujeto con una cadena. No, estoy seguro de que le da absolutamente igual. Usted hace bueno ese refrán inglés —lo inventó, supongo— que dice que al que se hace pasar por culto sin serlo hay que darle pan duro, azotes y calabozo. Le da igual lo del oso de Byron, pero ahora se va a enterar. Byron lo tenía atado para burlarse de esa forma de la regla que prohibía tener perros en el *college*. ¿Comprende? ¿Comprende, señor Mayol?

—Perdone, señor Esteves. Voy a serle sincero, no entiendo para nada por qué estamos hablando de osos.

—No quiere entenderlo, que es bien diferente. Como tampoco querrá saber nada si le digo que yo empezaba el día en Cambridge yendo a los baños del New Court —aquí aumentó el tono pomposo y presumido, lo aumentó escandalosamente—, en el extremo del Trinity Lane, vestido con una

fantástica bata de color púrpura como la que yo tenía y que usted, aunque se cree elegante, no ha podido tener nunca, eso se ve a la legua, como también se ve que no ha pisado nunca territorio inglés y por eso ni se atreve a pronunciar la palabra Cambridge. ¡Ah, cómo me gustaría que pudiera usted verme tal como era yo entonces! Después de desayunar en el comedor, bajo un retrato de Enrique VIII, salía todas las mañanas corriendo a pie o en bicicleta hacia alguna de las aulas del Great Court y allí entraba en fila para escuchar a algún sabio que se situaba ante los legendarios atriles de Cambridge...

—Usted perdone, señor Esteves, pero no entiendo por qué hablamos de atriles y de sabios momificados. Puedo comprender que tenga ganas de pavonearse de que su familia fue amiga de sir Winston Churchill...

—Churchill —le corrigió Esteves pronunciando con impecable acento inglés el apellido.

—Churchill —dijo Mayol—. Puedo entender que me hable de ese gordo que llegó a primer ministro, pero no entiendo por qué tenemos que hablar de osos y atriles. Por otra parte, debo decirle que no hay tantas diferencias entre usted y yo. Mi familia no conoció a gente importante, pero yo sí. Sin ir más lejos, soy o fui amigo de destacados políticos catalanes...

—No es lo mismo —dijo Esteves un golpe sobre su mesa—, no, no es lo mismo. ¿Cómo va a serlo? No hay ni punto de comparación. Políticos catalanes... Por favor, no me haga reír.

Mayol estuvo a punto de perder la paciencia. Le dijo que cada vez entendía menos adónde quería ir a parar.

—Muy sencillo —dijo Esteves—. A que reconozca que yo he tenido una educación de élite.

—Está bien, lo reconozco, no tengo inconveniente en hacerlo. ¿Eso es todo?

—No, no es todo. Quiero también que reconozca que usted apenas fue a la escuela, se le nota mucho que no pasó de párvulos.

Mayol se sintió definitivamente cazado, incluso enrojeció. Bajó la cabeza y en una frase que acabó en un triste susurro, no queriendo además complicarse la vida y tener problemas con alguien de la tertulia, reconoció su falta de estudios.

—Así está mejor —dijo Esteves.

—Tiene razón, toda la razón del mundo. Usted es el primero de la clase y yo el último.

—Haga todas las bromas que quiera —dijo Esteves muy serio—, pero no espere volver a la tertulia si no me reconoce ahora mismo que no tiene ni idea de quién es Claudio Magris.

La tertulia entera, callada, expectante, aguardaba con interés el desenlace de aquella escena.

—Es verdad —dijo Mayol—. No tengo ni idea de quién es Magris.

—Ni tampoco sabe quién es Claudio.

—Ni tampoco sé quién es Claudio.

—Claudio, el emperador romano —precisó Esteves ensañándose.

—Exacto. Tampoco sé quién es Claudio, el emperador romano.

Humillado quedó Mayol. Y muy desalentado, pues acababa de recibir un golpe bajo en su moral optimista y creciente por estar superando, desde que había llegado a la isla, antiguos complejos y frustraciones.

Por fortuna concluyó poco después la tertulia, y terminó sin más incidentes, en realidad terminó mucho mejor que el día anterior, en el que sí había habido muchos altercados. Ese día, en cambio, el único incidente había venido de la mano de Esteves y de Mayol, y después de todo no había sido excesivamente relevante el altercado, que se había resuelto con facilidad, con la pequeña humillación sufrida por Mayol.

Humillado, Mayol proyectó su mal humor sobre el pobre Pablo, al que volvió a prometer la compra de sus lavanderías para que pudiera montar una librería, la mejor de Funchal. Pablo, que no podía ni sospechar que su tío le odiaba pues veía en él una reencarnación de su hijo Julián, no protestó esta vez, ya que se lo había pensado bien y veía ahora fantástica la idea de su tío.

Ya en el hotel, en la soledad de su cuarto, Mayol comenzó a reflexionar sobre su incidente con Esteves y una fuerza interior salió en su apoyo, se dio cuenta de que haría muy mal en desmoralizarse por lo ocurrido.

Encendió un cigarrillo y decidió fumarse el problema. Por un momento fue como si el humo y las volutas —que en ruta directa hacia la ventana iban perdiéndose en la Rua do Bom Jesus alejándose hacia los alabastros y azules de la noche de Funchal— le estuvieran ayudando a ver con claridad tanto lo

que debía como lo que no debía hacer. Leyó el incidente con Esteves de la siguiente forma: Esteves no había sido más que una reencarnación de un antiguo ángel de la muerte, de ese ángel de la muerte de la guerra civil que un día malogró sus estudios; al igual que esa guerra de infausta memoria, el ángel de la muerte había intentado repetir la siniestra jugada, en esta ocasión tratando de apartarle de su imaginaria pero sólida universidad de la edad tardía.

No debo permitir, pensó Mayol dando una calada enérgica a su cigarrillo, que de nuevo ese ángel destructor vuelva a salirse con la suya, no debo permitir que otra vez me arruine los estudios, mi voluntad de acceder a cierto nivel cultural.

Cuando a la mañana siguiente Mayol me comentó que había pensado todo eso, me pareció que estaba exagerando mucho, pues en realidad su enfrentamiento con Esteves había tenido tintes más bien cómicos. De ahí a pensar que el tertuliano era un ángel destructor...

Pero no le dije nada de que encontrara exagerados sus pensamientos porque me di cuenta de que Mayol necesitaba hacerse fuerte en su lucha por vencer sus antiguos complejos. No pasaba nada si para ello tenía que ver a Esteves como una reencarnación del ángel de la muerte de la guerra civil española. No, no pasaba nada. Es más, decidí echarle una mano y seguirle la corriente y me dediqué a recordarle los versos de un poeta que, a propósito de esa guerra civil y de sus consecuencias inciviles, escribió que de todas las historias de la Historia sin duda la más triste es la de España, porque termina mal.

—Que no termine mal la tuya —le aconsejé a Mayol—, tienes que hacer todo lo posible para que no termine mal tu historia, que no vuelva a salirse con la suya ese nuevo ángel de la muerte, ese heredero de la más inculta y negra España —pensé que podía ser ahora Mayol quien se dijera qué le estaba pasando—, que no te mine la moral ese monstruo, hazte fuerte ante su mala idea de dinamitar tus proyectos, tú sigue a tu aire construyéndote una cultura sin disciplina, que es algo maravilloso y que, si he de serte sincero, me parece que ésa sí que es una verdadera educación de élite.

Eso le dije poco antes de tener nuestra primera sesión intensiva ante el magnetofón. A lo largo de diez días, a un promedio de dos o tres horas

diarias, Mayol fue dictando y reconstruyendo, con la felicidad del que revive pequeños sucesos, la historia de su destierro desde el momento en que su mujer le echó de su casa hasta el instante —decidimos que la novela tenía que tener un final— en que Esteves le dijo que la suya había sido una educación de colegio de élite.

Han pasado unos meses desde el día en que Mayol terminó de dictarme la historia de su exilio sin retorno, la descripción bastante minuciosa de su viaje atlántico, la historia de su descenso, su peregrinación al fondo de sí mismo y también una novela de formación cuyo protagonista tiene una edad en la que generalmente ya nadie se forma.

Ese día en que dio por terminado el dictado de su historia de desterrado, Mayol desapareció. Al atardecer, dejó el Bom Jesus, se esfumó misteriosamente. Durante diez días —curiosamente los mismos que había empleado en contarme la historia de su viaje de exiliado— nada se supo de él. Hubo, eso sí, quien aseguró haberle visto descendiendo a las cuevas subterráneas de origen volcánico que hay al norte de la isla. Y hubo también quien dijo haberle visto sentado en un bar de la población de Campanario —el espléndido puerto cercano a Funchal donde nació el dueño del café donde se reúne la tertulia—, y hubo también quien sostuvo —fue Rita concretamente— la teoría de que Mayol se había ocultado para organizar una historia de misterio que me llevara a escribir una segunda novela sobre él, una novela en la que, a diferencia de la que ahora estoy escribiendo, tendría que imaginarlo todo, especular sobre dónde había estado y qué había hecho y qué hechos banales o relevantes le habían sucedido.

La cuestión es que Mayol desapareció durante diez días y no se sabe dónde estuvo. Pasados esos diez días, reapareció. Se presentó en esta casa de la Rua de Santa Maria y nos dijo a Rita y a mí que había pasado los diez días sentado.

—¿Sentado? —le preguntó Rita.

—Es sólo una metáfora —respondió—. Bueno, lo que quiero decir lo entenderéis mejor si os cito a Kant, que dijo que uno de los primeros y nada desdeñables logros de la escuela es enseñar a los niños a permanecer sentados. ¿Y qué otra cosa creéis que he hecho yo sino pasar estos diez días leyendo sentado, estudiando sentado, siempre sentado, interesándome por la

literatura, la pintura, la música, las matemáticas?

Le dije que le habían visto descender a las cuevas subterráneas del norte de la isla. Negó haber estado allí, pero sí aceptó haber estado a punto de visitar esas cuevas, ya que le había entrado la obsesión de buscar un agujero por el que escapar de este mundo. Nos dejó de piedra —más aún que cuando había pronunciado la palabra metáfora o citado a Kant— al empezar a hablarnos de una lectura que le había dejado obsesionado, una lectura en torno al tema de aquel pozo o abismo que se abrió, según los historiadores latinos, en el centro del foro y en cuya hondura un romano se arrojó, armado y a caballo, para propiciar a los dioses.

—Esa grieta —nos dijo— era sólo una boca del infierno o, si lo preferís, una boca del abismo de oscuridad que está debajo de nosotros, en todas partes. No hace falta un terremoto para romperla, basta apoyar el pie. Hay que pisar con mucho cuidado. Inevitablemente, al fin nos hundimos.

—Debes haber estado mucho rato sentado —bromeé— para haber aprendido a hablar así.

—Pues claro —contestó—, la verdad es que lo necesitaba, necesitaba liberar en mí lo que me impedía ser yo mismo y que se realizara un poco ese genio que he leído que normalmente está dormido en cada uno de nosotros. *La silla vacía* me ofreció esta idea y me abrió a la lectura de otros libros y, en fin, debo deciros que he obtenido algunos logros, sobre todo con respecto a mi genio dormido...

Contó algunos de sus logros, habló durante un buen rato. Dejé de escucharle para decirme a mí mismo que era más que probable que desde un primer momento, desde la primera vez en que le vi manejando aquel mapa de Funchal en la entrada del Bom Jesus, Mayol había ejercitado sobre mí cierto magnetismo, como si estuviéramos condenados a conocernos, lo que explicaría que hubiera acabado asociando el destino de su vida con la novela que yo creía que estaba predestinado, tarde o temprano, a escribir.

Me dije eso y pensé también que él y yo en el fondo nos parecíamos a Bouvard y Pécuchet. Al igual que ellos, los dos éramos autodidactas y luchábamos por salir del pozo de nuestros respectivos estados de cultura insuficientes. Ya sólo nos faltaba a los dos confeccionar, como a Bouvard y Pécuchet, un escritorio de doble pupitre en el que Mayol pudiera seguir sus

estudios y yo la novela con la que pretendía averiguar si tenía condiciones para ser escritor. Ya sólo nos faltaba, como a Bouvard y Pécuchet, ponernos a comprar más material de estudio. Sí, para mí estaba bien claro que los dos teníamos mucho de principiantes.

Han pasado ya unos meses desde ese día en que Mayol, tras su extraña desaparición de diez días, se presentó tan tranquilo en casa de la Rua de Santa Maria y nos contó sus avances culturales —unos avances que en los días que siguieron continuaron su marcha imparable—, y luego regresó, también tan tranquilo, al Bom Jesus, donde, por cierto, ha logrado ser el primer cliente de toda la historia del hotel que no ha pagado nunca.

Lo que más grabado me ha quedado de aquel día en que él reapareció fue la respuesta que me dio cuando, al perder yo la paciencia, traté de obligarle a que me dijera, de una vez por todas, dónde había estado oculto.

—Estuve en mis funerales en el otro mundo —contestó, y se quedó tan ancho.

Hace un mes, en la inauguración de la librería de Pablo, la flamante y espectacular librería Antonio Geli, volvió a contestarme lo mismo cuando de nuevo le pregunté dónde había estado oculto durante aquellos diez días.

—En mis funerales en el otro mundo. ¿Cuántas veces tendré que repetírtelo?

La inauguración fue un gran éxito, y la cena en el Campanario una sucesión de divertidas anécdotas, de entre las que destaca el momento en que Esteves le pidió a Mayol un descuento del diez por ciento en la librería Antonio Geli.

A las tres de la madrugada, Rita y yo nos despedimos de Mayol, que iba a emprender el camino de regreso al hotel. Nos dijo que, cada noche antes de dormirse, a modo de sustituto del padrenuestro que rezaba en la infancia, leía en voz alta un poema de Virgilio Piñeira que le tenía fascinado.

Por lo que he podido saber, ese poema habla del exilio terminal de un hombre que asume su condición insular.

Nos dijo adiós y se alejó marchando despacio, sin prisa alguna, camino del hotel. Se perdió en la noche como quien se pierde en la boca del infierno, y ya no le hemos vuelto a ver nunca más. Esta vez desapareció con todo su equipaje, debió de fugarse hacia las cinco de la madrugada. En los primeros

días pensamos que no tardaría en regresar. Pero ha pasado ya un mes y seguimos sin noticias de Mayol.

Ayer Rita me dijo que Mayol está en paradero desconocido porque, como buen amigo, busca obligarme, con su misteriosa ausencia, a imaginar el final de la novela de su destierro.

—Quiere —me dijo Rita— que des un paso más en tu formación como novelista y, en lugar de limitarte a reproducir lo que él te ha contado, te atrevas por fin a imaginar, a inventar.

—Igual lo único que ocurre es que no quería pagar la cuenta del hotel —le dije bromeando, pero algo nervioso.

Sigo nervioso. Mayol no dejó nada en su cuarto de hotel, salvo una carta dirigida a Julián de la Atlántida. Una carta que debió de escribir esa misma noche antes de desaparecer y que hoy mismo yo me he encargado de que llegara a su destino, se la he enviado a su hijo por correo urgente.

«Estoy preparando una expedición a la Atlántida», podía leerse en la carta, «y no he de tardar mucho en hundirme en el abismo más profundo, y si un día me buscas has de saber que podrás encontrarme en una casa del Ensanche, en una casa de la Gran Llanura que se halla al norte de la capital de la isla hundida. Por lo demás, todo perfecto. Soy amigo de Claudio Magris. Me he hecho judío, de la rama jasídica. De Cataluña me acuerdo, pero ya me dirás tú dónde está. Me dedico a la cultura sin disciplina, doy conferencias sobre las islas y su mitología, le he montado una librería a tu primo Pablo, voy a ser el protagonista de una novela, pinto puertos metafísicos con muchas palmeras, que a veces parecen saxofones y otras recuerdan la silueta de Kim Novak. Por las mañanas voy al colegio y por las tardes a la universidad. Espero morirme sabiendo qué es el *big bang* y, en fin, soy un experto en la sabiduría de la lejanía. Recibe un abrazo atlántico de tu padre artista».

Dejó la carta sobre la mesita de noche y se acostó, estaba rendido.

—El muy desgraciado —murmuró Mayol.

Buscó dormirse diciéndose que se encontraba en otra isla, que estaba en Cuba, en la ciudad de las columnas, en La Habana, y tal vez porque nunca había estado en ella le pareció que la atravesaba el viento de la nada.

—La Habana vana —murmuró Mayol.



Como no logró dormirse en La Habana buscó concentrarse en el recuerdo de una noche del pasado, una noche en Barcelona, recién casado, una noche en la que no podía dormir y encendió un cigarrillo que la luna transmutó en un largo pincel agudo que iluminó el desfilar lento de los números del contador del gas.

Con este desfilar lento y embrujador, Mayol acabó durmiéndose y se quedó siguiendo la ruta de su propio humo, el humo de un cigarrillo antiguo, fumado cincuenta años atrás. Se durmió y se preguntó por qué no hemos de ser nosotros —hombres, dioses, mundo— sueños que alguien sueña, pensamientos que alguien piensa, situados siempre fuera de lo que existe, y se preguntó por qué no ha de ser ese alguien que sueña o piensa alguien que no sueña ni piensa, súbdito él mismo del abismo y la ficción.

En la plenitud del sueño, se despertó. Eran las cinco de la madrugada, abandonó el hotel. Dejándose llevar por su excepcional capacidad para hundirse, sintió que él era la Atlántida misma y que, en el breve tiempo de una noche, temblaba entre terremotos e inundaciones y, dejando atrás la sardana extraña, iniciaba su último descenso y, en una inmersión muy vertical, se hundía en su propio vértigo y llegaba al país donde las cosas no tienen nombre y donde no hay dioses, no hay hombres, no hay mundo, sólo el abismo del fondo.

—Al fin —murmuró Mayol.



ENRIQUE VILA-MATAS (Barcelona, 1948) tiene una amplia obra narrativa que ha sido traducida a once idiomas, siendo sus títulos más destacados *La asesina ilustrada* (1977, 1996), *Impostura* (1984), *Historia abreviada de la literatura portátil* (1985), *Una casa para siempre* (1988), *Suicidios ejemplares* (1991), *Hijos sin hijos* (1993), *Lejos de Veracruz* (1995), *Extraña forma de vida* (1997), *El viaje vertical* (1999, Premio Rómulo Gallegos) y *Bartleby y compañía* (2000, Premio Ciudad de Barcelona). *Recuerdos inventados* (1994) es una antología personal de sus mejores relatos. Ha publicado también tres colecciones de sus artículos y ensayos literarios: *El viajero más lento* (1992), *El traje de los domingos* (1995) y *Para acabar con los números redondos* (1997). Es uno de los narradores españoles más elogiados por la crítica nacional e internacional: «Uno de los más grandes y originales escritores españoles» (Rodrigo Fresán, *Página 12*, Buenos Aires); «Una prodigiosa capacidad de invención» (*El Nuevo día*, San Juan de Puerto Rico); «El mito naciente de la literatura española contemporánea» (*Vuelta*, México); «Inteligente, divertido y provocador» (Eduardo Prado Coelho, *O Público*, Lisboa); «Una imaginación extraordinaria» (Mathieu Lindon, *Libération*).